



PAÍS ZOMBRA

PEDRO SUÁREZ OCHOA

PAÍS ZOMBRA

T.L,

Pedro Suárez Ochoa.

CONTENIDO.

Capítulo I.

Capítulo II.

Capítulo III.

Capítulo IV.

Capítulo VI.

Capítulo VII.

Capítulo VIII.

Capítulo IX.

Capítulo X.

Capítulo XI.

Capítulo XII.

Capítulo XIII.

Capítulo XIV.

Capítulo XV.

Capítulo XVI.

Capítulo XVII.

Capítulo XVIII.

Capítulo XIX.

Capítulo XX.

Capítulo XXI.

Capítulo XXII.

II PARTE.

Capítulo XXIII.

Capítulo XXIV.

Capítulo XXV.

Capítulo XXVI.

Capítulo XXVII.

Capítulo XXVIII.

Capítulo XXIX.

Capítulo XXX.

Capítulo XXXI.

Capítulo XXXII.

Capítulo XXXIII.

Capítulo XXXIV.

Capítulo XXXV.

Capítulo XXXVI.

Capítulo XXXVII.

Capítulo XXXVIII.

Capítulo XXXIXL.

Capítulo XL.

Capítulo XLI.

Capítulo XLII.

Capítulo XLIII.

Capítulo XLIV.

Capítulo XLV.

Capítulo LXVI

Capítulo XLVII.

Capítulo XLVIII.

Capítulo XLIX.

Capítulo L.

Capítulo LI.

Capítulo LII.

Capítulo LIII.

Capítulo I.

Soy un estudiante de preparatoria y un adolescente como cualquier otro, me aburro de casi todas las clases y solo quiero fastidiar a mis profesores con mi indiferencia. Me gusta vestir a la moda y tratar de ser popular, y lo más importante es que no sé qué carajo quiero en mi vida. Lo único que sé con certeza es: *que soy un podrido más, soy un zombi y esta es mi historia:*

La mayoría de nuestros profesores dicen que esto comenzó en el año 2020 porque nuestros escasos libros para zombis así lo señalan, pero en realidad nadie está cien por ciento seguro cuando llegó la peste que nos convirtió a casi todos, en lo que somos: seres putrefactos con un eterno apetito por la carne y los sesos. Lo interesante es que la carne siempre es escasa, sobre todo la de los humanos, y esa carne solo la comen los que pueden pagarla, es decir, los millonarios y poderosos, a nosotros, los menos favorecidos solo nos dejan las ratas, las lagartijas, los perros y los gatos, que son muy sabrosos debo confesar, pero nada como un trozo fresco de carne humana, en especial sus ricos, suaves y jugosos sesos. Solo en un par de ocasiones tuve la oportunidad de probarlos y eso fue hace ya mucho tiempo.

Ahora, con respecto a esto que escribo, no es un diario, obviamente, pero es una especie de novela o algo así, lo cierto es que escribo para desahogarme, aquí me siento acompañado y puedo expresar todo lo que yo desee, de otro modo no podría decir todo lo que siento porque me verían como el raro de la preparatoria, o peor aún, sería juzgado por los presidentes zombis quienes son nuestros jueces, o una especie de nuevos dioses, se cumple su voluntad así no más, o de lo contrario seríamos desterrados de País Zombra, si ya sé, zombra se escribe con s, pero nuestros presidentes decidieron colocarle la z en honor a nosotros, los zombis. En fin, nadie quiere ser desterrado hacia las tierras de La Periferia, no duraríamos ni un día.

Mi nombre es Ricardo, o al menos ese fue el nombre que me asignaron, al igual que me asignaron mis padres y un hermanito, todos podridos, claro está. Mi madre María le falta un brazo y el ojo izquierdo, mi padre Mario tiene el tobillo totalmente doblado y le falta la mitad de su rostro, es el más horrendo de nosotros, pero es un amor, mi hermanito menor, Ricardito, solo le falta su manita derecha y una orejita, y yo, bueno, yo estoy en una sola pieza, soy el tiro que vale un millón de dólares. Es una lotería que me he ganado, lo cual me da cierta popularidad en la preparatoria, pero también me hace ganar el odio de algunos compañeros menos afortunados. Mi madre me dice que gracias a mí, algún día seremos millonarios y podremos comer humanos, bueno, eso es lo que dice ella, creo que la voy a decepcionar, porque la verdad como dije antes, no sé qué carajo quiero en mi zombi vida, aunque muchas cosas parecen destinadas a empujarme a conocer mi verdadero propósito, es decir, mi lugar en País Zombra.

—Ri-car-do—dijo muy lentamente en típico acento de muerto viviente mi profesor de Relaciones Zombis.

—Diga profesor—contesté.

—¿Có-mo ac-tuar tú en ca-so de con-...

— ¿En caso de tener un conflicto zombi?—completé la pregunta rápidamente, nunca tengo la paciencia suficiente de esperar que termine de preguntar.

—Sí.

—Bueno, según el libro de nuestros presidentes, debemos respirar profundo y pensar en sesos—contesté y al instante sentí un objeto golpear mi cabeza y escuché carcajadas detrás de mí, sobre todo la lenta y asquerosa risa de Tomás, a quién le llamamos “Planeta Zombi” por el tamaño de su panza podrida.

— ¡Carajo!—grité cuando mi cabeza fue golpeada con el objeto.

Ante mi grosería el profesor Sotillo o Tortuga Z, como le decimos, intentó llamar mi atención.

—Res-pi-ra Ri-car-do. Pien-sa en...

—Sí, en sesos, ya lo sé, respirar y pensar en sesos, respirar y...—recibí otro golpe en la cabeza y nuevamente las risas detrás de mí. No me contuve más y grité: — ¡Maldita sea, zombis del demonio, juro Tomás que...

Acto seguido estaba en la oficina de la señorita Gutiérrez, la directora de todo el instituto. Era una zombi que intentaba aparentar mucha elegancia en el vestir y ecuanimidad en su carácter, pero no era elegante ni era ecuánime, siempre terminaba explotando, mostrando su terrible carácter de mujer solterona y amargada.

—Ricardo. Este... ¿Cuántas veces van que lo citan a la dirección en lo que va de año?

—Siete veces y media señora. La última vez no se pudo completar la octava—respondí con insolencia.

—Mmm, es usted cínico—dijo levantándose de su escritorio con su indumentaria de mujer elegante y profesional y se arreglaba uno de sus ojos en su cuenca, siempre se le empieza a salir cuando comienza a molestarse.

—País Zombra es un lugar para...

—“Aquí va nuevamente con su: bla, bla y bla, con muchos blas”—pensé para mí

— ¿Comprende usted señor Ricardo?

—Sí profesora, perfectamente. Pero déjeme explicar lo que pasó en la clase. Yo estaba...

—No señor Ricardo, aquí dice que usted maldijo a sus compañeros y además...

—No pero yo...

— ¡Silencio!

— ¡Esto es una dictadura, no se nos permite...!

—Le ruego respeto en mi oficina, señor Ricardo, sino...

—Sino me expulsará por una semana, tal vez dos.

— ¡Cállese la boca!—gritó y se le terminó de salir el ojo derecho, quedando guindando apenas por los nervios. Me empecé a reír, no lo pude evitar, de verdad me esforcé, pero carajo, ese ojo saliendo. Si lo sé, soy un desgraciado.

— ¿Y encima se ríe de mí?

—No profe, lo siento.

—No me llame profe, soy profesora o señorita Gutiérrez.

—Perdón señorita, no me reía de usted, yo...

—Silencio. Le suspendo por una semana, y solo puede iniciar sus clases si vienen sus padres a mi oficina para hablar sobre su conducta y firmar el acta de compromiso.

—Está bien. Así será profesora. Perdone.

—Jóvenes de hoy en día—comentaba sin verme a los ojos. —En mis tiempos no era así. Todos éramos unos chicos ejemplares.

“Será en tu mente, vieja amargada”, pensé, ya que nadie recuerda su vida anterior. Nadie crece, ni envejece, solo somos así como somos y ya, hasta que nos metan una bala en el cráneo o nos decapiten con una catana.

Apenas eran las nueve de la mañana y ya mi día estaba ido al infierno. Tenía que irme para mi casa y explicarle a mis padres porque llegaba temprano. Se iba a armar una grande en mi casa y yo tenía solo dos opciones, afrontar mis hechos o largarme. Pero la verdad es que nunca tengo los bríos de irme, creo que es porque amo mucho a mi familia, ya sé que es una familia asignada, no son mis verdaderos padres y Ricardito no es mi hermanito, pero igual los quiero. Es raro que nosotros los podridos podamos amar, sí, definitivamente es muy raro.

Decidí ir un rato al cafetín de la preparatoria, algo de comer no me vendría mal antes de irme. Siempre tienen ratoncitos frescos, son caros, la vieja dueña del cafetín siempre nos está robando, le echa la culpa a los presidentes y sus impuestos, y cuando no coloca la culpa en ellos, se la echa a los Cazadores. Bueno, igual hay que comer.

—Hola señora, Maxi.

—Hola Ricardo ¿Qué haces fuera de clases? No me digas que te volvieron a suspender.

—Sí, por una semana y sin los gastos pagos.

—Muchacho...muchacho. Tienes que comportarte mejor.

—Bahh, siempre me porto bien, lo que pasa es que los problemas me buscan.

—Bueno, tener esa cara bonita y un cuerpo entero tiene su precio.

—Sí, la vida y sus precios. Pero bue...qué más da. Antes de irme quiero un par de ratoncitos.

— ¿Blancos o grises?

—Mmmm, uno de cada uno.

—Aquí los tienes—me dijo y me los extendió para tomarlos. Los ratoncitos chillaban y

chillaban, sin parar. Amo ese miedo que expresan antes de ser engullidos. Especialmente por la mañana.

— ¿Cuánto es?

—Son cuatro piezas marrones.

—Pero sí ayer pagué tres piezas—dije sorprendido.

—Ya sabes, este gobierno que tenemos lo infla todo. El proveedor de ratones me aumentó y...

—Sí, está bien. Como sea. Solo tengo tres piezas, ¿no puedo deberle una?

—Ya sabes que no, tengo que pagar alquiler y los presidentes...

—Sí, sí. Bueno, entonces me da un ratoncito y una lagartija.

—Son tres piezas y media.

—Me da un solo ratón, entonces—dije en tono cansado.

— ¿Blanco o gris?

—“Dame el que a tu abuela le guste más”—pensé y luego respondí con tono de cansancio— dame el blanco.

—Pero el blanco...

— ¡Deme el fregado ratón!—expresé muy molesto y se lo arrebaté de las manos y dejé las dos piezas.

— ¿Qué comportamiento es ese, Ricardo? Por eso te suspenden siempre.

—Sí, sí. Es verdad—dije y di la vuelta para marcharme.

Sí, ya sé que soy un todo un polvorín, que ante la primera chispa estallo. Pero estoy mejorando y trabajo en mi paciencia.

Puse el tierno ratoncito entre mis dientes y lo fui apretando lentamente para que chillara todo lo que pudiese, hasta que lo desgarré y sus juguitos se deslizaron por mi boca. Estaba rico y bien fresco. Es una lástima que la vieja usurera no me diera el otro ratón, siempre desayuno al menos dos.

Cuando estaba a punto de salir del cafetín me quedé paralizado, creo que la sangre del ratón empezó a deslizarse por mi boca. Estaba viendo la chica zombi más bella que jamás había visto, al menos dentro de ésta fregada preparatoria. Tenía que ser nueva, nunca antes la había visto. Carajo, vaya que era bella, estaba en una sola pieza y su piel era de un verde muy claro. Su cabello rubio y de unos ojos grandes de un gris no tan opacos. Sacó de su mochila un envase que parecía tener al menos cinco ratoncitos revoloteando. Ella sacó uno tomándolo por la colita, abrió su boca y lo engulló de un solo tajo. Me le quedé viendo de manera descarada y ella me arrojó una breve mirada de indiferencia. Luego me acerqué hasta donde estaba.

—Hola, ¿Eres nueva? Mi nombre es Ricardo.

—Hola, soy Alexa. Bueno, aún no soy ni nueva. Mi padre está ahorita hablando en administración para ver si me inscribe aquí.

Alexa iba vestida con ropa de moda, estaba desgastada pero no tenía ni un agujero. Sus padres deben de tener mucho dinero en piezas de diferentes colores y muchos discos (En algún momento le hablaré de nuestro sistema monetario. No es tan complicado).

— ¿Y cómo es esta preparatoria?—quiso saber.

— ¿Me puedo sentar?—luego pregunté.

—Sí, adelante.

—Gracias. Bueno, esta es la mejor preparatoria del Distrito Death y tal vez sea la más divertida de todo País Zombra—tenía que mentir. Esa hermosura tenía que estudiar aquí.

—Mmm, eso espero. La última donde estaba era muy aburrida ¿Quieres un ratoncito? —ella extendió su envase para que tomase uno.

—Sí, claro—lo tomé y no lo torturé como suelo hacerlo. Sino que con mucha educación lo tomé por la colita y lo comí como ella hace rato. —Está delicioso—comenté después.

—Sí, son muy ricos, es de una de las recolectas de mi padre.

“Wooww, el padre tiene recolectas de animales”, pensé. Ya no había dudas, ella era alguien de una familia con mucho dinero.

—Bueno, te dejo. Allí viene mi padre. Me tengo que ir.

Ella se levantó así no más y se fue hasta donde estaba su padre. Al parecer no la inscribió aquí, es una lástima. Su padre llevaba un traje negro algo lleno de polvo y una elegante corbata. Tenía su cabello arreglado y su cara era bien parecida, pero tenía rastros de que había sido una cara reconstruida por los diferentes tonos de piel en su rostro. Me quedé sentado a la mesa donde ella estaba y vi cómo se marchaba.

Bueno, era mi turno de irme también, no quería verle el rostro a la directora nuevamente. Caminé hasta mi casa y mientras iba por las aceras de mi distrito vi a distintos zombis que cumplían su puesto dentro del país. Allá estaba el viejo Mario, cuidando a los zombis con su casi impecable traje azul de policía pero roto en las rodillas y sin mangas. Por allá la señora Ágata con su escoba barriendo las calles. Había vendedores ambulantes ofreciendo cucarachas y grillos, estaban los vagos pidiendo alguna que otra pieza y el resto eran zombis de todos los tipos, yendo y viniendo, algunos no tenían piernas y se arrastraban, otros no tenían ningún tipo de extremidades y eran arrastrados con cuerdas por sus amigos sobre carritos improvisados. Estaban los que caminaban rápido con mucha agilidad y los que eran como el clásico: profesor “Tortuga Z”. Adoro mi distrito y también a mi gente, aunque la mayoría de las veces me destapan la ira, sobre todo los adolescentes zombis de la prepa. Bueno, nada es perfecto.

Finalmente llegué a mi casa, una fea casa de dos plantas chamuscada por el fuego y con latones para tapan las ventanas. Ricardito me recibió con mucha alegría abrazándose a mi pierna.

— ¿Qué me trajiste?—me preguntó.

—Vaya, perdóname, pero no te traje nada—él puso su carita triste, estaba desilusionado, casi siempre le traigo algo, aunque sea la mitad de un ratoncito. —Ya va, espera, creo que por aquí tengo algo. —saqué la pieza marrón que me quedaba y se la le di para que fuese a comprar cucarachas y grillos, le encanta esas golosinas.

—Gracias Ricardo—me dijo y sus ojos grisáceos de zombi parecieron brillar. Luego salió corriendo hacia la calle para comprar sus golosinas.

Los ojos de Ricardito de verdad parecieron brillar, en cambio, el único ojo de mi madre estaba muy lejos de hacerlo, frunció su ceño y con la mano llena de lejía se acercó hasta mí.

— ¿Por qué has llegado tan temprano de la preparatoria?—me preguntó cruzando su único brazo.

—Me suspendieron otra vez. Una semana. Uno de ustedes tiene que ir mañana para hablar con la directora.

—Ricardo. Estamos cansados de decirte que mejores tu conducta. Van a terminar por expulsarte y sabes...

Dejé a mi madre hablando sola, aunque ella no iba a parar de hablar todo el día, ese iba a ser mi castigo, escucharla hasta que explotara mi cabeza. Me dirigí a mi habitación. Uno de los pocos lugares donde puedo encontrar algo de paz y en donde puedo gobernar a mi manera. La puerta de mi cuarto es de madera y muy pesada y está totalmente despegada, solo la coloco en su lugar y pongo detrás de ella un pesado gavetero para que pueda sostenerse, pero abajo queda una pequeña abertura porque no puedo cerrarla completamente. Me coloco mis audífonos para escuchar mi Mp4, no obstante nunca escucho nada, solo es una costumbre, no tenemos electricidad, los presidentes se niegan rotundamente a conseguir energía, ellos alegan que una vez que se tiene energía eléctrica nos hacemos adictos y empezamos a dismantelar todo los recursos del país para obtenerla, alegan también que esa adicción por la energía fue la causa principal de la destrucción de todo el planeta. Ellos nos prohíben muchas cosas, pero lo que más nos prohíben son los libros que una vez escribieron los humanos, o mejor dicho, los libros que una vez escribimos nosotros. Ellos, afirman que esos libros tienen ideas locas que llevan a una población a revelarse. Pues, esas son tonterías, creo que solo nos quieren tener bajo control.

En mi cuarto, en un piso falso, tengo mi pequeño paraíso de libros, son pocos, cuesta mucho conseguirlos, y realmente son cinco libros, uno de ellos se titula El Principito, es mi favorito, los otros son un diccionario con ilustraciones que me encanta, Cien años de Soledad, El Resplandor y el último es un libro que recoge varios cuentos de hadas. “Sé que puedo ser arrestado por estos libros, o meter en serios problemas a mis padres, pero nadie tiene porque saberlo, además, considero que el riesgo vale la pena”.

Mi madre estaba hablando sin parar. Me quería largar de la casa, buscar mi propio rumbo. No quiero que más nadie me friegue la vida. Pero no tengo el valor para marcharme.

— ¡Hermanito, hermanito! Mira lo que te traje—me dijo Ricardito. Había entrado por una de las pequeñas aberturas de la puerta de mi cuarto. Traía cucarachas y grillos vivos, y un puñadito de larvas de moscas.

— ¡Oh gracias! Pero solo dame un poquito. No tengo hambre.

Ricardito con su manito sacó de un envase un puñadito con todas las alimañas que mencioné y me las dio a la boca. Él siempre es tan atento conmigo. Y él siempre me quita las ganas de escaparme de mi casa.

—Mmmm, están ricas y crocantes—le dije disfrutando de aquellas golosinas.

—¿Qué es eso?—me preguntó señalando mi diccionario de ilustraciones.

—Esto Ricardito... es un secreto. No puedes contarle a nadie, ni a papá ni a mamá sino me correrán de la casa para siempre, y jamás me verás otra vez.

—No Ricardo, eso nunca.

—Bueno, prométeme que no dirás nada de este libro.

Prometió levantando su única manita.

—Ve, esto son seres humanas.

—¡Wooww, carajo!—expresó con su voz de niño aquella grosería. No pude evitar reírme, pero al rato lo reprendí para que no dijera tales palabras.

—Parecen ricas, ¿verdad?—me preguntó

—Mmmm, sí hermanito. Saben muy bien, es la mejor carne del mundo.

—¿No venden esa carne en el mercado?

—No Ricardito, solo los ricos tienen acceso a esta carne. Bueno, es suficiente, puede llegar mamá y ya sabes cómo se pone.

—Mami está brava contigo.

—Sí Ricardito. Supongo que me porto mal. Pero tú te portarás mejor que yo. Ahora quiero descansar un poco, ¿sí?

Mi hermano salió de la habitación por donde entró hace rato gateando. Me quedé solo sobre mi cama, una cucaracha empezó a recorrer mi frente, la agarré y me la comí. Luego me quedé pensando en Alexa, era muy linda, tenía un rico aroma a ceniza o lejía, debe ser ceniza de muy buena calidad. Nosotros los zombis nos aseamos con ceniza, nos mantiene limpios y desinfectados, debe ser por el hidróxido de calcio a algo así.

Mi madre estaba muy molesta, no paraba de hablar y de hacer reclamos por toda la casa. En cualquier momento se formaría la de Troya cuando mi padre llegase. Solo quedaba aguantar la tunda que se avecinaba. Por otro lado, una semana sin clases no me vendría nada mal ya que tengo mis libros de la humanidad para leer. Esos humanos, vaya que si escribían muy bien, por eso sus cerebros son tan ricos. Me suelo preguntar: ¿cómo sabría el cerebro de ese tal Gabriel García Márquez o el de Stephen King?

Me disponía a leer mi diccionario con ilustraciones entonces empecé a escuchar un caminar inestable dentro de la casa, era mi padre con su tobillo partido. Escondí el libro y me quedé quieto sobre mi cama. Pronto él estaría tocando mi puerta. Allí viene, lo puedo escuchar más cerca:

¡Tum, Tum, Tum!

— ¡Voy!—grité y luego me levanté de la cama para quitar el gran gavetero que sostiene la puerta.

Y allí estaba papá, con su terrorífico aspecto, con la mitad de su rostro arrancado que dejaba ver los músculos a flor de piel, una parte del hueso del cráneo y su horrendo ojo que daba la sensación de salir de su cuenca.

—Hola hijo—me saludó con buen tono, cosa que me extrañó mucho.

Mi padre tomó una silla y se sentó cerca de mi cama.

—Ven, siéntate—me dijo señalando mi lecho. —He hablado con tu madre sobre tu suspensión. Si vuelves a ser suspendido tendré que enviarte a trabajar al pequeño huerto de recolecta de tu tío.

“No, eso no, mi tío es un explotador. Me haría papilla”, pensé.

—Pero papá. Perdería el año escolar.

—Pero es que si te suspenden otra vez igual lo perderás—tenía razón en absoluto. —La decisión está tomada, todo depende de ti. Sé que la mayoría de las veces no has tenido la culpa de esas suspensiones, tal vez si tuvieses un buen rostro de zombi como el mío, no se meterían contigo. Pero debes mejorar tu actitud, tú sabes que eres muy egocéntrico y eso provoca a tus compañeros.

—Pero es que...

—Aléjate de los problemas Ricardo, aguanta, o si no terminarás con tu tío trabajando y perdiendo el año escolar. Sabes que no puedo tenerte en la casa sin hacer nada.

“¡Diantre!, ahora yo soy el culpable de que esos fregados compañeros se metan conmigo porque estoy en una sola pieza”, dije para mis adentros.

—Ahora, aséate las manos con ceniza. Tu madre está sirviendo la mesa.

No recibí un castigo, solamente una amenaza, lo cual es peor. De ser suspendido otra vez tendré que ir a parar a la casa de ese vejo explotador de zombis. Ahora, ¿qué me queda por hacer para que no me suspendan otra vez?, pues aguantar como un gafo y decir a todos los profesores: sí señor, sí señorita, sí esto y sí lo otro. Me pregunto si nuestra vida anterior era tan aburrida cómo esta.

Capítulo II.

“Aguanta todo, pasa por desapercibido, respira profundo, piensa en el paraíso de los sesos, responde sin sarcasmo todas las preguntas, vamos, tú puedes”, meditaba cada cosa antes de entrar a la preparatoria. El primer compañero que vi fue a Planeta Zombi, desgraciado, juro que algún día...no, respira profundo, sesos, sesos, desgraciado hijo de la zombi, no, no, vamos, tú puedes”.

—Mi-ra quién lle-gó ¡Ja-ja-ja!—expresó de la manera más lenta el barriga de planeta, quién estaba con el larguirucho Pepe, el cual tiene la habilidad de arrancarse las articulaciones y volvérselas a poner, también estaba con ellos: Minipeste, un zombi de tamaño pequeño que siempre tiene un terrible mal aliento a perro muerto y parece que nunca se asea con cenizas. Vaya trío del carajo. Juntos podrían hacer un circo de fenómenos.

—Hola chicos, ¿cómo están? Se ven muy bien esta mañana—hice un gran esfuerzo en que mi hipocresía fuese de lo más natural. Ellos me hicieron las típicas señas groseras, Pepe se sacó el brazo completo y me hacía gestos vulgares. Menudo tío. Algún día le arrancaré una pierna y se la esconderé por una semana entera.

Seguí avanzando. Hoy lunes teníamos a primera hora, “Instrucción Pre-militar”, es una tediosa clase, muy aburrida, donde llevamos mucho sol y pasamos una hora y media jugando a ser soldaditos Z en donde lo único que practicamos es orden cerrado. Llevamos casi dos meses esperando que nos visiten militares de verdad. Ojalá hoy fuese ese día.

—Buenos días señor Ricardo, esperemos que esta semana le haya ayudado a reflexionar—me dijo la directora Gutiérrez.

—Así será profesora. Le ruego disculpas por mi mala actitud, no volverá a pasar—contesté con mi mejor cara de idiota sumiso que pude mostrar.

—Que así sea.

La señorita Gutiérrez siguió su camino y de pronto sentí que me apretaron una nalga. Era Lolita, siempre tan atrevida.

—Buenos días guapo, te hemos extrañado—comentó Lolita guiñándome un ojo, y sus otras amigas rieron a manera de complicidad. —Hoy te sientas a mí lado, galanazo.

—Desde luego Lolita—contesté y le guiñé un ojo también.

Finalmente estábamos dentro del salón de clases. Nuestro profesor de Instrucción Pre-militar es un viejo que suele decir que participó en muchas guerras cuando era humano y siempre lleva un viejo uniforme militar de gala con muchas medallas en la chaqueta. Nadie le cree que fue militar, desde luego. Esa ropa seguro se la robó a algún cadáver o simplemente la encontró por allí.

—Hoy vamos a aprender a como escondernos para atacar a humanos—dijo el viejo con mucha energía, eso sí, era muy entusiasta al hablar.

—La primera cosa que debemos hacer es hacernos los muertos. Lo cual es muy fácil porque

ya lo parecemos. A ver, ¿quién me da un ejemplo?

Pepe Levantó la mano y se paró frente a la pizarra. Se sentó sobre el piso, se arrancó las piernas y las puso cerca de su pelvis. Después abrió la boca mostrando su lengua y se hizo el muerto, la verdad que el muy hijo de zombi lo hacía perfecto. Todos aplaudieron, al menos los que tenían dos manos.

—Okey, una vez que se hagan los muertos, los humanos siempre por curiosidad se acercarán. Es allí que ustedes actúan con velocidad. Recuerden que su fortaleza ¿es?:

— ¡El factor sorpresa!—gritaron todos.

—A ver Pepe, soy el humano, me estoy acercando para revisarte—dijo el profesor.

Cuando el profesor estuvo cerca, Pepe se le guindó con los brazos y fue directamente a su cuello.

—Epa chaval, ya, muy bien ¡Cálmate!—expresó el profesor ante la sobreactuación de Pepe. —Ahora quiero que pases tú, Ricardo.

“Pero, caramba. Es que siempre tienen que llamarme a intervenir”, comenté para mí. Y pues, ni modo, me tuve que levantar. Al instante sentí un gran golpe en mi cabeza y risas detrás de mí. “Maldito Planeta de..., juro que... Vamos amigo, tú puedes, no pierdas el control”.

—Profesor, a ése lo matarían rápido. Ricardo no puede aparentar que está muerto. Tiene la cara muy bonita—comentó Minipeste.

“Y a ti te echarían gasolina y te prenderían en llamas por lo podrido que eres”—dije para mí e hice como si no me afectó su comentario.

—No, así no Ricardo, así no. Nadie te va a creer—señaló mi profesor con complejos de general en jefe. Era ya la cuarta vez que me corregía y ya estaba siendo el hazme reír de todos.

Mientras iba por mi quinto intento empezaron a tocar la puerta del salón de clases. “Me salvé”, me dije. Regresé a mi asiento y el profesor fue a abrir la puerta. Era la directora, y detrás de ella estaban tres impresionantes zombis. Llevaban uniformes camuflados y chalecos antibalas. Eran soldados, militares de verdad. Eran grandes e inspiraban una especie de temor y respeto a la vez, dos de ellos tenían un fuerte aspecto de muertos vivientes, y el tercero estaba en una sola pieza a excepción de su color grisáceo y una especie de parche de pirata sobre su cuenca derecha.

— ¡Buenos días, chicos!—saludó la directora.

Todos nos levantamos y respondimos con mucha fuerza “buenos días”, por primera vez en muchos años saludábamos con mucha energía, creo que se debió que quisimos causar una buena impresión a los soldados.

—Buenos días mis estimados futuros Soldados Z. Soy el capitán Smith—dijo el zombi del parche de pirata. —Ellos son el sargento Pérez y el cabo primero Guzmán. Bien, estamos aquí para invitarles, una vez que terminen su preparatoria, a enrolarse en nuestra escuela militar para convertirse en dignos soldados de País Zombra. Nuestros enemigos, los Cazadores, cada vez aumentan más en número y han ido ganando terreno, pero nosotros, con la ayuda de ustedes le vamos a patear el trasero y desde luego nos comeremos sus cerebros.

Todos en la clase al menos todos los chicos y algunas chicas escuchábamos al capitán como si se tratase de un zombi que bajó del cielo a darnos un mensaje, teníamos la boca abierta y desde luego sentimos ese magnetismo que nos hace querer formar parte de la Fuerza Zombi.

Ellos compartieron una breve pero completa charla acerca de cómo enrolarnos en la Fuerza. Muchos de mis compañeros se comprometieron que al salir de la preparatoria se irían a la escuela militar, pero se comprometieron solo de palabra, desde luego. No hubo papel que firmar ni nada, obviamente porque eran zombis tutelados por sus padres asignados. Yo no me comprometí, y no fue porque no tuviese deseo de vivir esa aventura, sino que sé, por experiencias de otros, que la mayoría de los zombis que se comprometen terminan yéndose para otra parte, y el motivo es porque les da miedo o simplemente no quieren estar pasando mucho trabajo, eso de ser soldado es muy bonito por fuera, pero la realidad es otra. Por esa razón decidí meter mi lengua en mi trasero, no quería quedar mal con ese capitán, creo que es mejor esperar el momento. Pero no puedo negar que tener ese uniforme debe molar mucho, apuesto que alguna chica zombi se derretiría por mí.

Cuando los militares se fueron, Planeta Zombi, Pepe y Minipeste estaban muy entusiasmados hablando entre ellos sobre ser soldados tan pronto se graduasen de la preparatoria, parece que ellos habían ya encontrado su lugar en País Zombra. Estaban tan entusiasmados que parecieron olvidarse de mí por un instante, bueno, solo fue un instante porque mientras el profesor seguía dando su clase me tiraron otro objeto sobre mi cabeza. No volteé, no dije nada. Solo me levanté de mi pupitre, me quedé parado un instante, quería ir literalmente ir a matar a ese pesado de Tomás, no me importaba su gran peso y volumen, lo mataría a golpes, allí, frente a todos, finalmente sería encarcelado para siempre o desterrado hacia la tierra de los Cazadores.

—Joven Ricardo, ¿le pasa algo?—me preguntó el profesor. Yo no respondía, solo estaba absorto en mis sinestros pensamientos. —Joven, ¿se puede sentar?

—Profesor, creo que me siento mal, ¿me puede dar un permiso para ir al baño?

—Desde luego, pero no vaya a tardar mucho, en breve saldremos al patio para practicar orden cerrado.

—Gracias profesor.

Me fui rápidamente del salón para calmarme, pero no fui al baño, odio los baños para zombis. Y bueno, sí, nosotros vamos al baño, y no querrán saber cuán putrefactos son, aunque la preparatoria ha mejorado su aseo durante este año.

Me dirigí al cafetín, un vaso de sangre coagulada no me vendría nada mal. Solo espero no encontrarme con la directora porque no está permitido estar fuera de las aulas de clase.

“Vamos tío, no puedes echarlo todo a perder”, realmente me estaba esforzando por no hacer nada inapropiado, pero parece que mientras más uno se cuida para no caer en problemas, más ellos intentan hacerlo caer a uno. Cuando iba a salir del edificio porque el cafetín quedaba afuera, pude distinguir que allí venía la directora en compañía con los militares, se le veía muy animosa hablando con el capitán, “vieja zorra”, pensé y me escondí detrás de una columna del edificio. Una vez que pasó fui hasta el cafetín, creo que mejor me tomaba una tacita de sangre coagulada y añeja, no tendría tiempo de desayunar con tranquilidad, tenía que volver a clases. ¡Carajo! No sé

qué hago inventando sandeces, cualquier error y la directora se agarraría por allí.

—Hola Maxi, me das un vasito de sangre bien añeja, es que tengo mucho cansancio.

—Hola, Ricardo, ¿y qué haces fuera de clases?

—Le pedí permiso al profesor para ir al baño y aproveché tomar un tanto de sangre.

—Mmmm, bueno aquí lo tienes—me sirvió el vasito con sangre coagulada. —Recuerda que no puedes estar fuera de clase sino en el receso—me advirtió.

Me tomé rápido la sangre y sentí el vigor entrar en mí.

—Imagino que todavía el vasito de sangre cuesta media pieza—comenté

—Sí, por ahora. Es que los presidentes...

—Sí Maxi, está bien, después hablamos de los presidentes. No vemos más tarde en el turno del receso—dije para después pagar la media pieza.

—Señor Ricardo, ¿qué hace fuera de clases?—me preguntó la directora. Juro que nunca la sentí llegar. Rayos y centellas, estoy acabado.

Capítulo III.

—Verá profesora, yo le he pedido permiso a mi profesor y él me lo dio. Ya me disponía a regresar y...

—Directora, ha sido todo un placer. Esperamos visitarles una vez al mes—dijo el capitán pirata junto a sus dos terribles soldados.

—Oh, capitán, pero espere. Quiero mostrarle nuestro mural patriota. Hemos dedicado una parte a la Fuerza Zombi, y me gustaría un retrato con ustedes. Vamos, por favor...

—Bueno, está bien, pero solo un instante. Tenemos que asistir a otras preparatorias.

—Claro, claro—contestó la directora quién al parecer se había olvidado de mí. —Maxi, dale tres bueno vasos de tu mejor sangre añeja a los caballeros zombis. Y usted señor Ricardo, tenemos que hablar luego, no crea que se me va a olvidar—me dedicó su terrible mirada e hizo un gran esfuerzo para que su ojo no se le saliese delante de su capitán galán.

—No profesora, desde luego que no. Bueno, me voy a mi clase—dije.

—Oh, muy buena sangre, ¿de qué animal es?—solicitó saber el capitán al probarla. Yo aproveché y me alejé cuando la directora y Maxi se explayarían explicando su gran fórmula secreta:

Ya todo mi salón estaba en el patio en la fastidiosa práctica de orden cerrado con sus eternas marchas de “un, dos, tres; tres, dos, un”, más el sonido del tamborcito ese al que llaman redoblante. Ya me quiero marchar a mi casa y ponerme a leer mis libros prohibidos.

—Se ha tardado mucho en el baño, señor Ricardo—se dirigió el profesor a mí con aires de relamo.

—Verá profe, me sentía tan mal que fui por vasito de sangre. Me siento débil.

La niña zombi se siente débil dijo Minipeste para que todos escuchasen, pero esta vez solo se rieron sus dos peculiares compañeros.

—Bueno, reincorpórese. Si no puede continuar se sienta en uno de los bancos.

—Sí profesor—contesté y me uní a la tediosa y repetitiva marcha. Estaremos así por al menos unos 45 minutos.

“Carajo,” me dije cuando vi a la directora que se acercaba hacia nosotros, venía sola, ya los militares se habían ido, así que ya no se estaba comportando con coquetería. Esta bicha rara no va a descansar hasta que me vea salir de la prepa, no sé por qué me odia tanto.

Allí estaba, hablando con el profe de Pre-militar. No podía escuchar lo que decía pero seguro hablaba de mí. El profesor solo se dedicaba a asentir. Entonces mientras marchábamos, alguien me metió el pie y me di de narices contra el piso. Todos rieron y la marcha se detuvo. Mi

grisáceo rostro debió ponerse de otro color, aunque realmente no cambiamos de color, pero estaba hecho un infierno de ira. Ya no me importaba nada, ni la muy vieja amargada de la directora, tenía que estallar de una vez. Pero me detuve, y no fue porque respiraba profundo y pensaba en sesos, me detuve porque la vi, esta vez más bella que la primera vez. Aún yo estaba en el piso, viéndola, ya no escuchaba las risas ni nada, solo la veía a ella y ella me veía a mí. Reaccioné pronto y me levanté, estaba haciendo el ridículo, vaya, que vergüenza sentí. “Así que después de todo vas a estudiar aquí, preciosura”, pensé.

La directora se marchaba, respiré aliviado y ligué a que ella ya se hubiese olvidado de la amenaza que me arrojó en el cafetín. La chica zombi del cabello rubio estaba parada al lado del profesor.

— ¡Chicos, vengan aquí!—nos llamó el profesor. —Quiero presentarle a nuestra nueva estudiante y su nueva compañera de clases, su nombre es Alexa.

Alexa despertó rápidamente los sentimientos de todos mis compañeros y tal vez la envidia de las chicas, ojalá tenga mejor diplomacia que yo para que se la pueda llevar bien con todos.

—Bien, ella nunca ha visto instrucción Pre-militar, necesito algún o alguna voluntaria que pueda nivelarla mientras el resto sigue practicando—nos pidió el profe.

A la velocidad de una bala todos los chicos levantamos las manos para ofrecernos—al menos los que teníamos manos—. El Pepe fue el más visible, se arrancó de tajo todo el brazo desde la articulación de su hombro y con su otra mano libre tomó el brazo despegado y lo alzó para que estuviese más arriba de todos.

—Bien, chicos, ya veo que todos queréis nivelarla. Dejemos que ella elija su tutor. Vamos Alexa, adelante.

La preciosura se paseó por la formación. No me hice falsas esperanzas, últimamente mi suerte era de perros.

—Ella me señaló.

“¡Carajo!, bienvenida otra vez, *querida suerte*, dónde has estado”, me dije y me dispuse para avanzar hacia Alexa. En eso me meten el pie otra vez, fue Planeta Zombi, pero no me caí, me esforcé al máximo y di varios traspiés hasta llegar a donde ella estaba.

— ¿Hola, cómo has estado?—le pregunté con cara de zombi tonto, casi cayéndome frente a ella.

—Bien, ¿y tú?—me contestó con suavidad.

— ¡Okey, seguimos chicos! Ricardo, enséñale bien—me pidió el profesor.

Nos alejamos un poco del grupo y por primera vez practicar orden cerrado no fue tan aburrido.

—Bien Alexa, debes pararte firme así. Pegas las manos a tus piernas y...

Le fue explicando y mientras lo hacía aprovechaba para tocarla, desde luego no me interesaba tanto corregirla, sino tocarla, me convenía que no aprendiese tan rápido. Su piel era

suave y deliciosamente fría, más fría que la mía.

—Ahora tienes que aprender a saludar y a marcar el paso. Te muestro cómo es. Eso, así, lo estás haciendo muy bien.

—Gracias—me contestó con una bella sonrisa.

—Pensé que no estudiarías aquí—le comenté.

—No lo iba a hacer, pero al final a mi padre le pareció un buen instituto y bueno, estoy aquí.

—Me alegra mucho que estés aquí.

— ¿Sí, por qué?

—Mmm, bueno es que...—me puse algo torpe y no supe que responder. —Bueno, sigamos marcando el paso. Así, ahora repite conmigo: un, dos, tres... tres, dos, uno.

—Esto de pre-militar me gusta—me comentó.

— ¡Ah sí! Qué bueno, es una de mis materias favoritas—aunque la verdad ahora, era que se estaba convirtiendo en mi materia preferida por la obvia motivación.

Vi hacia el resto del grupo. Mi tres archienemigos no parecían muy felices, si antes me hacían la vida imposible, ahora por estar con la nueva y bella estudiante harían de mi vida muchos cuadritos. Pues que se amarguen su vida, yo me quedo en la prepa, por Alexa aguantaré lo que sea.

Capítulo IV.

El aspecto de los Cazadores era terrible, vestían de negro con telas sumamente resistentes. Sus brazos iban protegidos con broqueles de fibra kevlar para que los zombis mordieran allí. Eran hombres y mujeres despiadados, un mal necesario para una nueva sociedad. Algunos le consideraban aves de rapiñas, peores que los podridos, pero como se dijo antes, eran necesarios.

Quiénes realmente los valoraban eran los líderes de Ciudad Álamo, ya que la mitad de su supervivencia dependía de ellos, aunque evitaban verse retratados con Cazadores por el asunto de la opinión pública. Entre los Cazadores habían cuatro grupos principales independientes entre ellos, pero que colaboraban en muchas ocasiones uniendo fuerzas para un objetivo común.

Por otra parte, los Cazadores admitían que Ciudad Álamo también era totalmente necesaria para ellos, así que nunca la atacaban ni hacían actos de sabotaje, el bienestar de esa ciudad estaba estrechamente ligado al de ellos, no obstante, Álamo tenía sus propias fuerzas de seguridad las cuales no se podían subestimar en absoluto porque eran tropas valientes y bien entrenadas y muchas veces traspasaban sus fronteras para recolectar ciertos insumos o realizar nuevas exploraciones de carácter científico.

Para un Cazador cualquier cosa era útil para vender o cambiar, especialmente en un mundo que se había acabado. Un pedazo de cable, un teclado, cualquier tipo de batería, envases de vidrio, refracciones, etc.; pero lo que más tenía valor eran: el combustible, las medicinas y las bebidas alcohólicas junto al tabaco, aunque quien se llevaba el premio del “más valioso” era el combustible, desde la gasolina pasando por el diesel hasta llegar a cualquier tipo de solvente o derivados del petróleo como thinner y aceites lubricantes.

En medio de esta cooperación entre ciudad y “aves de rapiña” el cazador Méndez salió a caballo a explorar las metrópolis acabadas, tres jinetes le acompañaban y dos perros de raza fila brasileiro.

Méndez podía ir a pie o en algunos de sus rústicos, todo dependía de la temporada del año. En época de lluvia salía a explorar con sus animales, ya que el agua podía estar por todas partes acumuladas en charcos y así garantizar la hidratación de éstos. Sus caballos y sus perros eran tan valiosos como la vida de sus cazadores. Todos los cazadores así como Méndez eran psicópatas en busca de podridos, no solo los mataban, sino que los humillaban con ciertos actos. Habían perdido cualquier forma de sensibilidad, apenas respetaban a los humanos.

— ¡Bingo!—expresó Electra cuando entró con sus compañeros a un abandonado bar el cual aún tenía botellas de licores con su contenido intacto.

Méndez usaba botas militares y espuelas, no le importaba hacer ruido al caminar, nunca evitaba a los zombis, hacía ruido a propósito para que salieran de donde estuviesen escondidos.

—Tendremos buena caña para nosotros y para vender por un buen tiempo—comentó Richard quien eran el peso pesado del grupo. Sus músculos sobresalían de su ropa y era el que llevaba las armas de mayor calibre.

Méndez avanzó hacia el despacho del bar y tomó una botella de Whisky, la destapó y dio un trago del pico. Algo de repente se empezó a arrastrar hacia él con mucha velocidad produciendo un espectral sonido como de ratas corriendo sobre un piso de madera, Méndez desenvainó su catana encajada a su espalda y la clavó en la cabeza del zombi que se había arrastrado hacia él. No dijo nada, solo volvió a colocar la catana detrás de él y dio un largo trago a la botella. Electra admiraba a su líder, no entendía cómo había desarrollado esos increíbles reflejos y esa gran rapidez.

El otro miembro de grupo era Billy, era el centinela y un excelente rastreador, por otro lado poseía una gran puntería. Estaba afuera cuidando de los caballos y de los gigantes perros.

Los filas estaban inquietos, Billy sabía lo que eso significaba. Una horda estaba cerca, había solo que confirmar en qué dirección venía hacia ellos. Billy y los caballos estaban en algún cruce de la acabada metrópolis, los grandes edificios les servían como barreras, pero en alguna de las cuatro calles que convergían hacia él se acercaba una horda, lo sabía, y los perros también lo sabían. Así que los canes no tardarían en empezar a ladrar.

Los músculos de Electra se tensaron al escuchar los ladridos, nunca se acostumbraba. Méndez estaba inexpresivo y Richard preparaba su largo FAL y su Striker. Por los ladridos de los perros Méndez sabía que estaban algo alejados, mandó a recolectar todo el licor que pudiesen, él mismo con su gran bolsa de lona acomodaba muchas botellas.

— ¡Méndez!, aquí hay cigarrillos—dijo míster músculos.

—Bien. Hoy estamos de suerte—contestó su líder.

Electra chequeaba su R-15 y su pistola automática, estaba algo nerviosa. Decidió dar un largo trago a una botella de agua purificada—siempre le ayudaba con los nervios—. Mientras tanto Billy preparaba los caballos para largarse, aunque sabía que Méndez siempre le gustaba despachar a muchos zombis a dónde pertenecen—al infierno—.

—Listo Méndez. Podemos irnos—sugirió Billy con la esperanza de que no se fuese a dar batalla.

Méndez, además de su ropa comando, llevaba también una especie de sobretodo con tela de kevlar, era de hecho uno de sus distintivos. Aquel sobretodo ondulaba con la brisa húmeda y fría; iba a llover, sobre sus hombros tenía la gran bolsa de lona llena de botellas, la mayoría en sus cajas. Se acercó a su caballo y empezó a amarrar al lomo del animal ese preciado cargamento que le daría de comer a él y a su escuadrón compuesto de 31 cazadores para al menos unos dos meses.

—Hoy quiero oler carne podrida—dijo Méndez a terminar de ajustar su carga a su hermoso y robusto caballo negro.

Billy maldijo en su interior, Electra se resignó y Míster Olimpia se le hacía agua la boca al saber que vaciaría su Striker y su FAL en los podridos. Ya el grupo sabía por cuál calle venían los podridos debido a la dirección donde estaban viendo ladrar a sus filas brasileiros.

—Pondremos c-4 en aquellos carros—indicó Méndez. Pero primero revisen si tienen gasolina o aceite de motor.

Méndez hablaba a Electra y a míster músculos. Billy se quedaría vigilando con su sniper y

vería los movimientos de la horda.

Los carros estaban secos, Electra instaló los explosivos. Cada carro estaba separado entre si a una distancia de veinte metros aproximados. La cazadora sabía que si su instalación estaba mal instalada o el control remoto no emitía la señal, estarían acabados. Nunca se había equivocado, pero ella sabía que siempre hay una primera vez. La muchacha hizo señas a su líder que todo estaba listo, en eso se empezó a escuchar carreras y alaridos de zombis. Su corazón latió fuerte y empezó a correr siguiendo a Richard. Llegaron hasta donde estaban apeados los caballos y luego los montaron. En breve los zombis volarían en pedazos, y los que sobreviviesen se arrastrarían por la calle muy mal heridos, “a menos que no exploten las cargas de c-4”, pensó Electra y un frío recorrió su espalda, por otro lado, no comprendía esa obsesión de Méndez por querer acabar con todos los podridos.

Allí estaban los cuatro jinetes, eran sin duda los Cuatro Jinetes del Apocalipsis Zombi.

— ¡Prepárense!—ordenó Méndez sosteniendo el control remoto con su mano.

Capítulo VI.

El padre de Alexa estaba en una reunión con los presidentes de País Zombra, exponía su visión del futuro, una muy polémica visión, sin duda, pero que traería mayor prosperidad a la naciente nación zombi.

—Lo que propone es una locura, Señor Carvajal—señaló el presidente del distrito Death.

—Lo sé, señor presidente. Pero estamos creciendo mucho más y a este ritmo de crecimiento no podremos alimentar a todos. Cada vez vienen más emigrantes huyendo de la tierra de los Cazadores y...

Carvajal quería empezar a usar tecnologías humanas para aumentar la recolecta de animales e insectos. Y lo principal que se iba a necesitar era transporte, y para usar transporte se tendría que emplear energía, es decir, combustible, y País Zombra lo tenía de sobra. Pero los presidentes se negaban a usarlo, porque argumentaban que el combustible y el posterior desarrollo de la nación traerían los viejos vicios que habían casi destruido la naturaleza antes del 2023 cuando llegó la peste, salvando al planeta de ser destruido totalmente.

Carvajal usaba todos sus mejores argumentos, ya era la cuarta reunión y el empresario aún no lograba convencer a los presidentes.

—No podemos esperar el día cuando ya no haya nada qué comer y nos volvamos nuevamente salvajes. Abandonaremos todo lo que hemos construido e iremos por la carne de ellos, en sus tierras, y seremos cazados, eliminados para siempre. Dejaremos de vivir, y la vida...mis estimados presidentes, aunque sea vida-zombi, es el mayor don que poseemos. Yo no me rendiré en lo que solicito. Confío en su sabiduría y confío en nuestro pueblo zombi que sabrá estar a la altura de nuestro desarrollo.

Los cuatro presidentes se veían las caras y consultaban entre si. El presidente de Distrito Death era solo un pedazo de torso con una cabeza y dependía de su hijo para moverse de un lugar a otro, su nombre era Maestro Carlos. El presidente de Distrito Cadáver era un cuerpo sin piel, su nombre: Maestro Skin. El tercer presidente dirigía el Distrito Zombra, era un zombi en una sola pieza, pero sin ojos, su nombre: Maestro Octavio y el último presidente quien dirigía Distrito Sesos—capital del país—, era una hermosa mujer zombi en una sola pieza que vestía muy elegante, ella era la líder de todos los presidentes, y por ende de todo el país, su nombre: Maestra Rosa.

—Bien Carvajal—expresó Rosa. El tono de su voz era suave y pausada, pero llena de una genuina autoridad. —Entendemos su petición y la hemos rechazado... ¿cuántas veces...?

—Tres veces, presidenta—contestó Carvajal.

—Bien. Digamos que ahora...estudiaremos muy bien su propuesta y lo consultaremos con nuestros asesores. Ahora, ¿probabilidades de que digamos sí?, yo diría que un 20%. Lo cual es un gran avance para usted. Pero por ahora seguiremos usando los tradicionales métodos de recolección de alimentos. Y le rogamos que su empresa siga trabajando a ese ritmo.

—Entendido presidenta. Estaré esperando por esa respuesta afirmativa. Gracias.

La reunión terminó en un buen ambiente. Mucho mejor que las tres últimas. Carvajal seguiría trabajando a su ritmo, bajo las normas de los presidentes, pero de obtener una respuesta positiva, el padre de Alexa se convertiría en el padre del desarrollo industrial de País Zombra. Más tarde o más temprano, Carvajal tenía que cumplir su sueño.

Capítulo VII.

El ambiente era frío y Electra sentía que estaba sudando, le preocupaba mucho que las cargas no explotasen, y si era sincera con ella misma tenía que admitir que le temía más a Méndez que a los propios zombis. Se había ganado su lugar dentro de los Cazadores gracias a sus conocimientos de electrónica e informática, ella era imprescindible, aunque desde luego ella no lo veía así porque le preocupaba más sus habilidades de guerrera que las de técnico dentro del grupo.

Los zombis post apocalipsis parecían más agresivos que nunca, más astutos, más rápidos. Eran mayoría, era su mundo y como nuevos dueños del planeta estaban dispuestos a terminar de exterminar a la humanidad, el problema para ellos era que había personas como Méndez, un ser humano más aterrador que ellos, un ángel de la destrucción.

Los cuatro jinetes negros visualizaron la marea podrida, estaban muy cerca del primer carro. Al menos eran doscientos podridos convertidos en una masa homogénea capaz de arrasarlo todo en poco tiempo. Los perros ladraban con todas sus energías, pero no iban a atacar, no estaban para atacar zombis, estaban para rastrearlos y para atacar a otros humanos; a menos que fuese la última opción, los filas embestirían a un podrido. Los animales—hasta ahora—eran inmunes al Virus Z.

La primera carga fue accionada, produciendo una terrible onda expansiva que reventó los cuerpos de los muertos vivientes. Electra respiró aliviada y sintió librarse de una gran tensión. El resto de los zombis siguió avanzando solo para caer en la segunda detonación que los alcanzó. Entonces ya no se escuchaban con tanta fuerza sus aullidos de la muerte, todo era una nube de polvo. Al instante se escuchó el cielo tronar y finas gotas de lluvia empezaron a caer.

—Allí vienen—dijo Méndez apuntando hacia la nube de polvo con su AK-45 de asalto. A su cintura estaban dos revólveres cromados calibre 38 de cañón largo.

El resto de los jinetes estaban a su lado, haciendo una línea horizontal y apuntando con sus armas también. Los filas dejaron de ladrar y solo rugían mostrando sus fauces. Méndez sabía por años de experiencia que siempre quedaban zombis en una pieza avanzando hacia su objetivo. La lluvia empezó a caer más fuerte y al mismo tiempo los sonidos de disparos rompieron el silencio expectante. La nube de polvo se reducía drásticamente por el agua que caía, haciendo así visible a los zombis que seguían avanzando, unos se arrastraban, otros corrían. Los caballos permanecían imperturbables, dignos, valientes; sosteniendo sobre sus lomos a los cazadores que no cesaban de disparar. Billy con su fusil de Sniper era el más preciso. Hasta que ya no hubo más movimiento. La horda había sido aniquilada en poco tiempo, pero Méndez no se conformaría con ello, y sus camaradas lo sabían, así que con su caballo avanzó por la calle donde habían sido reventados los podridos, guardó su AK-47 y sacó sus revólveres, uno en cada mano. El resto de los jinetes avanzaron detrás de él, al igual que los perros quienes luego se adelantaron. Ahora venía el trabajo de limpieza. Los caballos tenían sus patas cubiertas con tela de kevlar teñida de negro, les protegía de posibles mordiscos por parte de los podridos. Los revólveres 38 empezaron a rugir, Méndez iba rematando en la cabeza a los zombis que quedaban con “no-vida”, sus compañeros le imitaban, los perros indicaban a los podridos que ellos no podían visualizar. Entonces sucedió, nadie lo vio venir, un podrido saltó hacia Méndez con impresionante agilidad haciéndolo caer del

caballo, el zombi mordió a Méndez, pero lo hizo en su broquel de kevlar, sus armas las había soltado, pero los perros con su gran fuerza halaron por la piernas al podrido luego Billy hizo el resto.

Méndez se reincorporó, tomó sus revólveres y de un ágil salto volvió sobre el lomo de su caballo.

—Gracias Billy—dijo Méndez.

—De nada jefe—contestó el muchacho.

Ya no había más muertos vivientes que rematar. Los jinetes avanzaron bajo la lluvia, irían de regreso a Ciudad Álamo. Méndez sacó la botella de Whisky de la cual había empezado a tomar y se pegó nuevamente del pico, dando un muy largo trago, el fortachón lo imitó, los otros dos tomaron agua para calmar la sed que les produjo el encuentro con la horda. Los cascos de los corceles dejaban una agradable estela de sonido en el camino que dejaban atrás, y ese sonido lo seguía un zombi que se arrastraba hacia los jinetes mientras ellos seguían avanzando, solo había quedado él, no se rendía, pero jamás alcanzaría a los Cazadores, sin embargo, tenía hambre y sentía frustración, sus ojos grisáceos observaban con impotencia como sus verdugos de negro se iban perdiendo en el horizonte de la calle de aquella gran metrópolis bajo la incesante lluvia; aun así el zombi no dejó de avanzar, *porque los zombis nunca se rinden.*

Capítulo VIII.

Desde que Alexa entró a nuestra preparatoria mis problemas aumentaron, y ya no estaba dispuesto a soportar más humillaciones, tenía que encontrar la manera de hacerme respetar y a la vez tratar de no ser expulsado de la institución.

Por otro lado, Alexa, a pesar de ser bella y estar en una sola pieza parecía llevársela bien con todos, no sé cómo lo hacía, tenía talento para ello y en menos de dos semanas ya se había convertido en la chica más popular de toda la preparatoria, acaparando así casi todas las invitaciones para la fiesta de baile zombi que pronto se acercaba.

Con respecto a mis tres enemigos, tenía ahora que llevar la ofensiva contra ellos, usar sus mismas tretas y su forma cobarde de atacarme. Haría que los expulsaran con facilidad porque conocía muy bien sus debilidades.

El lunes de la segunda semana a la llegada de Alexa me senté de último en la clase, había traído varios objetos para estamparlos en la cabeza de Tomás—el barriga de planeta—. Teníamos Relaciones Zombis con nuestro profesor tortuga. A mitad de clase lancé una piedra sobre la cabeza de Tomás, no fallé, el gordo pareció tambalearse en su propio pupitre.

“Conoce la potencia de mi brazo, Planeta Zombi”, dije después de arrojarle la piedra, todos empezaron a reírse, incluso sus inseparables compañeros. Tomás me maldijo a todo cañón y después estaba en la oficina de la directora explicando lo sucedido, dos días de suspensión le dieron. Al muy cretino le dieron solo un par de días, a mí por el contrario me daban como mínimo una semana. Pero dos días era más que suficiente, ahora iría a por el fenómeno de Pepe y después dejar solo a Minipeste. Estaba decidido a debilitar a ese trío del infierno porque de no hacerlo acabarían conmigo.

En el primer día que Tomás estaba suspendido, ayudé con la limpieza a un compañero que estaba “por castigo” trabajando en el comité de aseo de la prepa. Al Pepe le gusta ir al baño para encerrarse un rato y ver humanas desnudas en revistas prohibidas. Entré al baño y esperé a que no hubiese nadie. Me subí mis pantalones hasta las rodillas y me coloqué unos viejos zapatos que tengo en la casa pero que nunca traigo. Pepe es tan alto que sus piernas salen del cubículo del escusado. Me acerqué a la puerta del cubículo y aseguré la puerta con alambre. Después, con todas mis fuerzas, le halé la pierna derecha, quedándome en mis manos, luego la metí en la bolsa de basura y me largué de allí como si nada. El larguirucho gritaba profiriendo amenazas. Luego me dirigí a la gran sala de música y, entre los instrumentos musicales escondí allí su pierna. “Ja, ja, pobre fenómeno, veamos qué hace ahora”, me burlé para mis adentros. A los pocos minutos Pepe estaba explicando en la dirección que alguien le había robado su pierna, pero que él no pudo ver quién fue, solo recuerda unos viejos botines de tela roja con una estrella blanca en la parte de arriba. Acto seguido, Pepe y la directora empezaron a revisar en todos los salones para ver quien calzaba aquellos zapatos rojos. Tardarían al menos cuatro días buscando esa pierna.

Ya el grupo estaba debilitado, el enano Minipeste sería la presa más fácil, así que, en el primer día de expulsión de Tomás, dejé los zapatos rojos de la estrella en su bolso, ya que Pepe siempre suele comerle su almuerzo, lo demás sucedió en modo automático Pepe no soltaba el

cuello de Minipeste y éste sin comprender intentaba zafarse. Luego ambos estaban ante la vieja amargada de Gutiérrez. Minipeste fue expulsado por dos días por negarse a decir dónde había escondido la pierna de Pepe, y juraba y perjuraba que esos botines rojos se los habían sembrado en su mochila.

Llegó la segunda semana y seguí acosando al trío del mal, los volví puré. Conocí mi lado perverso, lo estaba disfrutando y creo que me estaba haciendo adicto a ello. Sí, lo sé, tenía que parar pero no lo hice, los volví papilla podrida, quería acabarlos, sentía que la maldad crecía dentro de mí, era algo más grande que yo. Fue al comienzo de la tercera semana que pude frenar mi mal comportamiento al ver a aquel grupo que estaba profundamente deprimido, comprendí que tenía que parar o algo peor podría suceder. Un pensamiento se me coló, uno de ellos—de mis enemigos—podía cometer una locura y hablo de suicidio, me sobrecogí al respecto, por otro lado tenía que confesar a ellos que fui yo, el causante de todas sus desgracias arriesgándome a que tomaran represalias contra mí.

Fue tres días antes del baile de la preparatoria que los reuní para confesarme y negociar una tregua, el éxito de esa reunión estaría estrechamente ligado a mi futuro en la preparatoria.

Y allí estaban, sentados frente a mí, estábamos en una plaza cerca de la prepa. Se encontraban totalmente divididos, se odiaban. Fue muy difícil reunirlos pero más difícil fue lograr que no se mataran entre ellos mismos.

—Okey, lo que les voy a decir tiene que ver con todo los malos acontecimientos que han tenido las pasadas dos semanas

Los tres me prestaron atención, estaban deseosos de saber que les iba a decir. Yo corría el riesgo de recibir la paliza de mi vida.

Capítulo IX.

—Así es, todo ha sido culpa mía—terminé de agregar luego de mi confesión.

Mis tres incansables enemigos se vieron sus caras de muertos vivientes, era evidente que nunca imaginaron que todos los males sobrevenidos a ellos en los últimos días habían sido todos de mi autoría. Estaban atónitos, silenciosos, y no sé si era buen indicio. Luego hicieron una pequeña reunión juntando sus cabezas, no pude escuchar lo que decían, al menos no con claridad. Después que conversaron entre ellos se acercaron hacia mí. El gordo Tomás extendió su mano hacia mí para estrechar la mía, hice lo mismo, pero con cautela. Cuando nuestras manos se estrecharon él me apretó con fuerzas y me haló hacia su voluminoso cuerpo haciéndolo con mucha rapidez—lo que me sorprendió ya que él es muy lento—luego estrelló su gran puño contra mi cara y sentí todo mi cuerpo vibrar y estremecerse, no soltó mi mano en ningún momento lo cual impidió que me cayera hacia atrás por la potencia de su golpe. Cuando me haló otra vez, me preparé mentalmente para recibir el segundo golpetazo, así que cerré mis ojos, sin embargo no hubo tal golpe, yo abrí los ojos y Planeta Zombi tenía una sonrisa dibujada en su rostro.

—Ú-ne-te a no-so-tros, Ricardo—me dijo lentamente.

Como creo que dice un viejo dicho: “si no puedes con él, únete”, pues ni corto ni perezoso me apresuré a unirme a ellos. Minipeste engrasó la palma de su mano con su mega apestosa sangre negra y repulsiva.

—Coloca la palma de tu mano allí, me indicó el larguirucho de Pepe.

—Pero, ¿y para qué?

—Tie-nes que ha-cer el ju-ra-mento.

— ¡Pero qué carajos! ¿Por qué tiene que ser con la sangre de Minipeste?... Bueno, bueno, está bien, pues ni modo. Venga Minipeste, venga esos cinco.

Hice el gracioso y asqueroso juramento, y con la putrefacta sangre de Minipeste nuestra unión quedó sellada. Desde luego que al llegar a la casa tendría que colocarme mucha ceniza.

—Hay otra cosa—dije después de jurar.

— ¿Qué?—preguntó Pepe.

—Es sobre Alexa, la chica nueva. Me gusta y evidentemente a ustedes les gusta también. Así que propongo algo.

Mis tres nuevos amigos estaban atentos a mi propuesta.

—Bien, es muy sencillo tíos, dejemos que sea ella quién decida con quien quiere estar, claro, asumiendo que ella quiera estar con alguien, porque puede ser que no desee estar con ninguno de nosotros, pero en todo caso, lo que propongo es que no nos saboteemos unos a otros con respecto a nuestra conquista sobre ella. ¿Qué les parece?

Todos asintieron en señal de conformidad. Al final nos comprometimos a que las chicas no

estropeen nuestra amistad, concluimos que: “primero el bien de todos antes que una linda zombi”.

Ahora el grupo de Planeta Zombi aumentaba a cuatro, supongo que ellos eran Los Tres Mosqueteros y yo era D'Artañan, esto es según un libro prohibido que alguna vez leí: “todos para un zombi y un zombi para todos”.

Capítulo X.

Trodo era un maldito, y también lo era antes del apocalipsis. Era líder del segundo grupo de cazadores el cual estaba apostado en el lado oeste de las murallas del Álamo, su especialidad y la de su grupo, eran las armas, eran personas capaces de inventar nuevas pistolas o ametralladoras usando desperdicios de otras, aun podían restaurar armas hasta de la Segunda Guerra Mundial si fuese el caso, eso se debía porque contaban con un viejo alemán que se le había ido la olla hace mucho tiempo y según se cuenta fue un ingeniero de una de las industrias más importantes de pistolas y fusiles de Italia. Todo el poder que Trodo poseía se lo debía a ese viejo chiflado.

Los cuatro jinetes negros estaban llegando al pequeño territorio de Trodo. Uno de sus centinelas los divisó hace mucho rato y ya estaban preparados para darles la bienvenida.

—Mi buen amigo y vecino Méndez—dijo Trodo. —Tú y tus compañeros se ven fantásticos en esos caballos, uno de estos días tendrás que venderme uno.

—Sí, tal vez uno de estos días. Cuando empiece a llover hacia arriba—dijo Electra.

—No estoy hablando con usted, bella joven. Aunque a usted la prefiero más que a uno de esos caballos, e igual puedo montarle—Trodo transformó su rostro en algo lascivo.

Electra arrojó una mirada de desprecio a Trodo, quien era un hombre blanco con una mata de cabellos negros y espesa barba, sus dientes estaban manchados y de cuerpo era algo obeso.

—Ya sabes que mis caballos no están en venta. Pero puedo cambiarlos todos por el viejo alemán, si así lo quieres—expresó Méndez después de bajarse del caballo y luego ajustando su sombrero negro de vaquero.

Los cuatro jinetes estaban apeados frente a un portón de alambre de ciclón y púas. Así estaban cercados los pequeños territorios de los cuatro grupos de cazadores que a sus espaldas tenían la seguridad de la gran muralla del Álamo.

—Eso ni soñarlo Méndez. Pero debes traerme algo muy valioso.

Trodo estaba custodiado por dos de sus guardaespaldas más su lugarteniente quien era un hombre de color con casi dos metros de estatura quien no dejaba de desafiar con la mirada al imponente Richard.

—Según sé, te encanta el whisky y sientes fascinación por la champan—Méndez sacó una botella de whisky y de champan de su bolsa de lona, los ojos de Trodo brillaron y su boca se le hizo agua. —Además, también sé que te gusta en particular cierta marca de cigarrillos—agregó Méndez lanzando un paquete de cigarrillos por encima del portón de alambres para que Trodo lo atrapara. —Y bien, ¿Me vas a dejar entrar o me voy para el lado sur, a casa de mi viejo amigo Londres?

—Eso ni pensarlo, amigo—contestó Trodo para luego ordenar que abriesen el portón.

Desde las altas murallas de Ciudad Álamo, los soldados guardianes veían con detenimiento el acercamiento de los dos líderes cazadores, tomando nota de cada detalle singular que pudiesen presenciar. Dentro de éstos grandes muros la vida era como la de una metrópolis antes del apocalipsis, claro, salvo ciertas carencias y diferencias significativas debido a los nuevos tiempos.

Méndez solo quería algo en específico: municiones para sus armas, y Trodo las tenía, porque su grupo además de hacer y restaurar armas también fabricaban municiones.

—Quiero alimento para mis dragones (municiones para sus armas de fuego) —dijo Méndez sirviendo whisky en un vaso de aluminio que sostenía Trodo.

— ¿Cuántas cajas y qué tipo de alimentos?—preguntó el barbudo de Trodo luego de degustar el whisky. — ¡Ahhh, es escocés... años!—comentó luego.

—Veo que no pierdes facultades como catador. Pues quiero alimento de cada calibre que leerás en este papel.

—A ver dame—Trodo tomó el papel y empezó a leer en voz alta pero como si leyera para sí mismo: —38; 7,62; 5,56; 12 y magnum. Vaya, ¿qué piensas hacer, una guerra contra el Álamo? Es broma amigo, no me prestes atención ¿Qué me darás a cambio?

—Esto—dijo Méndez colocando el saco de botellas sobre la mesa y Electra las empezó a sacar para mostrarlas.

— ¡Vaya!—expresó Trodo. —Aquí tenemos vino, oh mira: vodka ¿Qué más? : Escocés, ron y ahhhh: champan...el elixir de los dioses.

—El champan no—indicó Méndez.

— ¡Cómo!—vociferó el líder barbudo expulsando muchas partículas de saliva al aire.

—Sabes que tienes que darme otra cosa. No te pongas así.

— ¿Qué quieres?

—Dame uno de tus juguetes nuevos.

—Te puedo ofrecer una cosa nada más, si no te gusta te puedes largar.

Trodo le hizo señas a su gigante lugarteniente que trajera algo.

—Aquí está... un viejo revolver magnum de los años 70, totalmente restaurado—Trodo extendió con orgullo el arma la cual estaba cromada. —Lo puedes probar sí lo deseas.

Los soldados de las murallas del Álamo, quienes vestían uniformes urbanos camuflados con cascos y chalecos kevlar, sosteniendo fusiles 5.56, veían con detenimiento todo aquel intercambio entre los dos grupos de “buitres” —como le solían llamar ellos—.

—Vamos, confío en ti. No haremos un gran estruendo con esta belleza—comentó Méndez sopesando y admirando el arma.

Electra se sorprendía cómo su líder tenía gran poder de persuasión para negociar, pero lo que más le sorprendía era que, al momento de negociar era una persona más expresiva, hablaba mucho más, lo contrario que cuando estaba con ellos. Tal vez aquel comportamiento muy comunicativo era una actuación, una forma de caer bien al momento de intercambiar recursos.

—Debes probar esa belleza. Ignora a los soldados de allá arriba—Trodo hizo señas para que uno de sus cazadores colocara una gran calabaza a veinte metros de ellos a manera de blanco.

—Pues sí tú insistes—agregó Méndez volviendo a ajustar su sombrero con su mano izquierda, mientras que con la otra sostenía la mágnam.

Méndez colocó seis cartuchos a su nuevo magnum, apuntó a la enorme calabaza y luego se escuchó un gran estruendo. La calabaza fue totalmente destrozada.

— ¡Carajo!—expresó Richard con muchos deseos de probarla también.

—Ven Richard, sé que quieres dispararla—comunicó Méndez ofreciendo el gran revolver a míster músculos.

Otra calabaza fue puesta como blanco y Richard tuvo el placer de disparar también. Los soldados que vigilaban desde arriba estaban muy inquietos.

—Gracias jefe ¡Caramba! Vaya nenaza ésta—pronunció Richard entregando el revólver a su líder con sus desorbitados ojos por la impresión.

—Bueno, colegas. Le han ahorrado trabajo al cocinero. Hará una sopa con esos pedazos de calabaza—intervino Trodo acariciando las botellas de champan como si se tratase de sus hijos.

Cuando Méndez y sus compañeros se disponían a marcharse, Richard tropezó con su hombro al lugarteniente de Trodo, a quien llamaban Camejo. Por un instante se sostuvieron la mirada, ambos pelearían sin dudarlo antes la primera chispa.

—Nos vamos Richard. Eso es todo—habló Méndez de manera firme, sin vacilación alguna y Richard no tuvo más remedio que obedecer. —Gracias Trodo, estaremos en contacto.

—No lo dudes, Méndez, no lo dudes—expresó con mirada maquiavélica el líder del segundo grupo de cazadores. —Gracias por las botellas de la felicidad.

—De nada—respondió Méndez para luego gritar a su caballo: — ¡Harre!

Capítulo XI.

La banda musical de la preparatoria tocaba una hermosa melodía y no tengo idea de cómo se llamaba, un día de esto pregunto por el nombre. Lo cierto era que estaba bailando con ella, llevaba un hermoso vestido azul el cual había sido cuidadosamente desinfectado con cenizas. El ambiente era acogedor y alumbrado por antorchas las cuales se escuchaban levemente chisporrotear (hay que tener cuidado de no acercarse mucho a ellas). Imagino que tenía mi mejor cara de felicidad, hacía mi mejor esfuerzo para que ella no me notase triste y es que no estaba bailando con Alexa, lo hacía era con Lolita. Y pensar que yo estaba cien por ciento seguro que estaría en el baile con Alexa, y lo interesante es que ni mis nuevos amigos tampoco estaban bailando con ella. Los cuatro fracasamos en conseguir tan preciado fin. Con respecto a mí, ella me rechazó de tajo, claro, de la manera más dulce posible, pero un rechazo es un rechazo, siempre hiere duro y hiere más cuando has puesto mucho sentimiento.

Alexa en cambio se le notaba feliz con su pareja, tal situación me fastidiaba. “Pero no debo demostrar tristeza, ni mucho menos odio”, me decía. Lolita por su parte estaba cómoda conmigo, y cuando la banda empezó a tocar esa hermosa melodía—increíblemente romántica—ella había colocado su cabeza en mi pecho y nos movíamos al compás de la música. Yo voltee disimuladamente para ver si Alexa me estaba viendo cuando Lolita recostó su cabeza sobre mí, pero nada, ni pendiente, solo hablaba con su pareja y lo peor era que le sonreía a cada comentario que él le hacía.

“¿Pero quién es ese infeliz chico zombi que ha conquistado a Alexa?”, me pregunto y se estarán preguntando ustedes, pues, es un niño zombi rico, tal como ella. Y quiero pensar que se fue con él por su dinero y no por sus encantos, porque tal vez sea más encantador que yo. Qué carajos pienso, ya no debería darle más vueltas al asunto. Esto es sencillo, me han ganado y eso es todo, ella es libre de estar con quién quiera, ¿pero por qué me fastidia tanto esto? Debería quedarme tranquilo. Pero ella es tan bonita, tan especial, caray, me voy a volver loco de seguir así.

—Estoy cansada Ricardo y tengo sed—me expresó Lolita sacándome de mis molestos pensamientos por un instante. —Vamos por una poco de ponche de sangre ¿Te parece?

—Sí, claro—respondí

—Y después vamos a tomar un poco de aire—añadió después.

Fuimos por dos vasos de ponche ensangrentados y fermentados. Estaban deliciosos y energizante. Lolita notó que yo buscaba con mi mirada a Alexa, sentí pena por ello.

—Vente guapo, vamos al patio un rato—me dijo ella con cariño, lo cual me extrañó, pensé que me expresaría algún reproche.

Nos sentamos en un banco que está dentro de la cancha deportiva de la prepa y seguimos bebiendo el ponche en nuestro vasitos.

—Sabes Ricardo—me dijo colocando su vasito a un lado y abrazándose a mi brazo. —Sé que te gusta Alexa, y sé que quisieras que fueses tú el que estuviese bailando con ella ahora mismo y

no ese chico rico.

—Sí, soy un perdedor, lo sé. Se me debe de notar a kilómetros. Lo siento.

—Descuida. Puedo entender. Tal vez la persona que pierde sea otra y no tú; además, yo estoy ganando al estar con el chico más lindo de la prepa.

Lolita se abrazó a mi brazo con más fuerza después que dijo aquello. Me sentí mejor luego que dijese esas palabras.

La noche se estaba tornando oscura, unas nubes espesas cubrieron la luna. La escasa luz que no llegaba provenía de las antorchas exteriores.

—Me encanta cuando las nubes cubren toda luna, es hermoso. Me parece recordar algo, pero no sé, no logro ver la imagen.

—Así me pasa a mí muchas veces—le dije.

Era extraño, Lolita no me gustaba, y de hecho no era atractiva y bella como Alexa, pero me sentía cómodo con ella.

—¿Ya sabes que vas hacer cuando te gradúes?—me preguntó.

—La verdad, Lolita, aun no sé. Ta vez sea militar o recolector.

—Ummm, no tienes pinta de ninguno de los dos. Te ves un poco perezoso para esos trabajos, y menos de soldado.

—¿Y qué crees que pueda llegar a ser?

—Bueno, tú eres un zombi muy bello. Se me ocurre que pudieses ser un modelo para vender productos.

—Ja, ja, ja. Déjate de bromas.

—Sí, de veras, o también puedes ser político, recibirías muchos votos por tu carita.

—Bueno, está bien, veremos qué pasa. Y a ti, ¿qué te gustaría ser tú?

—A mí me gustaría ser la madre de tus hijos, la esposa que te despide en la mañana con un beso y te recibe en la tarde con un abrazo.

Me quedé callado y ella también, la verdad no tenía palabras que agregar.

—Pero sé que no te gusto—continuó Lolita. —Te gusta es Alexa. Pero no importa, mientras no estés casado con ella no perderé las esperanzas.

Pues bien, no hubo besos esa noche. Lo sé, soy un idiota. La chica que me gusta tal vez hasta se haya olvidado hasta de mi existencia. Por otra parte, Lolita, que sueña con ser mi esposa, según lo que me dijo, no siento ningún interés por ella, salvo el de la amistad. Lo positivo es que a su lado me siento cómodo, como dije antes, pero no sería justo estar con alguien que te adora y tú solo le ves cómo una buena amistad, quizá eso sea terrible. Dantre, hasta las cosas más sencillas se vuelven complicadas.

Lolita no me dijo nada más, se volvió a acomodar y esta vez quedó acostada en el banco, con

su cabeza apoyada en mis piernas. Se quedaba viendo como las nubes grises pasaban por entre la luna. La verdad era cautivador presenciar el andar de las nubes y me sentía como ella con respecto a un recuerdo del que no lograba ver la imagen ¿Cómo sería mi vida anterior? Tal vez tenía una novia, y quién sabe, tal vez era Lolita o Alexa, o quizá no tuve novia y andaba por allí de manera solitaria enamorado de quién sabe quién. A veces hasta fantaseo más allá de la cuenta con quién pude haber sido, a lo mejor fui un delincuente perseguido por la justicia humana en todo los rincones de la ciudad, o a lo mejor fui un soldado debidamente entrenado para peligrosas misiones, aunque por mi rostro creo que no fui ninguno de los dos, con seguridad solo fui un presumido adolescente a punto de graduarse de la preparatoria. Sea lo que sea, ahora soy un podrido y solo soy consciente de mi presente, solo sé que, una chica “que me gusta cómo amiga” está recostada entre mis piernas, y la otra, por la cual pasé semanas y semanas suspirando y tratando de conquistar, está con el chico más adinerado de la prepa.

—Volvamos al baile—le dije a Lolita y así rompí el silencio.

—Claro, vamos.

Cuando íbamos llegando a la puerta estaban saliendo Alexa y su pareja tal vez a tomar aire, o quizá para tener privacidad.

— ¡Aja! Están pillados—expresó Alexa refiriéndose a Lolita y a mí y lo hizo con tanta naturalidad que no había malos sentimientos escondidos en sus palabras, sino que fue de pura amistad, cosa que me molestó mucho porque quería que se sintiese celosa por verme con Lolita, pero nada. El único celoso y molesto fui yo al ver a Gustav—el riquito—con su brazo y mano de zombi verde enlazada a la delgada cintura de Alexa.

—No vayan a hacer cosas malas—advirtió Lolita con igual naturalidad.

—Tal vez solo un besito—contestó el muy pesado de Gustav y lo hizo de manera sobrada. “Presumido”, pensé.

Entonces seguimos nuestro camino hasta el salón de baile y ellos siguieron al patio. Lolita apretó mi mano, porque comprendió como me sentía, intentaba darme ánimos.

—Ven, vamos a bailar—me susurró y me dirigió a la pista.

Mientras bailaba pude ver que mis amigos la pasaban muy bien. Minipeste hablaba hasta por los codos, el Pepe era el rey de la pista de baile con todas las increíbles piruetas que hacía, y Planeta Zombi no se despegaba de la mesa con su chica la cual parecía tener el mismo apetito de él. El único que al parecer fingía estar pasándola bien era yo.

**

La fiesta terminó y algunos alumnos de la prepa nos quedamos colaborando en arreglar todo. A Lolita vinieron a buscarla sus padres. Yo me pude haber ido, pero quería sumar puntos positivos con la directora porque ella estaba presente.

Yo estaba recogiendo vasos y otras cosas que estaban en el piso y las iba colocando en una

bolsa. Cuando la llené por completo la amarré y fui a depositarla en los contenedores, de pronto sentí que algo se había movido detrás de mí en la oscuridad, “Deben ser los chicos”, me dije, así que decidí seguirles las corriente. Aunque me llené de un poco de ansiedad, porque no podía adivinar con cuál broma saldrían. Dejé la bolsa en el contenedor y me dispuse a regresar, esperando que ellos saliesen de la oscuridad y me gastasen su broma de una vez por todas. Me llevé una sorpresa, aunque no fueron ellos los protagonistas, fue Alexa.

—Pareces un buen estudiante colaborando en la limpieza—me dijo.

—Bueno, ya sabes que estoy en la mira para ser expulsado—comenté frente a ella.

Yo estaba muy extrañado, desde luego, “¿Alexa en la mitad de la noche, acechándome?”, medité.

—Espero que no seas expulsado—me susurró acercándose a mí. —Sería una pérdida que el chico más bello de la preparatoria pierda todo un año de estudios.

—Toda una pérdida—contesté, estaba nervioso por la fuerza de atracción que Alexa ejercía sobre mí en ese momento.

—Veo que se fue tu novia—me comentó.

—No es mi novia, es mi compañera y lo sabes. Tú en cambio si tienes novio.

— ¿Y si tuviese novio estarías celoso?

—No lo sé, ¿estarías celosa tú sí Lolita fuese mi novia?

—Estoy celosa. Y estoy celosa porque es tu amiga.

Ella se acercó más a mí, después no lo pude evitar y la abracé, busqué sus fríos labios y la besé

—¡¡¡Señor Ricardo!!!—alguien gritó.

Capítulo XII.

Ciudad Álamo era una interesante ciudad donde se combinaba lo moderno con lo antiguo. Era una especie de fusión del siglo 21 con mediados de siglo 19, podías ver por las calles bueyes tirando de una especie de bus con capacidad para cuarenta personas, y a la vez se podía apreciar una moto de carreras de marca japonesa. El sistema eléctrico de la ciudad era alimentado en parte por grandes molinos que superaban en altura a las grandes murallas, la otra parte de la energía eléctrica provenía de la creatividad de la personas, como por ejemplo, elaboración de gas metano a través de desperdicios humanos y de animales para luego ser quemado y mover así alternadores, entre otras formas más de generar energía.

El entretenimiento en la ciudad era variado: teatro, cine, deportes y salones de fiestas; siempre y cuando la energía rindiese ya que siempre había largas horas de racionamiento. La obsesión de Ciudad Álamo era la energía de origen fósil, es decir, petróleo, se procuraban grandes reservas de gasolina, diesel y full oíl, y esto se debió porque se negaron en abandonar por completo el estatus y la comodidad que brindan los vehículos, y segundo, porque en momento de alguna posible evacuación de la ciudad no existía nada mejor que los combustibles de origen fósil para mover los vehículos de guerra y los de transporte. Aunque muchos argumentaban que la acumulación del preciado combustible era más bien una moneda de cambio del nuevo mundo, ya que el oro y los diamantes eran superados en valor por la comida y el agua.

El creador y fundador de Ciudad Álamo fue un señor de mediana edad con orígenes Japoneses, era un hombre de inteligencia aguda y poseedor de un carisma muy fuerte que hizo que mucha gente lo siguiese. Era un hombre de cabellos grises en sus sienes con un fino bigote que cuidaba muy bien, su nombre era Carlos Miyamoto, pero cariñosamente era llamado señor Miyagui por el personaje de aquella vieja película llamada Karate Kid. Mister Miyagui o señor Miyagui, ideó una ciudad aislada casi en su totalidad del mundo exterior que pudiese autoabastecerse en energía, alimentos, agua, medicinas y defensa. No fue una tarea para nada fácil al principio, pero debido a su espíritu inquebrantable sumado a la fuerza de convicción de sus seguidores que muchos tildaron de fanáticos, Ciudad Álamo hoy está de pie y con dignidad antes un mundo que se ha ido por el caño.

Hoy, en cada plaza de la ciudad, está erigida una estatua o un busto de este interesante hombrecito (el señor Miyagui que sirve de guía para las nuevas generaciones a fin de conservar un presente próspero y saludable. Pero Miyamoto no se planificó para algo que fue uno de los principales problemas de las grandes metrópolis pre-apocalípticas, y eso fue el fenómeno de la súper población, el cual empezaba a afectar a su metrópolis fundada. A eso hay que añadir que Ciudad Álamo estaba cercada con grandes murallas, por consiguiente, no poseía la flexibilidad para expandirse, sin mencionar que al aumentar la población, aumenta la demanda de energía, viviendas, de agua potable y alimentos.

Ciudad Álamo pronto tendría hambre, y si no actuaban a tiempo, todo aquel mundo utópico que el señor Miyagui creó, podría venirse abajo.

Ahora, había dos grupos de cazadores que estaban al tanto del problema de la súper

población. En cuestión de supervivencia no les afectaba para nada a estos cazadores, ellos eran supervivientes natos, pero lo que ellos temían era que sus privilegios y buen estatus de vida—que ellos cuidaban tanto—se viniese abajo por algún tipo de estallido social dentro de las grandes murallas. Algo había que hacer para evitar aquello, los días y las horas corrían con intensidad muy a pesar de la pasividad con que se movía la vida dentro de la ciudad de las grandes Murallas.

Capítulo XIII.

— ¡Señor Ricardo! Le he estado buscando—indicó la directora Gutiérrez. Yo ya me había apartado de Alexa rápidamente. —Ah, señorita Alexa, sus padres han llegado, esperan por usted.

—Gracias señorita Gutiérrez—expresó Alexa con suavidad y aguardó un momento con nosotros.

Resulta que nunca me acostumbro al tono de hablar de la directora, en especial cuando me grita o me llama: “Señor Ricardo”, siempre creo que me va a reclamar por algo que haya hecho, o peor aún, que me va a expulsar.

—Señor Ricardo, pensé que se había escondido para no ayudar. Tenemos que apurarnos en la limpieza porque ya es tarde y tengo la sagrada obligación de entregarlos a todos ustedes a la media noche.

—Descuide señorita Gutiérrez, a la media noche estaremos todos en nuestras casas, limpios con ceniza para tener un buen descanso—dije con hipocresía, siempre soy hipócrita con ella. Pero respiré aliviado al saber que no me expulsaría.

Caminamos hacia el salón de baile, la directora iba adelante, Alexa en el medio y yo, por algún viejo instinto que desconozco, iba detrás viéndole el trasero a Alexa que lo movía de manera peculiar al andar, como si ella supiese que le estaba viendo su hermoso trasero de chica zombi. Vaya que si disfruté de la vista.

En ese momento yo tenía como una especie de felicidad dentro de mí y me sentía seguro con respecto a Alexa, porque después de todo yo le gustaba. Pero vaya que lo supo disimular muy bien la condenada. Ahora, las preguntas empezaban a invadir mis pensamientos: “¿por qué rechazó bailar conmigo?, ¿por qué tanta indiferencia hacia mí?, ¿por qué estar con Gustav?”, evidentemente eran preguntas para las cuales solo ella tenía las respuestas.

Ví marcharse a Alexa e iba acompañada del presumido de Gustav. Ella volvió a actuar como antes, con una especie—no sé cómo escribirlo—, ah ya sé, como una especie de “indiferencia amistosa”, pero igual era indiferencia, con el contraste que ahora yo sé que le gustaba, y que sus besos, su tacto y aroma iban a estar conmigo todo la noche.

Capítulo XIV.

Llegó el amanecer y el canto del gallo se escuchaba por todo nuestro vecindario—pues sí, tenemos gallos, es uno de los pocos animales que no comemos, son nuestras alarmas y nos brinda una sensación de vigor, aunque algunos gallos han sido devorados, lo cual es un delito—. Había pasado casi toda la noche pensando en los labios fríos y pálidos de Alexa—y también en su trasero—.

— ¡Vamos a desayunar, gritó mi madre!

Ricardito fue el primero en llegar a la mesa. Mi madre tenía pedacitos de gato y ratoncitos frescos. Los gatos hay que matarlos, es muy difícil comérselos vivos, te arañan toda la cara, son incluso hasta más difíciles de comer vivos que los perros. De todo lo que comemos vivo, me pregunto, cómo será comer a un humano vivo, debe ser deliciosamente macabro. Yo los he probado, como dije al principio, pero eran pedazos de humanos, eso sí, frescos. Es lo que debe haber ahorita en las mesas de Alexa y de Gustav.

—Con calma Ricardito, qué te he enseñado todo este tiempo—Ricardito fue amonestado por mi madre, se quería llevar todo a la boca, ratoncitos y los pedazos de gato juntos. Fue gracioso verlo, porque le había quedado la mitad de una cola de ratón fuera de su boquita de zombi.

—Vamos, Carmen. Está chico, no seas tan duro con él—expresó mi padre mientras leía el periódico y tomaba su acostumbrada taza de muy espesa sangre fermentada.

—No Mario, ya sabes que cuando sea maduro sino lo educamos comerá como un zombi de esos de La Periferia.

La Periferia, uff, lugar al que no deseo llegar. Es un sitio salvaje, cruel, donde reina el más primitivo barbarismo zombi y en donde hasta los temidos Cazadores lo piensan muy bien para entrar aunque cada vez penetran más—esto según informes de nuestras Fuerzas Z—. La Periferia además sirve para el destierro de los zombis criminales de País Zombra. Allí los podridos no razonan, solo son una masa putrefacta que va de aquí para allá devorándolo todo a su paso. Nunca se ha sabido de un caso que un zombi de La Periferia atacase a un zombi de nuestro país, pero nunca se sabe, siempre hay una primera vez. Por otra parte, los cuatro presidentes del país conocen la importancia de La Periferia, que aparte de servir como disuasivo para evitar los crímenes y “la desobediencia z”, sirve para mantener a raya a nuestros enemigos naturales: “los humanos”.

Ricardito ante el regaño de mi madre empezó a comer con pausa. Yo quería infligir el mayor dolor y la mayor agonía a los ratoncitos, pero mi madre también me iba a regañar, solo que lo haría con mucha más energías por ser el hermano mayor.

—Escucha esto—dijo mi padre leyendo el periódico. —“El empresario y reconocido magnate Carvajal, propone el desarrollo de País Zombra a través del uso de combustibles como gasolina y diesel, según él, esto traería una gran aceleración de toda la industria de recolección, convirtiéndose en mayor beneficio económico para los cuatro distritos de nuestra nación zombi. Sin mencionar que el nivel de vida de los habitantes mejoraría en demasía. Se podrá disfrutar de

música grabada en diferentes dispositivos, ver películas o realizarlas, electricidad y calles alumbradas con bombillas, entre otras cosas. Pero no todo es *color de cerebros*, expertos advierten que esto podría traer graves consecuencias para el país, ya que fue el uso de combustibles lo que causó la destrucción del mundo anterior, por eso, los presidentes evalúan muy bien la propuesta, procurando siempre la mejor decisión”.

—A mí eso de “cosas de humanos” no me gusta para nada. Estamos bien cómo estamos—indicó mi madre, y sin darnos cuenta ya estábamos debatiendo el importante artículo en cuestión.

—Pero podríamos escuchar música. Yo por fin sabría que se siente eso de MP4 y MP3 y todo MP que vengan—opiné.

—Como dice el artículo. Esto se convertiría en mayor beneficio económico para nosotros. Más piezas para la familia—dijo mi padre.

— ¡Y más ratoncitos!—gritó mi hermanito levantando sus bracitos.

—Vamos, Carmen. Estás rodeada, entrégate. Somos tres contra uno—bromeó mi padre.

—Eso es porque hay una sola mujer zombi en esta casa. Ummjú, vaya que sí.

Seguimos discutiendo el asunto, mi padre terminó pasándose para el lado de mamá, por conveniencia claro está. Al parecer los presidentes dieron permiso para que se publicase eso en el periódico a fin de crear un debate nacional y conocer así la opinión general de la mayoría de los ciudadanos zombis. Claro, el periódico es un semanario, y a veces llega cada quince días, así que las noticias nunca son frescas, pero tal vez con el uso de los combustibles podríamos tener el periódico a diario como los humanos lo tuvieron en extinto mundo.

Capítulo XV.

El desayuno me había sentado de maravilla y la tacita de sangre fermentada me había vigorizado, me sentía entusiasmado, feliz, pero no fue precisamente por lo que desayuné, no, sino era por el recuerdo de ese sorpresivo encuentro con Alexa, es raro, y parece increíble, pero siento que quedé impregnado con su rico aroma, lo puedo oler con nitidez. Estoy muy ansioso por llegar a la preparatoria y verla.

Mientras caminaba hacia la prepa, disfrutaba de mi ciudad y de su gente, como casi siempre suelo disfrutarlo, amo esta no-vida, tal vez mi vida de humano era mucho mejor, pero amo esta. Ah, pero no siempre la amo, no sé qué me pasa, ¿estaré enamorado?, ¿es esto lo que llaman amor?

Los zombis a mi alrededor están avanzando como siempre, unos—cómo ya saben ustedes—se arrastraban, otros caminaban, algunos corrían intentando ejercitarse, y hay un grupo que no mencioné antes, que tiran carretas con carretas de alimentos para zombis o hacen transporte a otros zombis y así se ganan la no-vida. Por ejemplo, Alexa siempre llega en un coche que tiran otros zombis, el coche donde llega ella es tirado por cuatro zombis. El señor Carvajal tiene razón, debemos desarrollar el país usando combustible para tener mejores medios de transporte.

Entre tanto pensar en Alexa y sobre asuntos de nuestra sociedad, finalmente llegué a la prepa. De pronto un pensamiento me llegó, era sobre Lolita. Oh, qué debo hacer, ella está tan enamorada de mí y es una amiga muy especial. Siento la necesidad de contarle lo que me ocurrió ayer, no, pero no, ¿y si se enoja conmigo? Pero es que ella sabe que me gusta Alexa y parece aceptarlo, aunque sería cruel si le cuento, debe sentirse terrible. Vaya, más conflictos a mi vida, ¿y por qué tengo que tener conflictos, por qué no simplemente hago lo que deseo sin importar lo que piensen los demás? Mi mente era un jodido torbellino, parece un lugar de muchas batallas.

—Hola Fred—saludé al portero de la preparatoria al llegar a esta.

—Bue-nos dí-as jo-ven Ri-car-do—me saludó también.

Fred es un zombi gigante, se parece a ese personaje llamado Frankenstein. Vaya, creo que todos en País Zombra somos una especie Frankenstein.

Cuando Fred me saludó empecé a sentir los pasos de los zombis que tiran del coche de Alexa, luego sentí los pasos también del coche de Gustav. Y yo que pensaba recibirla en la puerta. Carajo, mejor termino de entrar a la preparatoria.

—Hola bello—me saludó Lolita y al mismo tiempo terminaban de llegar los coches de Alexa y Gustav.

—Hola Lolita ¿Cómo amaneciste?—devolví el saludo besando su mejilla.

— ¡Uy!, gracias por ese besito—me comentó. —Amanecí muy bien Ricardo, pensando en ti todo la noche—terminó de decir entre suspiros. Yo le ofrecí una leve sonrisa.

Vaya que esto del amor si que es muy complejo me hace sentir cruel sin querer serlo.

Entonces vi a Fred quitarse su sombrero para recibir a Alexa y a Gustav, vaya, Frankenstein

no se lo quitó al saludarme.

Gustav y Alexa se saludaron con muy afectuosos besos en las mejillas. Me llené de celos, lo reconozco, pero que lo pasó a continuación me hizo sentir peor. Ellos pasaron cerca de Lolita y de mí y Alexa ni siquiera se detuvo para saludarme sino que siguió adelante y solo dijo un: “buenos días chicos”, levantado su manita y emitiendo una sonrisa como si fuese una zombi famosa y nosotros sus fans.

¿Qué demonios está pasando?, me siento horrible, como usado y lo peor de todo es que ella me sigue fascinando.

— ¡Hola Ricardo... hola, regresa con nosotros!—bromeó Lolita yo estaba como perdido meditando en Alexa y ella me hacía señas con su mano. —Precioso, tenemos que entrar a clases. Vamos.

—Sí claro. Disculpas—dije volviendo en mí.

Gracias a los cielos o al infierno, que Alexa y Gustav estudian en el otro salón de clases del último año de preparatoria. Sería peor si los tuviese que tener al frente toda la mañana dentro de clases. Resulta ridículo cómo uno puede pasar tan rápido de la felicidad a la desdicha ¿No me sentía yo hace rato enamorado y todo eso?, ¿y ahora? A lo mejor soy bipolar, sí, eso soy, soy un zombi bipolar.

Lolita se había sentado detrás de mí y acariciaba mi cabello cada vez que el profesor de matemáticas daba la espalda para explicarnos. Al menos ahora me acarician la cabeza, antes me arrojaban objetos a la cabeza. Le gusto a Lolita, eso es un hecho, sería mejor ser su novio, así no tengo que pensar tanto y ser tan bipolar, pero qué pasaría si Alexa me busca para ser novios, entonces tendría que romper con Lolita. No mejor no, tengo que esperar un tiempo más. Tengo que averiguar si realmente le gusto a Alexa y que me explique lo de esos besos que me dejaron hechizado.

— ¡Señorita Lolita! ¡Nosotros los zombis no tenemos piojos!—el profesor de Matemáticas reprendió a Lolita al darse cuenta que acariciaba mi cabeza.

—Disculpas, profesor—dijo de manera sencilla Lolita.

El salón todo empezó a reírse.

— ¡Silencio alumnos! ¡Respeto!—exigió el profesor y luego hubo calma, luego, el maestro dio la espalda nuevamente para explicar una cuenta y Lolita me volvió a acariciar los cabellos. El profesor volteó y Lolita quitó su mano a la velocidad de la luz. Creo que todos los zombis somos jodidamente rápidos cuando queremos serlo. Afortunadamente no la vieron en ese momento ni en otro, ni en otro... hasta que terminó la clase.

Cuando el profesor se hubo retirado, el gordo Tomás se acercó hasta Lolita para decirle de manera grosera:

—Hey bella. Veo que te gusta tocar cabezas, ¿qué tal si tú y yo, no sé, podríamos...?

Me levanté de mi pupitre y me olvidé del pacto que tenía con los Tres Mosqueteros Z y estampé mi mano fuertemente en el pecho de Tomás para luego gritarle: — ¡Respétala! Éste

reaccionó de manera violenta y levantó su brazo para golpearme, me preparé para recibir el puñetazo en mi rostro y cerré los ojos, pero tal puñetazo no llegó, así que abrí los ojos y Planeta Zombi estaba arreglando mi jersey y sacudiendo la ceniza. Lo que había pasado es que el profesor Tortuga de Relaciones Zombi estaba entrando al salón en su acostumbrado rigor mortis y de la manera más lenta posible, de haber sido otro maestro ya Planeta y yo estuviésemos en la oficina de la directora.

Tomás volvió a su pupitre y Lolita se sentó arrojándome una tierna mirada y yo le sonreí. Ahora sé que pronto me las vería con todo aquel “Planeta de Grasa”. No me gusta pelear y menos en contra de aquel gigante pero sé que mi atrevimiento no se quedaría así. Temí también ser descubierto en una pelea para luego decir un adiós definitivo a la preparatoria.

Capítulo XVI.

Fuera de “La Periferia”, pero muy cerca de ésta, el día se tornaba gris porque pronto iba a llover nuevamente. Una fría brisa empezó a helar a un grupo de viajeros que iban a pie y que estaba compuesto por tres hombres, dos mujeres y una bebé. Era un grupo de supervivientes que habían escuchado por radio sobre una tal Ciudad Álamo que contaba con seguridad debido a sus grandes muros y sus fuerzas de seguridad, además que tenían alimento, agua potable y trabajo para los supervivientes. Era desde luego para ellos un Edén, la esperanza de sus vidas en medio de un solitario mundo que solo estaba compuesto por miles de millones de infectados.

Se guiaban por un viejo y muy desgastado mapa, según lo que habían escuchado en la radio hace más de un año, Ciudad Álamo quedaba exactamente al sur de “Gran Metrópolis”, ciudad que llegó a albergar a millones de humanos.

Mientras el grupo de seis personas avanzaban por Gran Metrópolis antes que lloviese a cántaros, Enrique, un zombi que por su apariencia se había infectado a los veinte años, estaba percibiendo en sus sensibles fosas nasales el olor a carne y sangre fresca de humanos, su manada, que era de al menos unos treinta zombis, percibían también el ambiente impregnado de olor a personas sanas. Entonces parecieron despertar de un extraño letargo para convertirse en fieros y terroríficos depredadores. Pero aún no sabían de qué dirección provenía aquella fragancia que los excitaba.

El grupo de supervivientes se las estaba jugando el todo por el todo, abandonando la seguridad que les brindaba su pequeño y anterior refugio.

—Ya está casi por caer la gran lluvia. Hay que buscar refugio—dijo Brad, el hombre que iba más armado de ellos.

—Brad tiene razón, y no podemos darnos el lujo de resfriarnos, en el mejor de los casos podemos pescar una pulmonía—intervino la mujer que cargaba a la beba.

—Bien, bien. Pues joder con la lluvia. No queda de otra—comentó exasperadamente Jay, el líder. Su deseo era llegar lo más rápido a Álamo porque cada minuto por aquella gran ciudad representaba muerte. El líder se sentía al acecho, veía en su mente zombis por todas partes.

—Aquel lugar parece seguro—señaló la segunda mujer del grupo la cual cargaba con una gran mochila y un machete a su cintura. Era una mujer de color con un amplio afro y de aspecto duro. Estaba indicando un local abandonado que parecía haber sido una joyería.

Avanzaron hacia el local señalado para esperar que pasase la tempestad. El frío aumentó conforme aumentaba la fuerza y la velocidad del viento.

No dieron ni diez pasos cuando Enrique junto a su pequeña horda de podridos estaba saliendo de una esquina que daba con la calle donde estaban los supervivientes.

— ¡Podridos!!!—gritó a todo pulmón la mujer que cargaba la bebé.

— ¡Joder!—expresó Brad preparando sus armas al mismo tiempo.

— ¡Al local!—ordenó el Jay quien era un hombre caucásico y de mediana edad, con el rostro curtido por tantas batallas contra la muerte.

Enrique se detuvo, iba al frente, su cerebro estaba excitado en extremo, la horda se detuvo un instante detrás de él, luego los podridos fueron a por carne fresca, Enrique iba quedando rezagado.

Las puertas de la joyería estaban abiertas, los supervivientes entraron al local de manera rápida con la horda pisando sus talones.

— ¡Jessi, el alambre!—pidió el líder a la mujer de color.

Jessi sacó de manera veloz un pequeño rollo de alambre de la gran mochila y empezaron a amarrar las azas de ambas puertas que eran de cristal templado. Luego Brad reforzó el amarre del alambre colocando un trozo de tabla entre las dos azas.

— ¡No resistirá!—vociferó la mujer que cargaba la bebé.

—Pues que resista el tiempo suficiente para enfrentarnos a ellos—sentenció Jay con tono fatalista.

La horda empezó a aporrear las puertas de vidrio templado haciéndola estremecer en sus soportes y bisagras.

Los cristales de los mostradores eran más seguros, ya que contaban con protectores de hierro.

El tercer hombre del grupo quien tenía aspecto de hispano, había empezado a revisar todo el local a fin de saber si contaba con sótano o una puerta trasera que sirviese para escapar y burlar así a los podridos.

— ¡Nada! No hay nada—comunicó Luis, el hombre hispano. —Solo hay una salida trasera pero la puerta está sellada y tardaremos muchos en derribarla.

— ¡Maldita sea, estamos jodidos!—exclamó la mujer de color apretando con fuerzas la empuñadura del machete.

— ¡Oh cielos, vamos a morir! Siempre supe que no debíamos abandonar nuestro lugar—la mujer de la bebé empezó a lamentarse. —Nunca debimos salir, lo sabía, no era buena idea, nunca lo fue.

— ¡Callad, maldita sea!—vociferó el líder. —Íbamos a morir de hambre en dos semanas de todas maneras.

—Sí, pero ahora los podridos nos van..

La mujer en cuestión empezó a llorar de manera incontrolada mientras aquellos zombis no cesaban en ningún momento de aporrear la puerta y los protectores de los mostradores.

Enrique aporreaba los protectores gritaba de manera espantosa, dejando ver su pútrida boca

donde faltaba al menos la mitad de los dientes y muelas. Entonces empezó a llover con intensidad.

—Al menos nos salvamos de la lluvia—dijo con ironía Luis sosteniendo un rifle de cacería en sus manos.

—Pero no de la lluvia de zombis—añadió Brad.

—¿Tienes todavía de ese fuerte ron, compañero?—preguntó Luis.

Brad respondió:

—“Siempre con la redoma llena, amigo Caracas”.

Luis dio un largo trago a la redoma de su compañero y así tranquilizó un poco sus nervios.

—¡Hagamos una barricada!—ordenó Jay.

Los supervivientes empezaron a colocar todos los muebles que encontraban justo detrás de la puerta, al menos para tener cierta sensación de seguridad y retrasar lo inevitable.

Las puertas se estremecían con más fuerza. El torniquete de alambre más el refuerzo de la tabla hacían bien su trabajo pero los soportes de las puertas a los costados apenas resistían. El grupo hizo una pequeña barricada aparte de la colocada en la puerta y desde allí preparaban sus armas para tal vez entablar su última batalla en el nuevo mundo.

Trodo amaba salir a Gran Metrópolis y a otras ciudades cercanas a ésta. Para él era un simple paseo en busca de dinero, claro, no dinero tradicional porque este ya era innecesario en un periodo post apocalíptico, su dinero era encontrar combustible o armas que pudiesen ser restauradas o modificadas. Dentro de este tipo de dinero, también los sobrevivientes era otro negocio para Trodo, en realidad todo era negocio para él. En un crítico mundo donde todo era escaso, Trodo solo veía oportunidades por todas partes. Por algo él y su grupo de cazadores eran los mercenarios más prósperos con que podían contar Ciudad Álamo.

—Jefe, creo que tenemos supervivientes—comunicó por radio Alonzo, el piloto del vehículo que iba al frente de un pequeño convoy de los cazadores de Trodo.

—Sí, estoy viendo desde aquí—contestó por radio, Trodo.

—Jefe, la última vez fue un solitario y jodido perro el cual perseguían—dijo el lugarteniente de Trodo quién iba a su lado dentro del vehículo Hummer, vehículo que parecía más bien un terrorífico carro contra podridos que hasta tenía filosas cuchillas de acero en sus ruedas.

—Hasta un perro cuesta mucho—dijo Trodo. —Bien, vamos a exterminar algunos zombis—concluyó Trodo y avanzaron hacia la aglomeración que estaba intentando entrar a una tienda.

El pequeño convoy solo constaba de un viejo Camaro que estaba al frente, una Hummer de cuatro puertas y una antigua Bronco, todos reforzados con láminas de acero y rejas en las ventanas y parabrisas.

Del techo de la Hummer se asomó el mismo Trodo y tomó la ametralladora giratoria calibre 5,62. El resto de los cazadores apuntaban con sus rifles desde las pequeñas aberturas de las

ventanas.

— ¡Ahhhhh!—gritó Trodo y su ametralladora empezó a escupir balas.

Los zombies se giraron, Enrique fue el primero en recibir el plomo fundido, el resto intentó avanzar hacia sus atacantes, pero eran masacrados como ratas antes su exterminador. Al minuto ya lo horda de podridos estaban arrastrándose hacia el convoy que los había atacado. La ametralladora de la Hummer aún continuaba girando pero sin disparar, dejando en el ambiente ese sonido de su mecanismo giratorio.

La lluvia que caía a cantaros había reducido su caudal, pero era constante y el frío que empujaba la brisa era incómodo, pero no para los cazadores de Trodo quienes ya estaban acostumbrados a él.

Trodo dejó su pesado vehículo y caminó con la mitad de sus hombres hacia el local para rematar a los infectados.

Minutos antes:

Los soportes de las puertas de la joyería estaban a punto de ceder. Los supervivientes estaban apertrechados.

— ¿Te queda un cigarrillos Brad?—preguntó Jay dejando reposar su escopeta sobre un mueble del pequeño parapeto que habían improvisado para defenderse de los podridos una vez que desencajaran las puertas del local.

A Jessi no le gustaba para nada cuando Jay pedía un cigarrillo, casi siempre lo hacía cuando estaba al borde de la muerte, él no acostumbraba a fumar, por lo que eso solo significaba un ritual antes de morir.

Brad le ofreció un cigarrillo de los más largos y se lo encendió con su yesquero. Luis dio otro largo trago a la redoma de ron una vez que las puertas hicieron un pavoroso crujido.

— ¡Preparaos!—ordenó Jay.

Tres embestidas más a las puertas y sería el comienzo de su última batalla. Jay realmente no fumaba pero tenía habilidad para ejecutar ese dañino hábito cuando lo hacía. Expedía de su boca perfectos anillos de humo.

La mujer de la nena temblaba y sollozaba con la cría acurrucada en su regazo, aquella niñita era un milagro de la vida y más importante aún, era su hija, había perdido a su esposo tras un simple acceso en la espalda que por no contar con antibióticos solo pudo durar dos semanas con vida tras una intensa fiebre, ahora la muerte volvía a tocar su puerta, en éste caso, las puertas de la abandonada joyería. Decidió cerrar los ojos y sumirse en la melodía de una canción de cuna que tarareaba para su bebé. Así cada miembro se enganchó a algo para poder resistir el pánico que se empeñaba en apoderarse de ellos. Brad y Luis seguían tomando ron y gastándose pequeñas bromas, Jay hacía anillos con el cigarrillo y disfrutaba del relax que le ofrecía la nicotina y Jessi la mujer de color rezaba algún tipo de plegaria en su idioma natal el cual era francés.

Ocurrió la segunda embestida a la puerta.

— ¡Aquí vienen!—advirtió el líder y dejó de hacer anillos de humo y se concentró totalmente

en su escopeta y en las puertas que tenía a su frente.

La madre abrazó más fuerte a su nena y empezó a tararear con más energía la canción de cuna. La lluvia había empezado a disminuir su fuerza y algo pareció tronar, pero no fueron relámpagos del cielo, eran disparos que empezaron a masacrar a la horda de podridos. Entonces cada superviviente estaba perplejo por los que estaba ocurriendo. Alguien les estaba salvando el trasero.

Los Cazadores de Trodo, quienes también vestían de negro como los de Méndez, empezaron a rematar a los zombis, uno a uno. Una vez hecho el trabajo completo, un cazador gritó:

— ¡Sobrevivientes!

Trodo sintió alegría, llevaba mucho tiempo sin encontrar o rescatar a humanos.

Jay veía como un grupo de al menos diez hombres vestidos de negro y con aspecto terrible se abrían paso hacia las puertas del local rematando a lo jodidos podridos. El primero en llegar a las puertas fue una persona de baja estatura que había gritado: “Sobrevivientes”.

—No debemos confiar en nadie—dijo Jessi.

— ¿Tenemos más opción, belleza?—le preguntó Brad.

—Vete a la mierda, cabrón

—Vamos, vamos. Calma—pidió Jay. —Nos han salvado el culo, además, tienen armas pesadas. Si quieren nos pueden acabar en segundos.

—Esto no tiene buena pinta, Jay—replicó Jessi empuñando su machete.

—Iré a hablar con ellos. Ustedes esperen aquí—solicitó Jay y se dirigió con cautela hacia la entrada. Pedazos de cristales seguían cayendo.

Trodo llegó hasta la entrada para saludar al sobreviviente que se había acercado hasta la puerta:

—Hola, vimos a los podridos aglomerados y pensamos que habían sobrevivientes.

—Pues no se equivocaron—contestó Jay apuntando con su escopeta a la altura de su cadera. Luego otro pedazo de vidrio de la puerta cayó.

—Venga amigo, baje esa arma. No tenemos malas intenciones.

— ¿Quiénes son ustedes?— preguntó Jay sin bajar su escopeta. A sus espaldas Luis y Brad tampoco dejaban de apuntar, pero se mantenían cubiertos con la barricada al igual que las dos mujeres.

—Somos Cazadores, cazadores de zombis. Trabajamos para Ciudad Álamo.

Trodo hablaba en un excelente tono de amistad, aunque su aspecto e indumentaria no era cónsono con sus palabras. Era un hombre de ojos negros muy vivos, poseía una enorme nariz

aguileña y tenía una desaliñada mata de cabellos y espesa barba que le daban aspecto de un pirata en naufragio. Pero Jay, a pesar de la mala impresión que le daba aquel peculiar hombre, se alegró y su corazón dio un salto cuando escuchó: “Ciudad Álamo”. “No es un mito, era cierto”, se dijo.

—Nosotros estamos buscando esa ciudad—dijo Brad y bajó su arma, pero sus compañeros que estaban apertrechados no le imitaron.

—Pues hoy es su día de suerte, amigo...Claro, el boleto de viaje a esa ciudad en nuestros coches no es gratis. No incluiremos las balas que hemos gastados en ustedes. Pero tienen que darnos algo a cambio por un aventón hasta la ciudad.

— ¿Algo cómo qué?—preguntó Jay y volvió a apuntar.

—Wow, wow. Baja esa arma colega, que no es para tanto. Verás, también somos recolectores, solo revisaremos que traen consigo y lo que nos guste no los quedamos. Pueden conservar sus armas si lo prefieren.

Jay lo consideró muy bien. Después de todo nada es gratis en la vida.

—Déjame hablar con mis compañeros y os daré una respuesta.

—Claro, no hay problema colega, hable con sus amigos; pero que tengan presente que por aquí no pasan muchos autobuses.

Trodo mostró una irónica sonrisa, luego la quitó para intentar comportarse lo más cortés posible. “Al final, todos caen”, caviló mientras observaba deliberar al grupo de sobrevivientes. Quienes parecían mostrar más resistencia eran las mujeres, en especial la que cargaba con la bebé. Entonces Jay regresó a la entrada para hablar con el Cazador:

—Aceptamos. Pero conservaremos nuestras armas como lo prometido usted.

—Desde luego. Será un viaje de placer, amigo—Trodo hizo una mueca característica en él, una mueca que dibujaba apenas su siniestro carácter y de la cual nunca era consciente de ella.

Capítulo XVII.

Había golpeado a Planeta Zombi para defender a Lolita y ahora tendría que esperar las consecuencias.

Cuando llegó el receso, mientras tomaba alguna merienda en el cafetín. Tomás y sus eternos compañeros me abordaron. Sabía que no podrían golpearme allí, había muchos testigos por todas partes, no eran tan tontos como aparentaban ser.

—Ven-ga co-le-ga ¿Qué ha si-do e-so en la cla-se de Ma-te-má-...?—me preguntó Tomás sentándose con frente hacia mí en la mesa donde me encontraba. Minipeste y Pepe se sentaron a mis costados, impidiendo así mi salida.

—Tomás, es que has insultado a Lolita. Y me molesté, eso es todo. Ella merece respeto.

Planeta Zombi hizo una mueca de disgusto.

—Lo-li-ta es una pe-rra zombi—me dijo de manera lenta, con su maldito acento de muerto viviente.

Intenté levantarme para golpearle por lo que acaba de decir pero Pepe y Minipeste lo impidieron tomándome fuertemente. Después Pepe intervino sin dejar de contenerme:

—Venga tío, que es una zorra. No arruinemos una amistad por una...

— ¡Que no tienen derecho tío!—contesté.

Es verdad que Lolita era muy atrevida y aparentaba ser resbaladiza, pero realmente no era una zorra, pero los chicos mal interpretaban su coquetería.

— ¿Es Lo-li-ta tu novia?—pidió saber Tomás. —Si es tu no-via no nos me-te-re-mos más con ella.

— ¿Es tu novia, macho?—también me preguntó Pepe.

—Sí es mi novia. Pero es un secreto.

Fui valiente para protegerla a ella de estos hijos de perra diciendo que era mi novia, pero también fui un cobarde al decir que era un secreto, y sobretodo fui un egoísta. Realmente yo solo quería tener mi camino libre para con Alexa.

—Pero Tomás. Has sido un hijo de puta ¡Cómo te has metido con la novia de nuestra amigo! —intervino esta vez Minipeste quien parecía ser el que disfrutaba más de la situación.

—Per-dón co-le-ga—dijo Tomás de manera sincera y me extendió su mano como señal de arrepentimiento y también para hacer las paces nuevamente.

—Descuida, tío. No ha sido nada. Es mi culpa, debieron saberlo—pronuncié y también extendí mi mano una vez que Pepe y Minipeste me soltaron.

—Y tranquilo, macho. Que nadie va a saber que son novios—dijo Pepe con aparente sinceridad.

Finalmente el trío del mal me dejó y yo pude salir airoso de otro incómodo problema. Cuando me disponía a levantarme de la mesa, noté que se acercaban Alexa y Gustav. Me emocioné al verla, estaba bella como siempre. Ellos me saludaron con sencillez. Alexa se las arregló para dejarme un pequeño trozo de papel doblado cuando pasó a mi lado. Una vez que se alejaron yo lo abrí con ansiedad. “Hola precioso. Te espero detrás de los baños, cinco minutos antes que termine el receso”. Mi emoción aumentó al máximo, pero me contuve, tenía que actuar con normalidad.

Me levanté de la mesa y me dirigí hasta las gradas de la cancha deportiva, iba a esperar allí a que se hiciera el tiempo de encontrarme con Alexa.

—Hola novio—me sorprendió Lolita por detrás.

“Carajo, estos hijos del mal ya le han dicho que somos novios, ya toda la prepa debe saberlo”, me dije.

—Hola Lolita—saludé.

—No sabía que éramos novios. Bueno, me lo supuse cuando me defendiste ante ese zombi patán.

Yo no respondí, no sabía que decirle, solo me quedé viendo los chicos zombis que jugaban al fútbol con un cráneo humano acondicionado para el deporte.

—No te pongas así Ricardo. Venga, que no soy tan tonta como parezco. Sé lo que hiciste y porqué lo hiciste.

—Sí, lo siento—contesté sin verle a los ojos.

— ¿Cómo vas con Alexa?

Me sorprendió con esa pregunta. Lolita era interesante, debería tener muchos celos, yo me muero de los celos porque el pesado de Gustav se la pasa con Alexa, en cambio Lolita...no sé qué pensar, de verdad, es como si tuviese más madurez que yo y que cualquier estudiante de la prepa.

—Con Alexa me va regular.

—Pues, regular es mejor que mal.

—Sí, supongo—dije y levanté la mirada hacia uno de los grandes relojes de cuerda de la prepa. Tenía que ir a los baños, ya faltaba poco para mi breve cita con Alexa. —Discúlpame Lolita, voy a los baños. Nos vemos en clases.

—Adelante, novio precioso—me dijo en tono de broma.

Pasé por detrás de la portería de futbol para ir a los baños y casi me dan en la cabeza con el cráneo con el cual estaban jugando. A medida que me acercaba más a los baños más intensas eran mis emociones. Estaba ansioso ver a Alexa a solas, con seguridad me besaría como me besó después de la fiesta del baile. Si fuese humano tal vez mi amigo de abajo estaría firme, pero yo era un muerto, aunque la emoción tenía que ser la misma ¿Cómo sería Alexa antes del 2023? Seguro era más bella, a lo mejor era una famosa actriz juvenil, o quién sabe, a lo mejor una joven que posaba desnuda en las revistas como las que tengo escondida, no, mejor eso no, ella era una

actriz juvenil, sí, eso era.

Había llegado al lugar de la cita secreta—detrás de los baños—pero Alexa no estaba. “No importa, ella vendrá”, pensé. Me fijé que había una pierna solitaria recostada en la pared trasera de los baños. Parecía la larguirucha pierna de Pepe. Me acerqué a ella y la tomé. Sí era su pierna, “¿pero por qué estaba su pierna aquí?”, me cuestioné.

— ¡Señor Ricardo!—escuché y me estremecí. Era la directora. Detrás de la directora estaba Pepe y le faltaba una pierna.

Me habían jodido, estaba jodido, Finalmente mis enemigos acabaron conmigo, me hicieron jaque mate. No debí perdonarlos, debí acabar con ellos cuando pude.

— ¡Señor Ricardo! Ya veo que usted es el culpable de que, la vez pasada fuese escondida la pierna del señor Peter (Pepe) ¿Y ahora lo repite?

Pepe tenía la mejor cara de pendejo que podía fingir. Aunque se le podía apreciar en su rostro sus ganas de reír cuando la directora le daba la espalda. Podía entender que ellos me traicionaran, pero, ¿qué intenciones tendría Alexa para hacerlo? Tal vez nunca lo sepa. Hoy iba a ser expulsado y tal vez mañana mismo estaría en la granja de recolección de mi tío, perdiendo así mi año escolar. No quiero imaginar la cara de dolor de mi madre.

— ¡Para dónde va, Señor Ricardo!—me gritó la directora aguantando uno de sus ojos para que no se le saliera de su cuenca.

—Voy hacia su oficina, señorita ¿No quieres que vaya hasta allá para hablar conmigo y luego expulsarme?

La señorita Gutiérrez no me dijo nada, por un instante pareció intimidada por mi indiferencia. Desde luego ya no me importaba ella. Tenía muchas ganas de insultarla y de acabar con la no-vida de Pepe y sus amigos; pero y qué, a esas alturas no iba a empeorar a las cosas, la imagen de mi familia en mi cabeza impedía que me dejara llevar por mi frustración. Visualicé a mi inocente hermanito y pude poco a poco apaciguar mi ira.

Cuando me dirigía hacia la oficina de la directora vi a lo lejos, sentada en la gradas, a Lolita, y ella con inocencia, porque ignoraba lo que pasaba, me saludó con su mano y me sonrió. También pude ver a Alexa y a Gustav que estaban ya parados frente al salón de clases, ellos se quedaban viéndome con seriedad en sus rostros, entonces al instante Gustav me sonrió con aspecto maquiavélico, “así que también él lo sabía”, me dije. Alexa estaba inexpresiva. A los que no pude ver por ningún lado, aun cuando abandoné el instituto, fue a Planeta Zombi y a Minipeste. “¿De quién pudo ser la brillante idea de esta trampa?”, me pregunté, admitiendo que fue una trampa perfecta. Fue ideada por una mente siniestra que estaba convencida que yo caería en ella.

—Señor Ricardo. Su actitud me sorprende. Veo que no le importa lo que vaya a ocurrir—me comentó la directora una vez que estuve sentado frente a ella. — ¿No tiene nada que decir en su defensa?

Qué ridícula pregunta, cómo si alguna vez a ella le ha importado lo que tenga que decir en mi defensa. Vieja amargada, se debe estar disfrutando cada milímetro de esta situación. Empecé a sentir nuevamente mucha rabia dentro mí. Al fin la directora pudo cumplir su meta de verme

expulsado de su maldita institución que ella dirige. Ahora bien, yo tenía que calmarme, era obvio que había mucho malestar en mí.

—No tengo nada que decir señorita. Soy culpable de todo lo que se me acuse. No merezco estudiar aquí. Soy un mal ejemplo para esta institución y para toda la sociedad zombi.

—Bien, es positivo que admita su mal comportamiento y...

La directora volvió a su acostumbrado sermón. Yo no presté atención a ninguna de sus palabras, solo a mis oídos de muerto viviente llegaba un bla, bla, bla. Al final, la muy cara dura tuvo los cojones de decirme lo siguiente:

—Queda usted expulsado de La Preparatoria Death, perdiendo así el año escolar por completo. Tus padres deben venir para retirar los documentos correspondientes a tu inscripción y tu record y credenciales académicas.

Esta señora se cree una jueza emitiendo un fallo, sin duda lo está disfrutando. Lo peor es que me hace sentir como un criminal.

—Entiendo. Gracias por todo—alancé a decir y me retiré.

Salí de la oficina y todos los estudiantes estaban en sus salones recibiendo sus clases. Así me iba yo de la preparatoria, sin despedida alguna, sin lágrimas ni abrazos. La depresión se empezó a apoderar de mí, además me daba mucho miedo llegar a casa, no porque me fuesen a dar una buena tunda de golpes y regaños, me daba miedo era ver la cara de angustia de mi madre y el rostro de decepción de mi padre.

Dilaté el tiempo en tener que enfrentar esa situación y me fui a recorrer el Distrito Death, caminar un largo tiempo siempre ayuda a despejar a una mente llena de miedos y malas emociones, además de refrescar las ideas.

Mientras caminaba meditaba en la motivación por la cual Alexa me había traicionado, solo concluí que fue por celos, aunque no encajaba mucho ese motivo. Lo mejor era, que ella misma tenía que explicarme el porqué. O a lo mejor no hubo tal traición por parte de Alexa. “Claro, tuvo que ser ese pesado de Gustav, él tuvo que haber ideado todo, supo lo de la cita y seguro evitó que ella asistiese, llegando a un acuerdo con Pepe. Por eso me arrojó esa malévola sonrisa”, pensaba.

Desde luego todo eran hipótesis, a lo mejor nunca llegue a saber la verdad.

Bueno, ya estaba expulsado y sentí que después de casi una hora de caminata, la expulsión me daba una especie de sensación de alivio, de libertad. Desconocía la razón de esas sensaciones. Lo cierto fue que me sentí mejor.

Me detuve cerca de un vendedor ambulante que estaba en una plaza y le compré algunas golosinas como cucarachas y lombrices vivas y frescas y me senté en un banco a ver a los zombies transitar. Ya no estaría aquí en pocas horas, sino que estaría trabajando con mi tío en los campos rurales de Distrito Death. Me quedé sentado en el banco por un buen tiempo, tal vez media hora, luego me puse de pie y me dirigí a casa a enfrentar mi inconveniente, al menos estaba más lleno de valor.

Al llegar a casa, Ricardito me dio su muy cariñosa y alegre bienvenida, como siempre.

— ¿Qué me trajiste Ricardo?—me preguntó abrazado a mi pierna, mientras yo seguía caminado con su peso en mi pierna.

— ¿Adivina qué te traje?—le pregunté.

— ¿Lagartijas grandes?

—Mmm no...

— ¿Ranas frías?

—Tampoco

—Sesos de gato.

—Menos. Te traje cucarachas y lombrices vivas. Están muy gorditas las lombrices. Mira— dije y saqué una gorda lombriz de la bolsa y la llevé a mi boca exagerando su sabor y gusto. — ¡Mmm, ricassss!

—Dame, dame Ricardo. Anda.

—Claro, Ricardito. Si son tuyas—entregué la bolsa a Ricardito y él se fue para el columpio del patio a mecerse y comerse sus golosinas.

Como llegué a casa a la hora acostumbrada mi madre no sospechó nada. Estaba preparando el almuerzo y dentro de media hora llegaría mi padre del trabajo. Entré a mi habitación, puse la puerta en la entrada y saqué el libro de El Triunfador, intentaba colocar mi mente en otra cosa. Aunque no pude concentrarme para nada en la lectura, guardé el libro y saqué algo más variado para leer. Saqué una revista de ciencia y arqueología que se llama National Geography. Más que leer solo la hojeaba detallando las imágenes y alcanzando a leer solo los títulos y subtítulos. Así estuve hasta que sentí llegar a mi padre. La hora de enfrentarme a ellos había llegado, solo esperaba que mi madre llamara a almorzar.

Capítulo XVIII.

El grupo de viajeros que buscaban como destino a Ciudad Álamo, iban todos a bordo de la gran Hummer de Trodo. Se habían despojado casi por completo de todas sus cosas de valor, y no era precisamente dinero y joyas, sino cosas que valían más por su utilidad, como yesqueros, hojillas de afeitar, calcetines, botones, libros, bolígrafos, libretas, entre otras cosas; no había otra opción para ellos, además, tenían esperanzas de recuperarse en la ciudad.

— ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar?—preguntó Jay a Trodo quien iba sentado al frente del vehículo.

—Pues, si no tenemos obstáculos, y cuando digo obstáculos me refiero a podridos. Llegaremos en una hora, tal vez un poco más.

Los pasajeros viajaban con comodidad dentro de la Hummer y para ello Trodo tuvo que distribuir a sus cazadores en los otros vehículos, además, iban dos hermosas mujeres y sus hombres les arrojarían lascivas miradas que harían muy tenso el viaje. Así que solo dejó dentro de la camioneta al piloto y a su lugarteniente quien iba sentado en la parte de atrás, más él

— ¿Cómo supieron de la ciudad?—preguntó Trodo.

—Por una emisora de radio de baja frecuencia. Capturamos la señal en una pequeña radio que luego perdimos. Escuchábamos esa emisora a diario por el espacio de quince días, pero nunca nos atrevíamos a abandonar nuestro refugio.

— ¿Qué tenían cómo refugio?

—El sótano de una vieja iglesia evangélica que encontramos hace un tiempo. Estaba repleta de comida enlatada y conservas. Creo que era un centro de acopio de ayuda humanitaria o algo así.

—En Ciudad Álamo hay suficiente comida para todos ustedes—dijo Trodo y sacó un sándwich de la guantera, entre los panes se veía con claridad lonjas de tomates, lechuga, queso, jamón y un aderezo de un color verde claro.

¿Cuánto tiempo llevaban los miembros de aquel grupo sin ver un sándwich?, pues de seguro varios años. El emparedado se veía fresco, delicioso y extremadamente codiciable. A los sobrevivientes se les hizo agua la boca, toda su atención se centró en aquellos dos trozos de pan y su relleno. Trodo comía y expresaba el gusto en cada mordida.

Jay sintió que valió la pena el viaje, si una ciudad podía ofrecer alimentos como ese, significaba que era una ciudad autosustentable, tal como él la había imaginado. Trodo arrancó un trozo de su sándwich y Jay juró que el pedazo arrancado sería para él. Pero no sucedió así. Trodo le ofreció fue a su piloto. Jay quería pedirle un trozo, pero no sería de muy buena educación, también el resto del grupo pensaba idénticamente que su líder.

—Ah, disculpen. Estamos comiendo solos. Es que quedan los sándwiches de los muchachos. Ya saben, se pueden enojar—Trodo se acomodó en su asiento para ver los ojos de todos y mordía

frente a ellos el emparedado y la salsa verde le quedaba en la comisura de sus labios. —Imagino que aun así, ustedes quieren comer algo ¿Verdad?

—Claro socio, danos un pedazo. Venga que tenemos hambre—dijo Luis.

—Pero como le dije a mi colega Jay. Todo tiene un precio.

— ¡Que te jodan por el culo, cabrón!—expresó Jessi, la mujer de color. —Ya nos has quitado todo.

—Tranquila bonita. Take it easy. Seguro deseas escuchar el precio. Pues bien...—hizo una pausa para morder su emparedado y empezó a hablar con la boca abierta. —Yo solo quiero enseñarle que en nuestra querida ciudad todo tiene un precio. No hay nada gratis, colegas. Esto es el nuevo mundo.

—De hecho es el mismo mundo, con la misma gente, que yo conocía antes de esta maldita peste—comentó Brad con ironía, viendo a través de la ventana de la Hummer.

—Como sea—volvió a hablar Trodo. —Yo quiero compartir mi pan con ustedes. Verán, ustedes le asignarán trabajos en Ciudad Álamo y yo solo quiero que me paguen los sándwiches una vez que puedan.

— ¿Cuánto es el precio?—preguntó Jay.

—Será muy barato. Dos kilos de algo por ellos. Es decir, dos kilos de azúcar, de harina, de arroz, de frijoles; de algo, tiene que ser de alimento. Verán, tengo una familia numerosa que atender.

—Conmigo está bien. Venga un sándwich colega—pidió Luis.

—Trato hecho. Yo quiero uno también—le siguió Brad.

— ¡Hostia! Sí es guacamole, tío. Está muy bueno—comentó Luis disfrutando del emparedado. —Venga gente, que no está tan caro. Si hay trabajo en esa ciudad podemos pagarlos.

—Luis parece el más inteligente entre ustedes—dijo Trodo y luego volteó hacia el frente para tomar otra cosa de la guantera ¿Quieres picante, socio?

— ¡Picante! Genial—dijo Luis. — ¿Pero no me lo irás a cobrar, verdad macho?

—No, colega. Va por la casa—contestó Trodo.

—Está bien, tío. Danos un sándwich al resto de nosotros—pidió Jay.

— ¿Estás escuchando, Mike?—Trodo le dio una palmada en el hombro al piloto.

—Sí jefe—contestó el piloto sin apartar sus ojos del volante.

—Pues eso es un buen líder—volvió a agregar Trodo refiriéndose a Jay y acto seguido le dio un sándwich a los tres restantes, uno para cada uno. Después le dio una botellita de agua purificada, una para a cada quien y dijo: —También va por la casa, tío.

Veinte minutos después:

Jay sentía mucho sueño, todo el viaje emprendido desde su refugio le empezaba a pasar

factura, pero aun así estaba muy cansado, ya no podía sostener sus párpados abiertos. Vio a sus compañeros y también estaban somnolientos. “¿Y si..., era posible”?, se preguntó para sí mismo. Luis ya estaba dormido con la boca abierta, Brad seguía el mismo camino. Hasta que lo supo, pero ya era demasiado tarde, solo alcanzó a decir entrecortadamente:

—Mal-di-to hijo de pu...

Y luego Jay se rindió en los brazos del dios del sueño.

Trodo miró a Jay y luego a sus demás compañeros. Todos ya estaban dormidos. Después miró al frente y sonrió levemente, con su característica mueca siniestra.

Capítulo XIX.

— ¡Vamos a comer!—gritó mi madre. — ¡Ricardo, baja, el almuerzo está listo!

Aquí voy yo, a dar la mala noticia. Había pensado en contarles a mis padres que me expulsaron durante la cena, pero no, no tenía sentido esperar tanto. “Mientras más pronto, mejor”, me dije y bajé hasta el comedor. Y allí estaban mis padres. Joder, que tengo miedo.

Capítulo XX.

El padre de Alexa, el señor Carvajal, había logrado otra reunión con los presidentes de País Zombra. Al parecer, el periódico había recogido una respuesta favorable de la opinión pública de toda la nación zombi. “Esta tiene que ser la reunión. El comienzo del desarrollo”. Carvajal estaba más optimista que nunca, no debía haber otra negativa para empezar a usar combustibles, pero con la presidenta Rosa nada era seguro, aun cuando la opinión de todos los zombis estuviese a favor de Carvajal, ella igualmente podía desaprobarlo si consideraba que eso podía poner en peligro el futuro de los zombis.

Carvajal había traído algo muy especial para comer durante el almuerzo con los presidentes: humanos, la carne más codiciada y la más cara, y con esta carne, también trajo la parte favorita de ellos: los sesos. Ricos y jugosos sesos, frescos.

Ayudaban a colocar la mesa un par de trabajadores de Carvajal.

—Buen provecho, presidentes. Espero la disfruten, está muy fresca—dijo el empresario señalando la fresca carne humana.

Los platos eran grandes y tenían trozos de glúteos, pedazos de piernas y brazos. En el centro de la mesa estaban diversos órganos. Todo aquello era un manjar. Los zombis de País Zombra habían aprendido a no entrar en euforia mientras comían humanos, eso sí, lo hacían con mucho placer, pero nunca como los muertos vivientes de La Periferia.

—Está muy delicioso, en especial estos pequeños trozos—dijo el Maestro Skin. — ¿Qué son?

—Esos pequeños trozos, estimado presidente: son trocitos de carne de humanos muy pequeños, le llaman bebés. Es la carne más tierna.

—Vaya que si es tierna y deliciosa—comentó el Maestro Carlos, quien solo era un pedazo de torso con la cabeza pegada.

Después de comer la carne y algunos órganos, los mesoneros empezaron a servir el postre, el cual era: sesos. Los sesos o cerebros, si tenían la particularidad hacer caer en cierto grado de euforia a los habitantes de esa nación, pero los presidentes y Carvajal habían domado todos sus instintos, aun frente a los sesos. Los presidentes y Carvajal cerraban los ojos por el inmenso placer que les producía los sesos, los hacían sentir más vivos, más motivados, era como si aumentara su inteligencia, tal vez se debían a todos los químicos hormonales que estaban dentro de la masa encefálica, toda la electricidad que un tiempo antes de morir había recorrido las neuronas, los pensamientos, los recuerdos. Sin duda alguna los sesos humanos eran una especie de droga para ellos, un significativo estimulante.

Cuando el almuerzo hubo terminado, los zombis que hacían de mesoneros, quitaron los platos y demás vajilla y dejaron las agendas y libretas de apuntes para los presidentes y el señor Carvajal. Y por último, se colocaron sobre la mesa, sendas tazas de sangre coagulada de humanos.

—Bien, señor Carvajal. Le escuchamos—indicó la presidenta o Maestra Rosa, dando un

sorbo de sangre a su taza.

—Bien presidentes—dijo Carvajal colocándose de pie.

—Disculpe Carvajal, pero si lo desea puede hablar sentado, como nosotros—señaló el Maestro Octavio, presidente del Distrito Zombra, dando también un sorbo a su taza y luego dando un vistazo a su agenda.

—Gracias Maestro Octavio—dijo Carvajal y tomó asiento nuevamente, pero no se sentó de manera cómoda y relajada, sino que inclinó su peso un poco hacia adelante, sentándose casi en el filo de la cómoda silla, entrelazó sus manos y se irguió. Mostraba una enorme seguridad. —Ustedes, honorables Maestros de nuestra nación, están llenos de sabiduría, nuestra nación está segura gracias a su forma de gobernarnos. De eso estaremos agradecidos por siempre. Y yo creo, en mi modesta opinión, que esa forma de gobernarnos se puede fortalecer más. Podemos ser una nación poderosa, desarrollada, con cara hacia el futuro.

Carvajal hizo una pausa y tomó un largo trago de su taza de sangre, se había puesto algo nervioso y no quería mostrarlo, se calmó y continuó:

—Son muchas las cosas que yo podría decir para intentar convencerles, pero no son solamente mis palabras y sentimientos que deben ser escuchados, sino que todo un pueblo zombi ha opinado al respecto. El pueblo lo pide también, pide ese desarrollo, solicita ese impulso, demanda el uso de energías fósiles...y estimados presidentes, yo, un modesto empresario, les pregunto directamente, con toda la humildad posible: ¿Avanzaremos hacia ese desarrollo haciendo uso de nuestros combustibles?

Los presidentes ya lo habían discutido antes, la decisión había sido tomada en consenso, no obstante, los Maestros Carlo, Skin y Octavio se quedaron mirando a la Maestra Rosa, al final ella tendría la última palabra. Carvajal sentía que ella iba a decir que sí, lo sentía, estaba convencido de esa respuesta tan añorada.

—Señor Carvajal, nos sorprende su entusiasmo en todo este proyecto suyo...—empezó a hablar la presidenta Rosa. Tenía sus manos entrelazadas, su cabello estaba muy bien arreglado y vestía un elegante traje color vinotinto.

Carvajal dio otro largo trago a su taza de sangre, acabando así todo el contenido. El cumplimiento de su sueño dependía completamente de la palabra de aquella poderosa y sabia mujer zombi.

Capítulo XXI.

— ¡Lagartijas! Yupi—expresó Ricardito al ver los animalitos vivos revoloteando en un viejo envase que estaba tapado. —No me las vayas a matar, mami. Yo ya soy un hombre zombi.

—Siempre se te escapan, Ricardito—le contestó mi madre, machacando con sus dientes las cabezas de un par de lagartijas grades para luego colocarlas en el plato de Ricardito.

—Mami, te dije que no me las mataras.

—Ya basta hijo. No le llesves la contraria a tu madre—intervino mi padre. Además, a mí me gustan ya muertas. Mi bella zombi, dame las mías muertas, por favor.

—Con gusto, Mario—dijo mi madre y machacó las cabezas de cuatro lagartijas.

También permití que machacaran las mías para que Ricardito no se sintiera mal. En la mesa había diversas vísceras algo rancias, de perro y gatos, las moscas se posaban sobre los trozos de órganos mejorando así su sabor.

— ¿Y cómo te fue en el trabajo durante esta mañana, Mario?—preguntó mi madre.

—Bahh, no paran de hablar del combustible y del desarrollo del país. Yo estoy de acuerdo con el uso de combustible. Pero que paren ya con ese rollo. Terminan por cansarlo a uno.

El tema durante el almuerzo volvió a girar en torno al combustible, era natural desde luego, casi todo la población zombi quería el desarrollo. Yo por mi parte no me atrevía a tocar mi tema, el tema que eclipsaría hasta el del combustible. Carajo, tenía miedo ¿Por qué la había cagado otra vez? Lamenté no haberme quedado en las gradas con Lolita, ya era mi novia en cierta manera... no, pero yo me tuve que poner a inventar e irme para ese encuentro de mierda detrás de los baños. Ya de por sí verse a solas detrás de los baños es algo que está prohibido. Yo fui el que faltó, mi padre me lo había advertido: “mantente alejado de los problemas”, ¿y qué hice yo?, pues buscar problemas.

— ¿Y qué cuentas Ricardo, cómo te fue hoy en la preparatoria?—preguntó m padre.

Ahora era mi turno. No respondí, no tenía las fuerzas.

— ¿Pasó algo, hijo?—me preguntó mi madre al notar que no respondía.

—Sí—contesté con mi vista clavada en mi plato lleno de lagartijas muertas y vísceras rancias.

— ¡Es que te has metido en problemas otra vez!—alzó la voz mi madre.

—Calma, María. No te pongas así—intervino mi padre, colocando su mano encima de la única mano de mi madre.

—Estee...—balbuceé. —Yo...Me han expulsado definitivamente de la preparatoria.

— ¡Pero cómo es posible! ¡Todo lo que hacemos por ti!—mi madre gritó y se puso de pie.

Ricardito estaba asustado por la fiera expresión de mamá.

Yo por mi parte no quise decir nada más. No me iban a creer.

—Siéntate, mi bella zombi. Dejemos que hable, María. Cálmate que no es otra vez el fin del mundo—mi padre pudo lograr que mamá se calamara. —Haber Ricardo, ¿qué ha pasado?, cuéntanos.

—Pues que lo embarré todo, papá. Me descubrieron jugándole una muy pesada broma a un compañero. Le había escondido su pierna y me ha pillado la directora—mentí para acabar de una vez con la discusión. Ya no intentaría defenderme más y si el destino quería que yo fuese expulsado, así sería. Ya no lucharía más.

—Pues ya sabes lo que va a pasar, hijo. Si no estudias tendrás que trabajar. Y lo harás mañana mismo.

—Está bien papá—dije. —Con permiso, ya no tengo apetito—agregué y me retiré a mi habitación.

Eran cerca de las cinco de la tarde y estaba arreglando mis cosas para irme a la mañana siguiente a casa de mi tío. Entonces alguien gritó mi nombre desde el patio, me asomé por la ventana, era Lolita. Sentí alegría y cierta tristeza al verla. Vi que habló con mi madre y luego entró a la casa.

Escuché pasos por las escaleras, después mi madre estaba tocando mi puerta.

—Tienes visita—dijo mi madre en tono serio detrás de la puerta.

Fui hasta la entrada de mi cuarto, quité el gavetero y luego la pesada puerta. Mi madre ya se había retirado. Lolita entró y me abrazó.

—No quiero que te vayas, Ricardo. No quiero—me susurró casi llorando.

Yo también la abracé. Su frío cuerpo se sentía reconfortante.

—Pero me han expulsado, Lolita. Tengo que irme, quiera o no quiera.

—Lo sé ¿Pero qué has hecho para que te expulsen? Seguro fue el gordinflón y su banda de horribles zombis—Lolita dejó de abrazarme y me vio directamente a mis ojos.

—Me están acusando de haberle escondido la pierna a Pepe. Verás, hace unas semanas si lo hice, pero tenía que hacerlo, ellos no me dejaban en paz. Pero nunca fui descubierta. Luego les confesé a ellos que había sido yo. Hicimos un pacto para no perjudicarnos más y bueno, al parecer lo violaron tendiéndome una trampa.

— ¿Pero qué trampa, cómo fue? Tiene que haber una manera de probar que no has sido tú.

Le di la espalda a Lolita y me volví a mi cama para seguir arreglando mis cosas. No quería decirle que me habían tendido un cebo, y que ese cebo había sido un encuentro en privado con Alexa detrás de los baños. Ella se acercó hasta mí y se sentó sobre mi cama.

— ¿Para a dónde te vas?—me preguntó.

—Mi padre quiere que me vaya para una pequeña granja de recolección de mi tío, queda en

las afueras de este distrito. Él me había advertido que de ser expulsado tendría que irme a trabajar.

—Lo siento mucho, Ricardo. Esto no es justo. Ya pronto nos graduaremos para entrar a la universidad y ahora perderás un año. Hay que encontrar la forma de probar que no has sido tú, que fue una trampa.

—Ya no le sigas dando vuelta a este asusto, Lolita. Igual encontrarían otra forma de expulsarme, me tienen envidia. No descansarán hasta verme fuera, aun cuando los idiotas esos confesaran todo.

Lolita sabía que tenía razón, se quedó callada un instante y luego empezó a ayudarme a arreglar mis cosas. Su semblante estaba triste, pero sentía su extraño amor por mí. Su presencia en mi cuarto me daba fortalezas.

—¿Sabes algo? Voy a luchar por ti, al menos lo voy a intentar, voy a demostrar que te tendieron una trampa—ella hablaba mientras doblaba uno de mis pantalones. —Y no podrás impedirme que lo haga.

Lolita era una chica zombi muy atractiva, no tenía un rostro bello como el de Alexa, pero tenía un carisma muy coqueto. Su cabello era negro y casi siempre lo llevaba con trenzas, su rostro era trigueño y una nariz respingada. Le faltaban tres dedos en la mano izquierda y tenía una larga cicatriz en su frente que hacía su rostro más interesante. Sus cejas eran pobladas suavemente y estaban dispuestas sobre sus ojos de tal manera que resaltaba su coquetería natural, haciendo juego con sus largas pestañas. De no ser por los tres dedos que le faltaban en la mano, se podía decir que era una chica zombi en una sola pieza.

—No tienes que hacer nada, Lolita. No vale la pena.

—Está bien, no haré nada.

Concluyó Lolita sobre el tema en discusión, pero por sus gestos en su cara era evidente que mentía, ella iba a intentar que yo volviese a la preparatoria demostrando que todo fue una trampa.

—¿Y a qué hora te vas?—me preguntó luego.

—Saldré con el canto del gallo.

—¿Y estos?—tomó uno de mis calzoncillos y se reía de manera disimulada.

—Ahh, ya sabes. Es mi ropa interior para tapar mis cosas.

—¡Ohhhh!—expresó y se acercó a mí a tal punto que casi nuestros cuerpos quedaron pegados.

Sentí deseos de estar apretado a ella. Lolita se acercó más a mí, nos quedamos mirando. Después yo me acerqué más a ella para que nuestros cuerpos estuvieran en contacto. Me incliné y rocé mis labios con los suyos.

—Me has besado, Ricardo—me susurró.

—Creo que somos novios, ¿o no?

—Sí lo somos—me respondió y esta vez ella buscó besarme, y no fue un simple roce como el primero. Esta vez fue con más intensidad.

— *¡Qué hacen!*

Dimos un respingo del susto. Ricardito nos había sorprendido, estaba casi en medio de nosotros. Nunca lo escuchamos llegar. Tuvimos suerte de que haya sido él y no mamá.

—Ehhh...después te explico, hermano.

— ¿Quién es ella?—me preguntó mi hermanito.

—Ella es una compañera de clases y también es mi novia.

— ¿Qué es una novia?—también pidió saber.

—Ricardito, hazme un favor ¿Puedes ir a comprar algunas lombrices y larvas?

—Sí, sí puedo.

Le di dos piezas a Ricardito y se fue volando del cuarto hacia la calle para comprar las golosinas, dejándonos así solos a Lolita y a mí.

—Me gusta ser tu novia—me comentó Lolita. Habíamos juntado nuestros cuerpos nuevamente.

Entonces escuché los ágiles pasos de mamá que venía por las escaleras. Me separé de Lolita y le hablé en silencio gesticulando las siguientes palabras en mi boca: “mi mamá”.

Mi mamá había entrado al cuarto con una pequeña bandeja y dos vasos de una interesante bebida que ella suele preparar que, “tal vez es mejor que no mencione los ingredientes”. Es una receta secreta después de todo.

—Tú madre se ve que es muy amable. Me comentó Lolita una vez que mi madre se marchó.

—No querrás verla enojada. Créeme.

—Umm, no me importa. De todas maneras ella es mi suegrita bella.

Yo sonreí ante tal comentario. Fue agradable escucharlo.

Se hicieron las seis de la tarde y ya el sol estaba por ponerse. Mi padre llegaba del segundo turno de su trabajo cuando Lolita se estaba despidiendo de nosotros.

—Papá. Ella es Lolita, es mi compañera de la prepa.

—También es su novia—comentó con inocencia Ricardito.

Lolita se sintió apenada, se podía ver en su expresión.

—No Ricardito, es mi compañera.

—Pero tú me...

—Exacto, que es mi compañera—interrumpí a Ricardito, casi se le iba el rollo completo.

Mi padre pareció quedar encantado con Lolita y charló un breve instante con ella para

preguntarle dónde vivía, quiénes eran sus padres y otras cosas por el estilo. Después Lolita se despidió, nuevamente.

— ¿Papá, la puedo acompañar hasta su casa?

—Mmm, no deberías Ricardo. Estás castigado. Aunque... una señorita no debe andar sola. Está bien.

Me sorprendió que mi padre dijese que sí, después de todo él no me ve como un criminal. Acompañé a Lolita hasta su casa y casi todo el trayecto fuimos tomados de la mano mientras el ocaso llegaba con los últimos rayos del sol. Uno de los peores días de mi vida resultó también ser uno de los mejores.

Capítulo XXII.

A Carvajal le resultaba imposible poder traducir los gestos de la presidenta Rosa, por tal razón, estaba lejos de estar seguro que ella diría el “sí”.

La presidente Rosa continuó:

—...y en cierto modo nos ha contagiado a nosotros también, al igual que toda la nación. Más sin embargo, usted sabe que nosotros—hizo un gesto circular con sus manos que involucraban a todos los presidentes presentes—debemos velar por los intereses más elementales de País Zombra.

Carvajal sentía que había perdido nuevamente, y en cierto grado la desmotivación lo alcanzó, pero él sabía mejor que nadie que seguiría intentando. No se rendiría.

—Y de esos intereses más elementales podemos sacar uno—continuó en su pequeño discurso la presidenta. —Y ese interés no es nada más que la vida o la no-vida, o como quiera llamarse. Y en honor a esa vida, creemos que ha llegado el momento de pasar a otro nivel dentro de la sociedad. Aprobamos su proyecto. País Zombra hará uso de los combustibles y de la tecnología necesaria que nos encamine a un desarrollo y a un mejor nivel de vida.

De tantas derrotas recibidas, Carvajal estaba escéptico de lo que acababa de escuchar: recibía autorización para usar combustible y también la tecnología necesaria para desarrollar la nación.

—Ahora bien, señor Carvajal, antes de felicitarle por ser tan perseverante—aquí la presidenta clavó la mirada en el empresario, éste pudo sentir su poder. —Tengo que advertirle, o mejor dicho, tenemos que advertirle que, si el uso del combustible, o el tan esperado desarrollo, se llegase a convertir en una herramienta para para nuestro exterminio, como nueva raza en la Tierra, no dudaremos en usar todo nuestro poder para dar marcha atrás a todo su proyecto. Por tal razón, tenemos que crear leyes para regular todas las nuevas actividades que irán encaminadas hacia tal desarrollo.

—Entiendo. Y soy el primer ciudadano en estar de acuerdo con usted en regular nuestras actividades. Gracias presidenta, gracias presidentes—expresó Carvajal encantado de su tan anhelada victoria.

—Bueno. Le felicito por su perseverancia—concluyó la presidenta y le estrechó la mano, igual hicieron los demás presidentes, excepto el Maestro Carlos que no tenía en absoluto ningún tipo de extremidad ni muñón, para felicitar a Carvajal, así que su hijo lo hizo por él.

Finalmente País Zombra se habría camino hacia una nueva era o un “cambio de era”. Los zombis empezarían a tomar su lugar en el mundo como los nuevos reyes de la colina.

II PARTE.

Capítulo XXIII.

El verano había llegado a Ciudad Álamo y era uno de los más calurosos que había tenido la ciudad, llegando a marcar 35 °C bajo la sombra. Por ende, el consumo de agua potable aumentaba, al igual que la energía para potabilizarla. Bajo este clima caluroso de más de 35 °C, Ran entrenaba fuerte para pronto terminar el curso básico de combatiente del Ejército de Álamo. Tan pronto como terminase recibiría su bautizo de fuego, y esto era salir afuera de las grandes murallas para adentrarse en un mundo solitario de humanos, pero plagado de muertos vivientes.

Ran era un buen mecánico, un oficio imprescindible para salir al mundo exterior, iría en un convoy compuesto por dos homvees y un viejo jeep, todos reforzados con láminas y barrotes.

—Alistado Ran—le dijo su sargento de entrenamiento. —Usted y McDonald dentro de una semana irán a bordo de la misión de exploración L-81. Será inmediatamente luego de su juramentación ¿Está claro?

— ¡Sí Señor!—respondió con energía, Ran.

La misión L-81 era la octogésima primera misión científica de Ciudad Álamo, teniendo múltiples propósitos para ciertos estudios que solo se podían realizar en el campo. A Ran y a McDonald les importaba un rábano la parte científica, solo estaban ansiosos de experimentar aventuras, sentir la tensión y la adrenalina correr por sus venas al encontrarse con los podridos, y poder así alardear con las chicas sobre sus grandes proezas como soldados. Ran era un joven de diecinueve años, un chico afroamericano de mediana estatura y de condiciones atléticas. McDonald por el contrario era ario, de ojos marrones claros y de 1,90 de estatura y su habilidad era la electrónica y las telecomunicaciones. Ambos, Ran y McDonald, habían logrado en poco tiempo hacer una sólida amistad.

Cuando llegó el esperado día D para partir en la Life-81 o L-81, los compañeros de Ran y McDonald, que hace pocas horas se habían juramentado como soldados, miraban con envidia a sus camaradas, lamentaron no dominar alguna habilidad que fuese útil para la misión, pero de igual manera les llagaría su momento de salir de las murallas de Álamo, ya sea en una misión científica o en un de simple patrullaje y reconocimiento.

—Joder, Ran—dijo McDonald poco antes de abordar en la misión. — ¿Cómo es que no tenemos novias que nos despidan? Esto es embarazoso, camarada.

—Sí, solo nuestro padres han venido a despedirnos. Parecemos críos que nos preparan el lonche para irnos a la escuela.

Ran y su amigo veían como hermosas mujeres despedían a los militares y a los científicos, en cambio ellos recibían empalagosos abrazos de sus madres.

—Pero ya verás Ran, cómo nos lloverán las chichas cuando regresemos. Seremos los putos héroes de nuestro barrio.

— ¡Formen!—gritó un joven oficial. El teniente Benson.

Soldados y sargentos se formaron inmediatamente. Hacían un total de quince efectivos militares más tres científicos civiles. El teniente no dio ningún discurso a sus hombres antes de partir, no era un hombre de palabras.

—Sargento Lee. Tome el mando y ordene abordar—le comunicó el teniente Benson a una mujer rubia con el cabello recogido, era la sargento principal de la misión.

— ¡Entendido, teniente!—contestó Lee y luego se giró hacia la tropa para exclamar: — ¡Abordar!

Y así se daba inicio a la misión L-81. El convoy saldría por la entrada norte. Las entradas de Ciudad Álamo consistían en dos inmensos portones rodantes de láminas de acero casi tan altos como las murallas. Cuando el primer portón de la entrada norte se abrió, el convoy entró en una pequeña calle la cual era de revisión, posteriormente se cerraba el primer portón y luego se empezaba a abrir el segundo. El convoy comenzaba así a dejar atrás, entre rugir de motores y humo de escapes, las amurallas de la ciudad.

El cazador Méndez acariciaba la cabeza de su caballo mientras veía partir al convoy militar de la L-81. Méndez deseó que todo saliese bien en aquella misión, no quería volver a arriesgar a sus cazadores para tener que volver a rescatar a un puñado de niños exploradores que jugaban a salvar un mundo que ya estaba jodido.

Capítulo XXIV.

La población de zombis de País Zombra, no veían los beneficios del tal anunciado desarrollo, de hecho, el costo de los alimentos aumentó considerablemente. Todo parecía haberse entorpecido, había una gran resistencia al cambio. Los trabajadores del transporte se sintieron profundamente amenazados cuando las primeras unidades de autobuses a combustible empezaron a recorrer las calles de los cuatro distritos, sabían que ya pronto sus brazos y piernas no serían necesarios para transportar en sus carretas: alimentos y pasajeros.

Carvajal sabía que este inconveniente se suscitaría al principio y también sabía que venían otros más, pero tenía plena confianza que todos los superaría y, en poco tiempo, la población jamás desearía volver al pasado a causa del nuevo bienestar que iban a experimentar.

Y así fue, cuando la producción de alimentos se quintuplicó, las calles se desbordaron de alimentos, lo que hizo que los precios bajaran a poco más de la mitad. Los trabajadores del transporte que fueron desmovilizados porque ya nadie quería ir a carreta, fueron incorporados en otros puestos de trabajo, como por ejemplo en granjas recolectoras, ya que debido a la alta producción, se necesitó más personal zombi para trabajar. Y las unidades de transporte a combustible necesitaron personal para su mantenimiento.

Y así fue como el combustible fue extinguiendo los viejos trabajos pero a la vez iba abriendo incontables nuevos puestos que se traducían en mayor bienestar para toda la población. Era impresionante, por no decir hermoso, ver a una naciente población de zombis caminar hacia su desarrollo. La vida, transformada en no-vida, demostraba que la voluntad humana, ya sea en zombis o en vivos, era más fuerte que las fuerzas gravitacionales de todas las galaxias.

Capítulo XXV.

Todos los domingos, Lolita, de manera fiel, me iba a visitar a la granja de mi tío. Los nuevos transportes hacían todo más fácil y las distancias ya no eran tan largas. Mi tío que era un jodido y estricto zombi, solo me daba un día libre a la semana, y a jodidas penas pude convencerlo que me dejara recibir vistas de mi novia.

—La semana que viene es el acto de graduación. Como quisiera que te graduaras con nosotros—me dijo Lolita. Estaba recostada sobre mí.

Estábamos afuera de la recolectora de ratones, sentados bajo la sombra de un árbol.

—¿Y todos se van a graduar?—pregunté.

—¿A qué te refieres, con todos?

—Bueno, cuando digo todos, me refiero a todos.

—Preguntas por ella, ¿verdad?

—¿Por quién?—intenté hacerme el inocente.

—Preguntas por Alexa, lo sé. Te gusta todavía—Lolita se molestó.

—Bueno, también la incluía a ella en mi pregunta, pero solo quería saber quién no se había graduado aparte de mí. Vamos, no te molestes Lolita. Alexa ha quedado en el pasado como una mala experiencia.

Lolita no me respondía, no podía ver su rostro porque ella estaba totalmente recostada en mi cuerpo, pero sé que sus ojos arrojaban chispas.

—Todos se han graduado, hasta Tomás y sus amigos. De Alexa no sé nada, tal vez se graduó. Solo sé que la cambiaron de preparatoria poco después que te expulsaron.

Era extraño que Alexa se cambiara de prepa poco después que me expulsaran. La vida de esa chica se convertía en un enigma para mí, ella era eso..., un interesante enigma. Joder, creo que todavía me atrae aun cuando tal vez haya sido la culpable directa de mi expulsión. Quería averiguar más de ella, pero Lolita era muy astuta. Llegará el tiempo en que la vuelva a ver y tendremos muchas cosas de qué hablar.

—Vamos, no te pongas así. Fue una simple pregunta—le dije a Lolita e hice que voltease y me viese de frente. —Perdóname, no fue mi intención.

Lolita me miró con ternura y supe que me perdonaba, luego empezó a acariciar mis manos y brazos.

—Me gusta tu frío—me comentó. —Es un frío “no tan frío”, es como si cada vez tu cuerpo se tornara menos frío.

—¿Ah sí? Pues a mí me gusta tu frío, es rico.

Había algo que no marchaba bien en mí con respecto a mis sentimientos. Me gustaba Lolita, y

creo que cada vez me gustaba más, no sé qué podría hacer sin ella, pero sin embargo, aún me gustaba Alexa, y la distancia más el tiempo sin verla, hacía que el interés por ella aumentase. Eso tal vez me hace ser infiel y en cierta forma un mentiroso. Creo que eso de amar a dos chicas zombis al mismo tiempo es basura. Debo ser un jodido mujerzombiriego.

—Ricardo, ¿tú me quieres?—repentinamente me arrojó aquella pregunta.

—Claro que sí, no seas tonta, ¿por qué me preguntas eso?

—Ya pronto seremos mayores de edad y...

—¿Y...?

—Olvidalo, no es nada.

— ¡Ricardo!!!!—me gritó mi tío. Me hacía señas indicando el sol, pronto se pondría.

Acompañé a Lolita a la parada de autobús para tomar el de las seis de la tarde, era el último que pasaba, bueno, en realidad es el mismo bus que pasa a las ocho de la mañana, después al medio día y luego a las seis de la tarde, ya que estábamos en un zona rural apartada del Distrito Death. Se siente bien escribir sobre autobuses y sus horarios, si antes me gustaba País Zombra, ahora me fascinaba.

Nos despedimos con un tierno beso y después la tomé de la mano para ayudarla a subir las escaleras del autobús. Cuando se sentó en su asiento se me quedó viendo por la ventana hasta que ya no nos pudimos ver más. Joder, cada vez que se iba Lolita me quedaba con un vacío interior, y solo me sacaba de ese vacío el recuerdo de que ya mi día libre se estaba terminando, ya mañana comienza las faenas de recolección, al menos aquí no tengo que pagarle a la vieja del cafetín de la preparatoria para comerme un jodido ratoncito.

**

Estaba en el Distrito Death para comprar ciertos insumos para la granja cuando la vi.

—Hola—me saludó Alexa. Iba bien vestida y detrás de ella estaba un zombi mucho más alto que yo, de un aspecto muy serio.

—Hola—alcancé a decir. Sentí una fuerte emoción que me hizo sentir intimidado.

“Carajo, sí que estaba linda. Su cabello rubio, sus labios que una vez me besaron. Era perfecta, y ahora había en ella un semblante más reposado, como si fuese más madura”.

— ¿Dónde estás metido?—tengo varios meses sin verte, me preguntó.

Estábamos parados frente a una tienda de calzados para obreros zombis.

—Estoy en las afueras del distrito. Trabajo con mi tío en su granja. Desde que me expulsaron

de la prepa he estado allá.

Alexa bajó la vista al mencionar la palabra “expulsión”.

—Lo siento mucho por tu expulsión—me dijo sin levantar la mirada.

—Es algo que nunca comprendí—comenté.

—Es complicado Ricardo, algún día tengo que contarte lo que ocurrió. No fue mi culpa, pero me siento responsable por ello...verás...—hizo una pausa y vio al zombi que estaba detrás de ella, como si no quisiera que el gigante escuchase. —Poco después de tu expulsión me fui a otra preparatoria, no quería estar más allí después de aquella injusticia...—hizo otra pausa. — ¿Tú vienes a comprar a esta tienda?—me preguntó luego, intentaba cambiar el tema de conversación.

—Sí—le respondí. —Mi tío necesita nuevos calzados y guantes para sus trabajadores y para mí.

—Esta tienda es mía, Ricardo. Mi padre me la regaló en mi cumpleaños.

— ¡Woow, interesante. Mi padre solo me regala un abrazo y un apretón de manos.

— ¡Ja, ja! Eso es bueno, quiere decir que te ama.

—Eso supongo.

—Bueno, pasemos. Yo misma te atenderé.

Cuando entramos en la tienda había al menos seis empleados atendiendo a los clientes. El gigante zombi se fue a un rincón de la tienda y se sentó en un banco, tomó un periódico y se puso a leer.

— ¿Quién es él?—le pregunté a Alexa refiriéndome al zombi gigante.

—Es mi guardaespaldas y mi chofer. Son una de las consecuencias del “desarrollo”—ella hizo comillas con sus manos al decir la palabra desarrollo. Igual no entendí que me quiso decir.

—A ver, ¿y qué tipo y qué talla de calzados buscas?—me preguntó con genuino interés. Creo que ambos estábamos disfrutando nuestros papeles de cliente y dueño de tienda.

—Solo tres pares de botas y tres pares de guantes. Las tallas son...dos 43 y un 46, de suela fuerte y ligeros de ser posible.

—Supongo que los 46 son para ti—me dijo.

—Ehh, sí. Ya ves, tengo patones—contesté avergonzado.

—Me fijé en tus pies el primer día que te vi en el cafetín de la prepa.

“Me hizo sentir bien que recordara la primera vez que nos vimos”.

—¡Martha!, tráeme estas tallas de botas. Que sean de las suelas más resistentes y ligeras. También me consigues tres pares de guantes para obreros—Alexa le ordenó a una mujer zombi que consiguiera mi pedido en el almacén de la tienda. Me pareció muy interesante como Alexa dirigía su tienda, parece ser tener madurez para dirigir cualquier empresa.

—Aquí está tu pedido, Ricardo—me indicó una vez que su empleada trajera las botas y los guantes. —Ya que estás aquí pruébate tus botas—me pidió y así lo hice.

Me senté en un banco para probarme las botas y noté que su guardaespaldas bajaba su periódico de modo que sus ojos podían verme, luego volvía a subirlo para seguir leyendo.

—Me quedan perfectas—me levanté y di algunos pasos.

—Estupendo—dijo ella y parecía que veía otra cosa más que mis nuevas botas. —Aún sigues siendo un zombi muy bello, Ricardo—bajó su voz después del primer comentario con la intención de que más nadie la escuchase, excepto yo.

Me sentí abrumado con ese último comentario. Aquí estaba, otra vez yo, actuando como un tonto ante ella. Podía sentir que ella tuviese una especie de poder sobre mí, aun cuando en ocasiones la recordaba con rencor por todo lo ocurrido con aquella cita fallida detrás del baño, y el hecho que me rechazó la invitación para ser su pareja en el baile de la preparatoria. Era como si ella no tuviese el valor para ser mi novia a causa de algo ajeno. Me pasó por la mente que tal vez fuese por su familia, por el hecho de que soy pobre y ella una chica zombi rica. No obstante, ante todos esos elementos presentes, ya sean ciertos o falsos, ella ejercía control sobre mí. No me podía resistir.

—Gracias, Alexa—conseguí responderle después de su alago.

Ella se acercó a mí. Me puse algo ansioso. Imagino que el Gulliver Zombi ya había bajado su periódico para vernos. No podía creer que ella me fuese a besar en público.

—Tienes que estar pendiente de tu imagen—acomodó mi Jersey cuando se acercó a mí, tal como una empleada que atiende bien a su cliente. Así que no hubo beso. Solo me arregló mi prenda y me dio ese consejo, después levantó la vista y sentí a través de su mirada que me quería besar y abrazar.

—Sí, tienes razón—dije—Ya no estoy pendiente de mi imagen desde que estoy trabajando en la granja de recolección de mi tío. Ya ni sé que está a la moda.

—Mi padre tiene otra tienda, aunque yo no soy la dueña—me comentó y se separó un poco de mí. —Y bueno, es una tienda con ropa a la moda. Ya pronto se recibirá las primeras prendas diseñadas y hechas por manos zombis. Y bueno, tú puedes pasar por allá sí lo deseas. Pero primero tienes que pasar por aquí, para ir juntos.

Otra vez me sentí abrumado, no había dudas que ella estaba buscando ocasiones para seguir viéndome. Y desde luego, yo no pondría resistencia, aunque había un detalle: no tenía suficiente dinero para comprar ropa fashion; y por otra parte, estaba el obstáculo de mi tío, él solo me daba el domingo libre y solo me dejaba venir para el distrito cuando se necesitaba insumos.

—Gracias Alexa. Cuenta con ello. Será un placer saber lo que está a la moda. Pero...

—Ah, ah...sin peros. Tienes que venir.

—Es que verás. Déjame explicarte.

—Por dinero no te preocupes—me volvió a interrumpir, me empezaba a sentir como La Dama y El Vagabundo, dónde sin lugar a dudas yo era El Vagabundo.

—Bueno, además del dinero. Se me hace muy difícil venir al distrito. Mi tío es...

—No creeré que un tío te impida venir. Eres un zombi muy inteligente, tú encontrarás la manera de venir.

—Está bien, Alexa. Vendré al distrito—dije felizmente vencido. — ¿Cuánto es?—pregunté por el costo de todo mi pedido.

—Ya te digo—contestó y fue hacia la caja registradora, yo le seguí.

Me dio una factura de compra que señalaba el costo, eran veinte piezas.

Empecé a sacar el dinero de una pequeña bolsa de cuero.

—Ah, ah, no Ricardo. La factura es para tu tío. Conserva el dinero.

—Pero tienes que dejarme pagar.

—Y tú tienes que dejarme recompensarte por tantos inconvenientes que te he hecho pasar. Estoy en deuda contigo.

—Pero...

—No, no, Ricardo. Sin peros. Además, puedes tomar ese dinero para comprarte alguna prenda que esté a la moda.

Solo tenía dos opciones, o me iba a otra tienda del distrito o aceptaba la oferta de Alexa y, no iba a ofenderla yéndome a otra tienda después de haber sido tan amable conmigo, desde luego que no. Así que no seguí discutiendo con ella y acepté su oferta.

Al despedirme de Alexa con un beso en la mejilla, tomé mis cosas y salí de allí con los pies en el aire y al instante de salir de su tienda, divisé que frente a mí estaba Lolita. Estaba de espaldas al otro lado de la calle, parecía que compraba algo a un buhonero zombi. No supe qué hacer, si ir hasta dónde estaba ella, saludarla, o seguir mi camino. Yo no quería que me descubriese que me estaba viendo con Alexa, “pero Lolita es mi novia y la quiero” “¿Qué hago?”, mi mente pensaba muy rápido y yo no me decidía.

Capítulo XXVI.

Cada grupo de cazadores, poseían algunos secretos para mantenerse prósperos. Si un clan de cazadores encontraba algún sitio lleno de cosas valiosas como armas, combustible, cobre u otros recursos, jamás compartirían la ubicación de dicho lugar con los otros clanes, ni tampoco con los líderes de Ciudad Álamo; porque en el fondo, a pesar de trabajar ellos en un solo propósito, eran extremadamente egoístas. Cada quien tenía que cuidar su culo, y cuidando sus traseros de manera individual, ayudaban de manera indirecta a cuidar al de los otros.

Así que, bajo aquellas condiciones de secretismos sobre la recolección, Trodo cuidaba su secreto también. Era él quien más conseguía cobre y combustible, pero sobre todo combustible en las tres principales formas: gasolina, diesel y full oíl. A Méndez le tenía sin cuidado que el maldito de Trodo consiguiese toda la gasolina del mundo, pero el clan de Londres que estaba apostado al sur de Álamo, y el del viejo Mark que estaba al oriente, hacían grandes esfuerzos por conocer el lugar de “la gallina de los huevos de oro” de Trodo. Pero nunca podían dar con tal sitio; Trodo era un jodido y astuto zorro que se escondía detrás de una tosca apariencia con mezcla de pirata e indigente.

Cuando Trodo arribaba con sus vehículos a las proximidades de su refugio, hacía un gran alarido con el rugir del motor de su Hummer y los demás vehículos que le seguían lo imitaban de igual manera, llenando así el ambiente con humo de monóxido de carbono. El resto de sus cazadores, dentro del refugio, celebraban disparando al aire porque sabían lo que significaba aquellos ensordecedores ruidos de motores. Los soldados de guardia apostados sobre los muros de Ciudad Álamo, habían entrado a sus garitas para protegerse de alguna bala perdida de la efusiva y peligrosa celebración de los cazadores.

— ¡Maldito Trodo, algún día le meteré un balazo!—comentó uno de los soldados de guardia.

—Pero no podrás meterle esa bala jamás mientras siga inyectando gasolina a esta ciudad—replicó su compañero de vigilia.

Los motores habían dejado de rugir y Trodo se posó encima del techo de su Hummer y gritó a su gente:

— ¡Hoy! ¡Mis queridos cazadores! ¡Hoy comeremos carne de cerdo!

La tribu de Trodo empezó a gritar de euforia ante aquellas palabras de su líder.

Los portones de alambre fueron abiertos y la primera persona en salir fue una atractiva cazadora de piel y cabello moreno que llevaba en sus manos una bandeja grande con varios vasos de vidrio y una botella de Whisky. Trodo se bajó del techo de su rústico y fue el primero en tomar del licor mostrando en su cara una señal de placer después de beber el whisky, luego dio un fuerte apretón al trasero de la atractiva cazadora la cual le dio una lasciva sonrisa y después le sirvió otro trago.

— ¡Trodo! ¡Trodo! ¡Trodo!...—gritaban los cazadores cuando su líder traspasó los portones de alambre del refugio. — ¡Viva Trodo!—gritó de manera solitaria un obeso cazador.

La euforia de aquel clan era desbordante, pero no era nada en comparación con la euforia que ya estaban sintiendo “los muy pocos ciudadanos” de Ciudad Álamo que manejaban la compra y la venta del preciado combustible.

Capítulo XXVII.

La misión L-81 llevaba un par de días fuera de Ciudad Álamo, se tenía previsto que tal misión durase entre 5 a 7 días.

El soldado Ran ajustaba una pieza debajo del motor del homvee donde iba y McDonald le asistía.

— ¿Ya está listo, camarada?—le preguntó McDonald a Ran.

— ¡Ya casi colega!, ¡es solo un problemilla con la caja!—contestó Ran. Estaba debajo del vehículo y su fusil se encontraba a su lado.

— ¡Apúrate camarada! ¡Que si llegan los zombis te vas a perder todo!—expresó McDonald.

—Pásame una llave 20, colega, y deja a los zombis tranquilos que en cualquier momento aparecen. Además, no voy a dejar que se diviertan sin mí.

Mientras Ran reparaba la caja del rústico, los científicos estaban impacientes. Cada minuto que pasaba era muy valioso. Querían explorar las llamadas “Zonas Rojas”, las cuales estaban infestadas de zombis. Ellos, “los científicos”, querían comprobar si hubo una disminución de la densidad de la población de infectados en aquellos lugares rojos, o por el contrario, comprobar que hubo aumento de tal densidad.

Enrique, “el zombi”, había sido el único podrido en sobrevivir ante el ataque de Trodo y sus hombres, pero sus piernas habían sido casi arrancadas por la ametralladora, pero aun con aquella discapacidad, Enrique se arrastraba y mientras lo hacía, ciertos cambios empezaban a suceder en su interior. Por primera vez desde que se infectó con aquel apocalíptico virus, empezó a tener conciencia de sí mismo. Y con ese despertar de conciencia también llegó el miedo y la angustia. Pero no sentía dolor, solo emociones.

Enrique había partido hace un rato del lugar dónde fueron exterminados sus compañeros, arrastrándose sin parar. Comprendió que si no cesaba de avanzar, aquellos miedos y angustia se reducían al mínimo. “Avanzar, avanzar”, mientras más lo hacía también se llenaba de esperanza, se sentía que estaba luchando contra algo y si continuaba hacia adelante, finalmente vencería a ese algo. Pero las piernas que casi estaban arrancadas, le dificultaban su avance, ya no las quería consigo, le estorbaban. Deseaba quitarse ese inútil peso extra, así que intentó arrancárselas con sus manos, pero no pudo.

Mientras Enrique intentaba arrancarse las piernas, decenas de zombis pasaban cerca de él. Pidió ayuda, pero esos seres no le prestaron atención, sus miradas estaban como perdidas.

Entonces Enrique se sintió lleno de soledad a pesar de estar rodeado de muchos zombis— porque la compañía va más allá de lo físico, son las emociones lo que nos conecta con algún grupo o individuo—. Enrique miró al cielo como un acto reflejo de buscar compañía, entonces oyó un motor y ese sonido le despertaba un miedo más intenso, fue el terror lo que se apoderó de

él. El sonido se fue acercando más y más, y Enrique se arrastraba, no importaba la dirección que llevara, tenía que avanzar, en este caso era huir, huir de aquel espanto.

—Cabo, ¿Ves a ese zombi?

—Sí mi capitán. Parece estar huyendo. Va en otra dirección diferente a los otros.

—Y ya sabes que los zombis de aquí no huyen de nada—añadió el capitán.

Un coche rojo común y corriente frenó cerca de Enrique. Alguien de elevada estatura con un parche negro que le cubría la cuenca de un ojo, se bajó del carro. Iba vestido con un muy desgastado uniforme militar y llevaba puesto un chaleco Kevlar.

— ¡Hey amigo! ¡Para dónde vas, de qué huyes!—preguntó el individuo del parche negro.

Enrique escuchó la palabra amigo, y esa palabra hizo vibrar sus emociones, se sintió confundido, pero ya no sentía terror. Por tal razón dejó de arrastrarse y volteó hacia atrás. Vio a tres zombis que caminaban hacia él.

— ¡Hola!—dijo el capitán Smith de la Fuerza Z de País Zombra.

El oficial se había agachó al lado de Enrique.

—Hola—respondió con timidez Enrique.

—Soy el capitán Smith de la Fuerza Z. Y ellos son mis soldados—el capitán señaló al sargento Pérez y al cabo primero Guzmán. —Puedo ver que te estorban estas piernas. Están destrozadas. Debieron haber sido los Cazadores—comentó el capitán y sacó un machete de una funda encajada a su cintura. — ¿Te las corto, amigo?—Smith pidió permiso para cortar las piernas de Enrique y éste dijo que sí afirmando con el movimientos de su cabeza.

—Por fortuna no le va a doler—comentó el sargento Pérez.

—Je-je-je—se reía muy lento el cabo Guzmán.

Smith hizo los cortes a la mitad de los muslos.

—Listo, amigo—dijo Smith con buen aire de satisfacción.

—Gracias—dijo Enrique. Estaba sorprendido porque podía entender todo lo que aquellos zombis decían y porque él podía hablar también.

— ¿Cómo te llamas?—le preguntó Smith.

—No lo sé.

—No te preocupes, todavía no he visto a un zombi que recuerde su nombre. A ver ¿qué dice aquí?—Smith señaló en la harapienta camisa de Enrique, una plaquita metálica que decía: Enrique Prieto, Asesor Financiero. —Te llamas Enrique, amigo. Al menos tienes suerte de conservar tu viejo nombre y seguro tienes talento para los números.

—Capitán, tenemos que irnos—dijo el sargento Pérez.

—Bueno, Enrique, debes venir con nosotros. Sí tú lo deseas, claro.

— ¿A dónde?

—A Zom-bi-lan-dia—contestó en tono de broma el cabo Guzmán de forma lenta, tal como los clásicos zombis.

—A País Zombra, Enrique, es nuestro hogar. Allí muchos zombis son como tú y como yo. Eres bienvenido, y nuestro país te necesita—dijo Smith.

Guzmán y Pérez trasladaron al vehículo a Enrique luego que éste dijera que sí quería ir. Luego Smith puso el carro en marcha y condujo hacia País Zombra.

El homvee de la misión L-81 había quedado de coñas, reparar una caja para Ran era pan comido. El teniente Benson, comandante de la misión científica, estaba preocupado, pero no lo demostraba, adentrarse a las zonas rojas era un gran riesgo, pero él estaba entrenado en “tácticas evasivas” contra los no-muertos. Él no jugaría a ser el puto Rambo tratando de aniquilar a todos los zombis de esas tan peligrosas zonas. Entrar, evadir y salir; constante movimiento, eso era todo y saldrían con vida. Pero algo peculiar pasó durante la misión L-81, algo que lo hizo quedarse perplejo al igual que a los científicos. Una vez que ya estaban dentro de aquellas zonas se fijaron que un vehículo rojo pasaba por en medio de los podridos sin que éstos intentasen en algún momento atacarlo.

—Han cambiado—dijo el doctor principal de la misión. Su nombre era James.

—No lo creo doc—contestó el teniente Benson. —Allí vienen a por nosotros.

Una densa aglomeración de zombis empezaba a correr hacia el convoy de la misión.

— ¡A la derecha soldado!—ordenó el teniente al piloto del Homvee.

Fue el primer acto de evasión, el resto del convoy siguió al vehículo del teniente.

— ¡Qué cojones ha sido eso!—expresó el doctor James con respecto al vehículo rojo que no atacaron los zombis.

—No lo sé doc.

—Teniente, tenemos que seguir a ese vehículo.

—Ni lo sueñe doc.

Otra masa de zombi se acercaba hacia el frente del convoy.

— ¡A la izquierda, soldado!—gritó Benson.

—Pero de esto se trata la misión. Esto ha sido lo mejor que hemos visto en años. Tenemos que estar en presencia de algo nuevo y...—expuso el doctor James.

—No doc.

—Voy a informar a sus superiores sobre esto.

— ¡Me importa un carajo lo que digan mis superiores!—vociferó el teniente sin perder la vista al frente.

— ¡Joder! ¡Debieron mandarnos con un oficial que tuviese cojones!—dijo James en total frustración.

El teniente empezó a sopesar todo lo que había dicho el doctor, y le daba la razón después de todo. Ese comportamiento de los zombis ante ese misterioso carro podía significar un gran avance en la lucha contra el Virus Z.

— ¡Carajo! ¡Está bien!—volvió a gritar el teniente. —Iremos a por ese carro. Pero primero salgamos de estos putos zombis.

Los no-muertos salían de todas partes. Ran y McDonald estaban disfrutando al máximo todo aquello, solo les faltaba empezar a jalar el gatillo para empezar a perforar los cráneos de los zombis.

—Pronto colega, pronto—le dijo Ran a McDonald quién estaba acariciando su fusil de asalto.

McDonald le respondió con un guiño de ojo.

— ¡Soldado, vamos hacia el sur!—ordenó Benson a su piloto una vez que tuvieron fuera de peligro.

El carro que buscaban era un viejo Corola rojo de cuatro puertas. La misión Life-81 se adentraba así a un mundo totalmente desconocido, llegarían hasta dónde ninguna misión pudo llegar, eran como viajeros espaciales en busca de nuevos planetas y...nuevas formas de vida. Los nombres de Benson y James estaban a punto de ser escritos en los anales de la historia de Ciudad Álamo.

Capítulo XXVIII.

Decidí seguir mi camino, Lolita no iba a comprender que me había visto con Alexa por pura casualidad. Además, no había cometido nada malo.

— ¡Ricardo!—escuché la voz de Alexa y sabía que Lolita iba a voltear ¿Quién no voltea cuando escucha en la calle gritar el nombre de su novio o novia?, pues todos, es un acto reflejo que no podemos evitar. Ahora, a mí solo me quedaba fingir que no había visto a Lolita, lo cual era un acto tonto porque ella estaba frente a mí. Estábamos apenas distanciados por una estrecha calle. “Que los Cielos me ayuden”, pensé—si es que lo cielos están abiertos para los zombis—.

— ¡Ricardo!—inmediatamente volvió a gritar Alexa. Venía con los guantes para trabajar de la granja. “Carajo, olvidé los jodidos guantes”. Cometí ese error. Pero igual tenía que seguir en mi papel de fingir que no había visto a Lolita.

—Gracias, Alexa—dije cuando ella se acercó a mí para entregarme los guantes. —Pero qué descuidado he sido, tengo la mente en otra cosa—añadí.

—Ojalá tengas la mente en mí—me dijo y me miró con dulzura y, luego se irguió para besar mi mejilla. Yo estaba tan tieso como un árbol.

Finalmente tomé mi camino e iba pensando qué le diría a Lolita sobre ese encuentro con Alexa, porque estaba convencido que ella me había visto. De pronto me empecé a preocupar sobremanera sobre mi situación, en especial por lo que fuese a sentir mi novia.

Antes de irme a la granja de recolección quería pasar por mi casa, tenía un par de semanas sin ver a mi familia. Compré chucherías para Ricardito y también le compré un juguete, el cual era un soldado zombi de las Fuerzas Z de nuestro país. Los jugueteros toman los muñecos y muñecas que quedaron del viejo mundo y le dan un aspecto de zombi —les queda muy bien—.

Al llegar a mi casa, Ricardito me recibió con mucha energía, más de lo normal diría yo. “¡¡Ricardo!!” había pegado un fuerte grito al verme acercarme a nuestro hogar. Mi madre también salió a recibirme y también la noté muy feliz de verme. Mi padre iba a tardar unas dos horas en llegar y yo no contaba con mucho tiempo, así que no lo pude ver.

Estuve con Ricardito y mi mamá alrededor de media hora. Mi hermano apretaba el soldadito Z con su manito cuando se despedía de mí. Le di un beso de despedida a mi madre la cual estaba envuelta en un agradable olor a cenizas y después me fui y, mientras caminaba empecé a escuchar los sollozos de mi hermanito—es muy duro para él que yo no esté en casa—.

Caminaba rápido hacia la parada, no quería perder el bus que llegaría al medio día a las zonas rurales de Distrito Death. Ni de coñas podía aparecerme en la granja de mi tío después de esa hora. Me lo haría pagar con mucho trabajo extra.

De mi diario:

*

Pasó este domingo y Lolita no me visitó, nunca ha dejado de visitarme un domingo. No debí jamás fingir que no la vi frente a la tienda de Alexa. La extraño, pero también quiero ver a Alexa.

**

Otro domingo más sin ver a Lolita. Está enojada conmigo, eso es un hecho rotundo. Y desde luego que tiene derecho a estarlo. Debo confesarme con ella, creo que es lo mejor, debo contarle todo lo que estoy sintiendo. Pero dudo que lo haga, soy un cobarde, eso ya está confirmado, soy un cobarde de los más bajos.

Mi tío me había dicho que necesitaba algunas cosas para la granja y para los trabajadores, así que durante la semana iré al distrito, es muy probable que sea el martes. Iré a casa de Lolita, será lo primero que haré...pero también quiero ir a la tienda de Alexa.

¡Carajos! Mi tío designó a uno de sus trabajadores para ir al distrito y prescindí de mí, alegó que el trabajador necesita hacer algunos asuntos en la ciudad.

Han llegado malas noticias a la granja.

Capítulo XXIX.

La L-81 logró burlar la marea de zombis, solo encontraban pequeños focos de podridos que lograban esquivar con facilidad. El vehículo rojo que buscaban, no se visualizaba por ninguna de las calles, aun así, Benson y James sentían que debían seguir hacia el sur. Entonces divisaron a varios kilómetros una extraña metrópolis que como todas las ciudades tenía un aspecto post apocalíptico, pero algo no iba bien, de gigantes chimeneas estaba saliendo.

El doctor James y el teniente tomaron binoculares y sin bajarse del vehículo empezaron a detallar la ciudad frente a ellos.

—Allí hay vida. No hay duda—comentó James con los binoculares pegados a sus ojos.

—Deben tener una industria semejante a nosotros—dijo Benson sin separar los ojos de los binoculares.

James pasó los binoculares a sus colegas científicos para que detallaran la ciudad y uno de ellos exclamó:

— ¡Es imposible!

— ¿Qué es imposible?—preguntó James.

—Que no tengan murallas ¿Cómo pueden...?

— ¿Sobrevivir?—James completó la pregunta. —Solo hay una forma de averiguarlo, tenemos que entrar allí.

—Pero no será por la puerta—advirtió Benson. —No sabemos si son hostiles.

—Entonces, ¿qué propone, teniente?—preguntó James.

—Tenemos que ocultar los vehículos y que se queden la mitad de los hombres protegiéndolos. El resto avanzaremos por caminos verdes hasta la ciudad y luego observaremos de cerca la actividad de esa metrópolis—propuso Benson

—Teniente, ¿no es mejor avanzar por esta carretera y entrar normalmente? Dudo, que si hay vida allí, sean hostiles—dijo James.

—Pues doctor, yo dudo que alguien no sea hostil durante esta nueva era.

—Ustedes los militares solo piensan en guerra.

—Yo solo pienso en regresarlos a ustedes sanos y salvos, doctor. Además, he dado mi consentimiento de seguir a ese carro rojo. Ahora usted está en el deber de seguir mis consejos. Si no, tomo a mis hombres y me largo de aquí y ustedes se quedan aquí jugando a la ciencia.

El doctor James no tuvo otro remedio que seguir la sugerencia de Benson, después de todo, no estaba demás tomar algunas precauciones.

Ran y McDonald, según ellos, tuvieron la mala suerte de quedarse con el grupo que cuidaría de los vehículos. Benson no podía arriesgarse a perderlos, en última instancia podía perder a los

científicos, pero no a su mecánico y a su técnico de comunicaciones.

Mientras tanto, en Ciudad Álamo, los encargados directamente de la misión Life-81 analizaban toda la información que iban recibiendo por radio y mantenían al tanto con informes bien elaborados a los líderes de la ciudad amurallada. Por su parte, los cazadores también escuchaban lo que comunicaba la misión por radio, alguna información estaba codificada, por lo que no podían estar al cien por ciento enterados de todo, a excepción de Trodo, que manejaba toda la codificación secreta de las fuerzas de seguridad de la ciudad.

Trodo estaba inquieto, caminaba de un lugar a otro y no paraba de fumar, llenaba todo el ambiente de humo. La radio estaba en altavoces y su operador descodificaba cada mensaje.

—Confirmado, señor—comunicó el operador con mucho miedo.

Trodo dio una gran patada a una pequeña mesa de madera y después destruyó uno de los altavoces. Sabía que muy pronto estaría jodido, su monopolio de combustible estaba muy cerca de llegar a su fin.

Seis efectivos y el doctor James llegaron a las adyacencias de un suburbio de la misteriosa ciudad. Se ocultaban en una zona boscosa muy próxima a dicho lugar. Había gente, había vida en esa metrópolis. Pero James y Benson aún no habían usado sus binoculares.

— ¡Mierda!—expresó con incredulidad Benson con los binoculares a sus ojos.

Entonces James tomó sus binóculos también.

— ¡Son zombis, son putos zombis!—James estaba perplejo, absolutamente perplejo ante lo que presenciaba. Era una sociedad bien organizada, habían vehículos a combustible circulando por las calles, zombis saliendo y entrando de casas, niños jugando y un tipo de comercio entre ellos.

La mente del científico empezó a hacer conjeturas y a armar muchas hipótesis. Y la principal teoría en la que pudo concluir fue que: los zombis estaban evolucionando a un nivel de inteligencia semejante a la de los humanos. James tuvo inmediatamente dos visiones, una que la humanidad podía encontrar la paz, y la otra visión era totalmente contraria y terrible además: aquello podía ser el exterminio completo de la humanidad por los nuevos seres inteligentes del planeta Tierra.

James tomaba fotos de aquella sociedad de zombis, tenía que presentarse con pruebas contundentes antes los líderes de Álamo.

Entonces un niño no-muerto se acercó a ellos, no lo vieron venir. James colocó su cámara en modo video para grabar al infante.

— ¡Es un jodido zombi!—comentó nervioso un soldado que apuntaba al niño.

—Baja el arma Tom—le ordenó el teniente.

El niño no dejaba de observar a aquellos seres humanos, le gustaba el olor a carne fresca que

desprendían, pero también estaba admirado y, los extraños le infundían respeto. El infante zombi le faltaba una mano, y con su mano restante apretaba un muñeco mediano que parecía ser un soldado con aspecto de zombi.

Benson puso la mano sobre el cañón del fusil de Tom y empezó a bajarlo lentamente.

—Vamos Tom, es un niño. Es inofensivo—el teniente había logrado que Tom bajara por completo su arma.

— ¿Quieres chucherías?—le preguntó el niño a Tom. Sostuvo al muñeco entre su axila y de su bolsillo sacó un puñado de larvas gordas y algunas cucarachas muertas.

Tom extendió su mano y aceptó las larvas y las cucarachas muertas. Miraba con asombro aquellas alimañas en su mano.

—Son muy ricas. A veces mi hermano me trae. Tú te pareces a mí soldado—comentó el niño sin dejar de ver a Tom.

El doctor James se agachó y se puso a la altura del niño:

—Hola niño ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Ricardo, señor, pero me dicen Ricardito.

—Hola Ricardito, mi nombre es James, doctor James. Y ellos son mis amigos.

— ¿Ustedes son cazadores?—preguntó el niño a James.

—No, Ricardito, no lo somos.

—Mis padres me dicen que los cazadores son malos.

—Tus padres tienen razón. Pero nosotros no somos cazadores—dijo el doctor y luego abrió su mochila para sacar algo. —Ricardito, quiero colocar esto dentro de tu boca—el doctor extendió una pequeña varilla de acero inoxidable con un pequeño trozo de algodón en la punta.

Ricardito fue obediente y abrió su boca. El algodón se impregnó de fluido y luego el doctor retiró la varilla de su boca y depositó la muestra en un recipiente de acero. Entonces, súbitamente Ricardito se volvió agresivo, sintió fuertes deseos de morder al doctor, quería probar su carne. Pero el doctor se pudo defender y evitó ser mordido empujando al niño hacia el piso quien quedó por un momento aturdido. Ricardito se reincorporó y fue hacia el doctor nuevamente, pero la culata de un fusil se estrelló con su pequeño cráneo, haciendo un ruido seco. Ricardito se había apagado para siempre.

¡Joder! ¡Qué has hecho soldado!—gritó Benson llevándose las manos a la cabeza.

Todo había ocurrido muy rápido, el doctor James estaba en shock. El envase con la muestra y la varilla de acero se le habían caído.

—Había atacado al doctor, teniente. Usted mismo lo vio e iba a atacar otra vez.

— ¡Por los Cielos, soldado! Era solo un crío y era fácil de dominar. Pudimos haberlo amarrado.

— ¡Pero mi teniente, es solo un maldito zombi!

— ¡Silencio!—intervino el doctor. Tenemos que largarnos de aquí. Esto es una sociedad... de zombis, pero es una sociedad, y nosotros hemos cometido un asesinato.

Capítulo XXX.

Dentro de los laboratorios de Ciudad Álamo había una gran expectativa, el doctor James analizaba la muestra que había recolectado en aquella ciudad de zombis. James no se despegaba del microscopio.

— ¿Qué ves?—le preguntó Sarah, una joven y hermosa doctora pelirroja.

—Veo una obra maestra...una obra maestra de la naturaleza—contestó James aún si apartarse del microscopio.

—Déjame ver—pidió la doctora Sarah.

James se apartó y dio paso a la hermosa pelirroja.

—Woww—expresó ella.

— ¿Es hermoso, verdad?

—En absoluto, doctor James.

—Tenemos que preparar un informe rápidamente para llevarlo dentro de dos horas a la sala situacional de los líderes.

Los científicos ya estaban trabajando de manera expedita sobre los resultados que arrojaron los correspondientes análisis. En breve, James tenía que dar una breve conferencia antes los líderes, uno de sus asistentes ordenaba las fotos tomadas de “Ciudad Zombi” (así empezaron a llamarla, ellos).

Trodo estaba al tanto de aquella reunión en la sala situacional, “la maldita misión L-81”, había arruinado todo su negocio. Pero él siempre buscaría la manera de tomar ventaja de cualquier nueva situación, sin importar cuán jodido se encontrase todo.

—Jefe, Méndez quieren verlo—comunicó un cazador de Trodo.

“Maldito Méndez, qué querrá ahora”, pensó Trodo desde su escritorio.

— ¿Viene solo?

—Sí, jefe.

Cuando Méndez venía solo a visitar a su vecino, significaba que algún secreto había descubierto y por tanto era hora de negociar.

—Pues, hagan que pase hasta aquí y me dejan solo con él.

—Entendido, señor.

Luego de un minuto:

— ¡Mi querido vecino!, ¿a qué se debe esta agradable visita? Veo que no me traes nada.

—Dejémonos de pendejadas, Trodo. Ya conozco tu secreto.

—Pues yo tengo muchos secretos, amigo—Trodo arrojó su singular mueca siniestra. —Pero siéntate, hablemos de lo que sabes. Además, tomemos un trago porque te noto algo tenso.

Méndez se sentó y aceptó un trago de whisky seco en un hermoso vaso de cristal

— ¿Cuánto tiempo sabías de la existencia de esa maldita ciudad de podridos?—preguntó Méndez sin ningún tipo de rodeos

—No sé a qué te refieres, vecino.

—Tú sabes a qué me refiero. Es de allí que sacas tu combustible. Porque no hay otro maldito sitio de dónde puedas encontrar tanta gasolina. Y en lo que a mí respecta, eres un maldito traidor.

—Bien, bien, vaquero ¿Cómo has sabido de esa ciudad?

—Vamos, que no eres el único con oídos dentro de Álamo. Por otro lado, mis cazadores han visto tus vehículos adentrarse por las Zonas Rojas. Pero se te ha acabado tu poder.

— ¿Qué quieres Méndez, a qué viene todo esto?—Trodo había cambiado su alegre expresión.

—Que los conoces muy bien, Trodo. Apuesto que sabes de dónde sacan su combustible.

—Es solo una ciudad que fue evacuada en el 2023, sus estaciones de gas quedaron repletas de combustible.

—No subestimes mi inteligencia, amigo. Tienen que tener otras fuentes. Dime, ¿tienen refinerías?, ¿tanques de almacenamiento?, ¿barcos?

...

El doctor James estaba parado frente a los líderes de Ciudad Álamo y detrás de él estaba una pantalla colgante para proyectar las imágenes recogidas durante la misión científica. Cornelius era el líder máximo de Álamo, muchos le llamaban Padre Defensor porque durante su gobierno la ciudad aumentó sus defensas contra el mundo exterior, la producción de alimentos se hizo más eficiente y los índices de criminalidad dentro de las paredes de Álamo era casi cero debido a su mano de hierro, su único desafío era adquirir más energía y expandir la ciudad junto a la construcción de nueva infraestructura. Con respecto al fenómeno de la superlación que le empezaba a rondar como fantasma, a mediano plazo haría una ley extrema para proteger la ciudad de ello, consistía en una especie de “ley herodiana”, en dónde una familia solo podía engendrar un hijo y de tener otro sería sacrificado, pero a corto plazo tal ley no iba a ser ejecutada, por ahora el desafío era obtener más energía para expandirse y construir. Con el nuevo descubrimiento de la L-81, el líder por fin veía una luz al final de túnel.

Cornelius estaba asombrado por lo que veía en las imágenes que el doctor James estaba proyectando y explicando: Una población de zombis organizados en sociedad, una aparente industria en pleno crecimiento, vehículos circulando, pero, “¿cómo era posible todo aquello?”, se preguntaba Cornelius.

—Padre Defensor, señores líderes, generales y doctores—dijo James antes sus espectadores cuando presentó la última imagen de Ciudad Zombi. —Estamos frente a una evolución de la naturaleza como nunca antes en toda la historia del Planeta, yo diría que es más que una evolución, es una revolución de la naturaleza—James se volvió hacia la pantalla y desplegó imágenes del Virus Z.

>>Estas son imágenes del Virus Z durante el 2023, aquí podemos apreciar su estructura agresiva como huésped, con poder para destruir todas las defensas que se interpongan en su camino—James mostraba ahora pequeños fragmentos de videos que mostraban el comportamiento del Virus Z durante el 2023.

>>Ahora, miremos que está ocurriendo 10 años después—los doctores estaban maravillados. Los líderes y generales no comprendían lo que estaban notando, aunque apreciaban una notable diferencia. —Las estructuras de ADN y ARN del Virus Z, como pueden apreciar han cambiado casi en su totalidad, como primera teoría se plantea que ya este virus no es contagioso, y más importante aún, es capaz de transformar en su totalidad a los zombis agresivos que nosotros conocemos en seres que poseen una conciencia, dotándolos de inteligencia igual o tal vez superior a la nuestra—Cornelius sintió particular interés cuando James mencionó que pudieran ser más inteligente que ellos.

>>Señores, estamos frente a una nueva era, La Era de los Zombis.

Las personas presentes en la conferencia que pronunciaba el doctor James se miraban los rostros entre ellos, estaban llenos de asombro, miedo y escepticismo. Todo era tan fantástico y a la vez aterradoramente verdadero que sus mentes se empeñaron en rechazar. La vieja civilización, liderada por Cornelius, tenía dos opciones: la primera era establecer contacto con aquel nuevo mundo usando la diplomacia y la buena voluntad a fin de conservar la armonía; y la segunda opción, sería realizar un ataque preventivo contra ellos, después de todo, eran zombis, con la diferencia que ahora podían ser infinitamente más peligrosos ya que ahora eran seres inteligentes, si se les permitía crecer y desarrollarse más: entonces ¿qué les impediría traspasar sus fronteras para conquistar a los últimos reductos de los humanos que se encontraban detrás de sus trincheras resistiendo ante un enemigo que nunca ha descansado para terminar de acabarlos a ellos.

—Gracias, doctor James—dijo el Cornelius, quien era un hombre cercano a los cincuenta años, de tez blanca y una cabeza que brillaba cuando le daba de frente la luz, ya que era calvo y mantenía su cabeza siempre totalmente rasurada. Físicamente era robusto y de módica estatura. Su mirada podía inspirar miedo, o seguridad y esperanza en quienes lo miraban de frente, todo dependía el estado de ánimo en que estuviese. —Doctor James—continuó Cornelius—, si usted fuese el líder de Álamo, ¿qué haría concerniente a los zombis de esa ciudad?

—Establecería contacto con ellos con intenciones de paz. Y en condiciones de paz podemos medir sus fortalezas y debilidades. Haría estudios de su sociedad, comparando su comportamiento con el nuestro para establecer diferencias y similitudes. Seguiría haciendo estudios genéticos sobre ellos. Y por otro lado, bajo condiciones de amistad podríamos establecer un comercio justo basado en nuestras necesidades. Eso es lo que yo haría, Padre Defensor, si esto estuviese en mis manos. Pero esto, después de todo, es una humilde opinión.

—Gracias doctor. Está haciendo usted un trabajo extraordinario. Y debo decirle que me gusta

su opinión, estoy de acuerdo con usted, pero debe saber que consultaré con mis hermanos presentes sobre lo que haremos a continuación. Ahora, le pido que nos disculpe. Necesitamos deliberar entre todos.

El doctor James y la doctora Sarah comprendieron que debían abandonar la sala, al igual que el resto de los doctores y científicos, Cornelius se quedaría a solas en su sala con la excepcional compañía de los otros dos líderes de la ciudad y de sus cuatro generales.

Capítulo XXXI.

“Perdí a mi pequeño mejor amigo. ¡Oh no! ¡Por qué esto es tan duro! Te has ido Ricardito, te has ido hermanito. Eras mi sostén para no abandonar la casa en momentos de frustración. No importaba cuán enojado estuviese, un solo abrazo tuyo, una sola palabra o una sonrisa y eso bastaba para calmarme”, estos pensamientos volvían una y otra vez a mi mente

No sé si nosotros los zombis tenemos un dios que vela por nosotros, no sé si hay otra vida después de ésta, yo solo sé que lo extraño bastante y este dolor se me hace insoportable, es un dolor que me desgarr...y...lamento profundamente no haber estado cerca de él para protegerlo.

Por otro lado, también tengo como una especie de odio, un deseo de venganza se está apoderando de mí ¿Quién pudo haber acabado con su vida y por qué? No logro comprender nada. Solo ha habido pocos asesinatos desde la fundación de nuestro país y todos han sido problemas de pelea entre zombis violentos; pero, ¿quién pudo matar a un inocente pequeñín.

Yo estaba trabajando en la granja cuando llegaron mis padres, sus semblantes eran tristes.

—Ricardo. Tenemos que comunicarte una mala noticia—me dijo mi padre.

Por un momento había pensado que se trataba de otra cosa de la preparatoria. Mi padre se había quedado callado como por treinta segundos, lo sentí como si fuese un largo silencio de dos horas. Mi madre me veía con dolor en sus ojos.

—Tu hermanito está muerto... Le han asesinado.

—No, ustedes están bromeando ¿Por qué juegan así?

Creo que me había reído después que comenté eso. Estaba incrédulo y pienso que había entrado en shock, mi cerebro intentaba protegerme de aquel indescriptible dolor. Estábamos sentados en los sofás de la sala de mi tío. Yo me puse de pie.

—No juegues conmigo así, padre. Mamá, habla con tu esposo, eso no son juegos.

—No estamos jugando, Ricardo. Tu hermano está muerto.

La expresión de risa de mi rostro cambió repentinamente a una de dolor y amargura. Mi padre se acercó a mí y me abrazó y yo no pude aguantar más y mi cerebro dejó sacar las emociones.

— ¡Joder, papá...! Ricardito no, papá, Ricardito no. No puede ser—había empezado a lamentarme con mi padre, abrazándome a él para sostenerme. Luego mi madre se levantó y me abrazó.

Y allí estábamos, tres zombis, lamentándonos por nuestro querido y amado Ricardito. A mi mente acudía la imagen de él abrazándose a mi pierna cuando yo llegaba de la preparatoria y luego pidiéndome dinero para comprar sus golosinas, también cuando entraba a mi cuarto a la pequeña abertura que estaba debajo de la puerta. “¡Oh Cielos, es tan doloroso!, pensé.

—Ricardo, mañana es el funeral. Toma tus cosas. Hoy te vienes con nosotros otra vez a tu

hogar—me comunicó mi padre.

Y así regresaba otra vez a mi hogar, un hogar que se sentiría terriblemente solo y triste sin Ricardito, en donde sus juguetes, su cuarto y el resto de sus cosas estarían allí como un eterno y doloroso recordatorio de que él jamás volvería a estar con nosotros.

Capítulo XXXII.

El Distrito Death de País Zombra estaba conmocionado por el asesinato de un pequeño niño. El Maestro Carlos, líder de ese distrito, estaba supervisando directamente el caso. Con la ayuda de su hijo, Carlos se desplazaba de un lugar a otro, ya que, como se mencionó antes, era un zombi que solo poseía su torso y su cabeza.

Hasta el momento se manejaban dos principales hipótesis. El niño pudo haber sido asesinado por algún zombi psicópata, lo cual de ser cierto era algo terrible y muy peligroso, no obstante, no había antecedentes al respecto, pero podía ser la primera vez. La segunda hipótesis, la cual era más verosímil, era que pudo haber habido alguna incursión de algún grupo de cazadores que al verse descubierto por el niño dieron fin a su vida.

El Maestro Carlos estaba en su oficina esperando un informe detallado de las pistas encontradas en el segundo día de la investigación.

—Buenos días, Maestro—dijo un oficial de la policía al entrar al despacho del presidente Carlos. —Aquí está el informe.

El presidente leía con sumo cuidado los tres folios que su hijo sostenía para que él leyese. Su semblante parecía cada vez más preocupado mientras avanzaba en la lectura.

—Gracias oficial—dijo el presidente Carlos una vez que finalizó de leer el informe. —Hijo, tenemos que convocar una reunión de emergencia con los demás presidentes.

El hijo del presidente escribía tres breves cartas con el mismo mensaje. Las cartas serían entregadas por el mensajero en los correspondientes despachos del resto de los presidentes o maestros. Aun en País Zombra no estaba activado un sistema de comunicaciones a través del radio espectro, pero el uso de vehículos a gasolina para entregar el correo multiplicó la velocidad de las comunicaciones.

Este fue el mensaje escrito para los tres presidentes:

“Convoco una reunión de emergencia con todos los presidentes del país en la sede principal a las 16:00 horas. Asunto: Humanos con propósitos sinestros han penetrado nuestro territorio. **La Periferia es vulnerable**”

Presidente del Distrito Death: *Maestro Carlos Mijares* . [La firma fue realizada por su hijo].

Capítulo XXXIII.

Cornelius era un hombre inquieto, así que una vez que salieron todos los doctores y hubo quedado con sus líderes auxiliares y sus cuatro generales dentro de la sala, se levantó y empezó a caminar de un lugar a otro, mirando hacia el pulido piso de granito. Él había sido hace tres años, general en jefe de las Fuerzas de Ciudad Álamo, desempeñando un gran trabajo y obteniendo así un gran prestigio para ganar las elecciones como Líder Máximo de toda la fortificada ciudad. Acostumbraba llevar una chaqueta militar de camuflaje urbano pero sin ningún tipo de insignias militares, lo que le otorgaba una fusión entre civil y militar.

Los cuatro generales tenían sus preguntas y sugerencias anotadas. Los dos líderes auxiliares que eran especie de alcaldes dentro de Álamo miraban caminar a Cornelius de un lugar a otro, esperando que él fuese el primero en hablar.

— ¿Quién de ustedes piensa, que hacer un ataque preventivo sería la mejor opción?— preguntó el Líder Máximo haciendo una pausa en su andar de un lado a otro.

Tres generales y un líder auxiliar levantaron sus manos.

—Señor—tomó la palabra Marcus, general en jefe y comandante de las tropas del Gran Muro del Norte. —Esa ciudad de zombis es una abominación, son los mismos seres que hace poco tiempo acabaron con casi toda la humanidad. Ellos nos ven como sus enemigos, como su alimento; y ahora son seres inteligentes. No veo que algo les impida querer invadir nuestra ciudad pasado mañana. Tenemos que organizar un ataque contra esos seres.

—Opino lo mismo, Padre Defensor—intervino Sarcov, primer líder auxiliar. No quiero imaginar lo que harían millones de esos seres a nuestra ciudad, a nuestro pueblo. A todo lo que hemos construido.

Cornelius empezó nuevamente a caminar de un lugar a otro. Tenía que tomar la decisión más acertada, la que protegiese los intereses de Ciudad Álamo.

—Padre Defensor—tomó la palabra Suárez, general de las tropas del Gran Muro del Sur— ¿Por qué hemos de invadir a un pueblo que no nos ha hecho nada en absoluto? ¿Solo porque son zombis? Es verdad que fueron salvajes hace un tiempo, pero evidentemente no eran conscientes de ello. Además, ¿por qué arriesgaríamos las vidas de nuestros valientes hombres y mujeres en una cruzada de la cual desconocemos sus consecuencias?

—General Suárez—dijo el general Marcus. —Ellos, tarde o temprano nos van a atacar, ¿qué vamos a esperar, que se hagan fuertes?

—Con todo respeto, mi general en jefe. Pienso que no es prudente atacar y menos a un pueblo que nunca nos ha hecho nada.

La discusión se empezaba a llenar de calor. Cornelius se sentó y preguntó:

— ¿Alguien más tiene algo que agregar?

—Yo señor—dijo Fox, el segundo líder auxiliar. —Digamos que yo estoy a favor de las dos

opciones, la guerra y la paz. Ya saben que soy un hombre práctico. Hagamos lo que dijo ese científico...el tal James—Fox hizo una pausa y encendió un cigarrillo para él. Fox tenía un gran dominio de sus palabras las cuales estaban cuidadosamente pensadas.

>>El doctor James nos pide que hagamos otra visita, otra misión. Pues yo digo que se lleve a cabo esa misión, y que tenga múltiples objetivos como: científicos, de acercamiento diplomático...y también, y por qué no, comercial. Ellos tienen combustible, y al parecer lo tienen de sobra, y nosotros necesitamos combustible ¿No es así, Padre Defensor?

Marcus intentó interrumpir a Fox y éste con habilidad no lo permitió:

—Ya voy a terminar, general Marcus. Ahora, si estos “zombis inteligentes”—Fox hizo señal de comillas para resaltar “zombis inteligentes” —intentasen alguna agresión contra nosotros, o qué sé yo, si nosotros descubriésemos algún tipo de conspiración, pues estoy con la opción de atacarlos y exterminarlos. Como dije antes, solo soy un hombre práctico.

— ¿Ya terminó, segundo líder?—preguntó Cornelius.

—No señor. Deseo agregar una cosa más.

—Adelante—Cornelius le dio otro permiso de palabra a su segundo líder auxiliar y luego se volvió a levantar de su asiento para volver a caminar de un sitio a otro (caminar de un lugar a otro aumentaba su concentración).

—Si ese pueblo, fuese realmente una amenaza para nosotros yuviésemos que atacarlos antes que ellos nos ataquen a nosotros. Podemos entonces usar a los cuatro grupos de cazadores como un ejército de avanzada para hacer el trabajo más sucio. Después de todo, no existe alguien dentro de nuestras murallas que lloraría por ellos. Además, son grandes combatientes con mucha más experiencia que nuestras Fuerzas. Eso es todo, Padre Defensor.

El general Marcus no había tomado en cuenta a los cazadores. Era una gran idea que aportaba Fox en caso de que todo se fuese por el caño e inevitablemente tuviesen que atacar.

Capítulo XXXIV.

Durante el servicio fúnebre de Ricardito, el cual se llevaba a cabo en nuestra casa, me causó sorpresa que tantos zombis asistiesen para darnos sus condolencias. Zombis que nunca conocí vinieron a brindarnos algunas palabras de consuelo y también a ver por ellos mismos el cuerpo sin vida de mi hermano menor. Había tantos no-muertos entrando y saliendo de mi hogar que daba la sensación que todo el Distrito Death había asistido al funeral. Hasta vinieron casi todos mis compañeros de la preparatoria, también asistieron mis profesores y la directora Gutiérrez quien visiblemente estaba afectada por lo de mi hermanito.

Lolita siempre estuvo en casa, ayudaba a mi madre a atender a los zombis que iban llegando. El señor Carvajal estaba presente con su hija Alexa, quienes también nos dieron sus sentidos pésame. Por otro lado, se había levantado un rumor que la misma presidenta Rosa haría acto de presencia en mi hogar.

El asesinato de mi hermano se había convertido en el tema principal en todo País Zombra. La gente seguía de cerca el desarrollo del caso por el nuevo periódico “Amanecer Z”. Hubo desde luego cierto grado de sensacionalismo y cierto morbo en todo, pero la mayoría de los ciudadanos zombis estaban verdaderamente interesados en que se resolviera todo el asunto y se atrapara al asesino de tan horrendo crimen.

Capítulo XXXV.

Las Fuerzas Z eran realmente muy reducidas para defender a toda una nación y la presidenta Rosa lo sabía. Ella, al igual que el resto de los presidentes había confiado que La Periferia era impenetrable. Pero ahora el panorama había cambiado.

—Pudo haber sido un accidente—indicó la Maestra Rosa.

— ¿Un accidente?, ¿pero cómo?—preguntó el Maestro Skin. —El niño ha sido encontrado con el cráneo roto.

La presidenta había meditado en la posibilidad de que el niño intentase morder a los humanos que se habían infiltrados, y éstos en defensa propia hicieron uso de la fuerza, lo cual era de esperar de los humanos ya que siempre han estado bajo ataque de los infectados, por lo que ella dijo:

—Tal vez el niño los atacó y los visitantes entraron en pánico. No todos nuestros ciudadanos sabrían comportarse frente a los humanos.

—El punto es que volverán, presidenta. Ya saben que somos una sociedad—añadió el Maestro Octavio.

—Tarde o temprano esto iba a ocurrir, Maestro Octavio—indicó la Maestra Rosa. —Ya es hora de darnos a conocer. Ya que tenemos vehículos, podríamos enviar una comisión a la ciudad de los grandes muros y establecer relaciones con ellos.

— ¿Pero y qué tal si vienen a por nosotros y envían sus soldados y sus cazadores?—preguntó el Maestro Skin.

Hasta lo momentos el Maestro Carlos era el único que no intervenía en la conversación. Estaba analizando los dos puntos de vista.

—Presidente Skin—volvió a intervenir la Maestra Rosa para responder su pregunta. —Tenemos que apostar al camino de la paz. No tenemos nada que perder al intentarlo y mucho que ganar si logramos un acercamiento positivo con los humanos.

—Pero...no nos perdonarán jamás, presidenta Rosa. En nuestras vidas pasadas hemos acabado con miles de ellos, por no decir millones. Y aún hoy en día seguimos comiéndolos. Tal vez jamás podremos curarnos totalmente de nuestros deseos de comer carne y sesos de humanos. Ellos vendrán por nosotros, estoy seguro de eso.

Rosa no le respondió inmediatamente al presidente Skin, sino que giró su vista hasta dónde estaba el torso del presidente Carlos.

—Usted no dicho una palabra, presidente Carlos. Nos gustaría escuchar su opinión.

—Estoy con usted, presidenta Rosa. Ta vez lo del niño fue un accidente. Si lográsemos relaciones amistosas con la ciudad de los grandes muros podría ser de beneficio para todos. Aunque tengo mis reservas. Después de todo, somos zombis y hemos sido sus enemigos por años.

—Esto es lo que haremos, estimados presidentes—dijo la presidenta Rosa. —Mañana mismo mandaremos una comisión para hacer contactos con ellos en calidad de amigos. Al mismo tiempo nos prepararemos para defender todo País Zombra. Ahora, deseo ir al funeral de ese niño y dar mi consuelo a la familia para que ellos sepan que su presidenta está con ellos. Ustedes, Maestro Octavio y Maestro Skin, prepararán ahora mismo la comisión que saldrá mañana antes del amanecer para hacer un contacto de paz con la ciudad de los grandes muros.

Capítulo XXXVI.

—Padre Defensor, tengo que confesarle un asunto—dijo el doctor James. Había esperado que el líder se quedase solo.

—Adelante, doctor. Le escucho—contestó Cornelius quién había sacado un puro de su escritorio.

—Hubo una anécdota que no conté en mi conferencia—James miraba como Cornelius encendía su habano con un precioso yesquero de plata. —Cuando nos acercamos a la ciudad, un niño zombi nos sorprendió. Era inofensivo, pero por su aspecto de infectado, uno de nuestros soldados se alarmó y le apuntó con su arma. Luego el teniente Benson logró calmarlo, haciendo que bajara su fusil. Posteriormente este niño zombi empezó a hablar con nosotros, tal como lo haría un niño de nuestra ciudad.

Cornelius empezó a caminar de un lugar a otro, fumando su habano y sin mirar al doctor James, pero muy atento a lo que éste relataba.

—Fue de este niño que pude extraer una muestra para el estudio que hicimos—continuó el doctor—. Entonces, mientras estaba recolectando la muestra, el niño al parecer sintió deseos de mordirme. Se había convertido en un salvaje por un instante. Yo lo empujé y cayó al piso, luego el infante se levantó para atacarme otra vez. Pero no llegó hasta mí porque el soldado que hace momento estaba nervioso, le partió el cráneo acabando así con su vida.

James sintió quitarse un gran peso de encima. Cornelius hizo una pausa en su andar y se sentó en el borde de su escritorio, sin dejar de fumar su puro.

—Y bien doctor, ¿por qué no contó esto en la reunión?—preguntó Cornelius y esta vez sí miraba de frente al doctor.

James pensó unos segundos antes de responder.

—Por un par de motivos, Padre Defensor. Primero, porque no deseo que el comportamiento de este niño sea tomado como conducta general de toda la población de esa peculiar ciudad, justificando así un ataque contra todos ellos. Y segundo, porque a estas alturas, ya ellos deben saber que el asesinato fue perpetrado por humanos que se infiltraron en su ciudad, pudiendo ellos tomar represalias. Así pues—James hizo una pequeña pausa—Padre Defensor, estamos en a las puertas de un conflicto, el cual podemos resolver de la mejor manera.

Cornelius empezó nuevamente a caminar de un lugar a otro, pero siempre manteniéndose en la misma línea de ida y de vuelta. Al rato se paró y volvió a sentarse al borde de su escritorio.

—Bien—dijo el líder. —Gracias doctor por contarme este importante detalle. Y puedo entender sus razones por no haberlo mencionado antes. Ahora, lo mejor que podemos hacer para resolver ese conflicto: es confesar a los líderes de esa ciudad que nosotros fuimos los culpables de la muerte de ese niño, pero explicando que fue algo accidental y que estamos dispuestos a enmendar esa terrible falta.

>>Y por ahora doctor, sigan preparando la siguiente misión. Yo contaré esto a mis generales y a los líderes auxiliares. Estoy seguro que ellos apostarán por una salida pacífica a este serio inconveniente presentado.

—Gracias, Padre Defensor.

—Pero, debe saber algo, doctor—dijo Cornelius y se acercó a James. —Si los líderes de esa ciudad no aceptasen nuestras disculpas y deciden tomar venganza por la muerte de ese niño zombi. No dudaré en responder con fuerza a fin de preservar las vidas de los míos ¿Queda claro, doctor?

—Totalmente, Padre Defensor.

No fue necesario que la siguiente misión, la L-82, viajase hasta Ciudad Zombi para disculparse por la muerte accidental del niño, ya que en frente de los portones del norte de Ciudad Álamo, se encontraba una delegación de ciudadanos zombis. Méndez como de costumbre estaba limpiando a sus caballos cuando dos vehículos sin protección alguna, salvo su carrocería original, estaban estacionados frente a los portones del norte.

— ¿Son los zombis esos?—preguntó Electra quien ayudaba a Méndez a asear los caballos.

—Sí—contestó Méndez.

Electra así como sus demás compañeros estaba asombrada, era como ver a seres extraterrestres de algún lejano planeta llegar y aterrizar en sus naves espaciales.

El primer portón se fue abriendo y los vehículos entraron al punto de revista. Los soldados de la casilla de prevención estaban llenos de prejuicios, sentían miedo y odio ante esos seres, pero no le pusieron ni un dedo encima ya que el mismo Cornelius así lo había ordenado. Una vez que se dio la revisión de los vehículos y la de sus tripulantes, el portón interior se abrió. Los dos vehículos avanzaron, al frente iba el mismo carro rojo que había divisado la L-81 y detrás iba una vieja camioneta ranchera de los años setenta pero que estaba muy bien conservada.

El capitán Smith y sus soldados se bajaron del carro rojo una vez que se detuvieron en un estacionamiento. El cabo Guzmán abrió la puerta trasera de la ranchera y de ella se bajó una hermosa mujer zombi de piel verduzca y cabello rojizo ondulado, estaba en una sola pieza e iba vestida de manera elegante, su nombre era Claudia, y había sido designada como representante de los cuatro presidentes de País Zombra. Era la embajadora.

El doctor James y el teniente Benson fueron los primeros en recibirlos. Benson había preguntado algo en forma de susurro al oído del doctor:

— ¿Estás seguro que no son peligrosos?, ¿si les doy la mano, no me irán a contagiar, verdad?

—Descuide, teniente. En todo caso, contagian es a través de una mordida.

Detrás del teniente estaban tres personas de poder dentro de la ciudad amurallada: el líder auxiliar Fox, el general en jefe Marcus y el general Suárez.

—Bienvenidos a Ciudad Álamo—expresó con suma cordialidad el doctor James y extendió su mano para saludar.

La embajadora Claudia extendió también su mano color verdusca pero de aspecto suave y elegante, y estrechó con fuerza la mano del doctor James. A través de ese enérgico saludo empezaría la unión de dos mundos, el de los humanos y, el de los “humanos Z”, quienes empezarían a ser llamados así por el doctor James.

—Gracias—dijo la hermosa zombi. — ¿Con quién tengo el gusto?—preguntó luego.

—Soy el doctor James, y éste es el teniente Benson—mencionó el doctor.

Claudia extendió su mano para saludar al teniente, y éste no extendía la suya, estaba como paralizado. El doctor James dio un disimulado codazo al teniente y acto seguido el oficial correspondió con el saludo estrechando su mano, sintió el tacto frío de la mano de la embajadora pero percibió que su mano era tan suave como la de una mujer de Ciudad Álamo, además, al teniente le pareció muy bella aquella mujer zombi y se sintió intimidado por la inteligencia que irradiaba, y a ella le pareció atractivo e interesante aquel joven oficial.

—Le quiero presentar a algunos líderes de nuestra ciudad que han venido a recibirles en nombre de nuestro Padre Defensor—comunicó el doctor y acercó a la embajadora ante las persona antes mencionadas. —Él es el Segundo Líder Auxiliar, el señor Fox—Claudia sonrió y extendió su mano para saludar, pero Fox no extendió la suya y solo dio una sonrisa forzada, de igual manera actuó el general Marcus; en cambio el general Suárez dio un caluroso saludo a la embajadora que la hizo sentir cómoda nuevamente.

Claudia y su escolta de seis militares de la Fuerza Z fueron conducidos en un Homvee al edificio sede del gobierno de Ciudad Álamo. Cornelius vería por sí mismo a aquellos interesantes seres que venían en son de paz. Sería el principio de una alianza que traería prosperidad a ambos pueblos.

Capítulo XXXVII.

La ética del joven doctor James pertenecía a la vieja escuela, de ninguna manera se permitiría experimentar con humanos, pero en aquel momento, donde el Virus Z al parecer le estaba brindando una tregua a la humanidad. James tenía que hacer una excepción en sus experimentos. Tenía a tres hombres que se habían ofrecido como voluntarios para a fin de experimentar con ellos, eran desde luego condenados que habían recibido sentencia muy largas por asesinato, pero ahora tenían una oportunidad para redimirse, y claro está, de salir vivos, sus condenas serían reducidas a más de la mitad, sumado a que su estancia en la cárcel de Ciudad Álamo sería, por así decirlo, placentera.

Con el transcurrir de los días, Ciudad Álamo y País Zombra, a pesar de sus marcadas diferencias, empezaron a tener relaciones entre sus gobiernos y entre el personal científico—con mucho recelo por ambas partes—, pero eso era mil veces mejor que estar en conflicto. Estas relaciones se hicieron algo más cercanas cuando James y la doctora Sarah, descubrieron que el Virus Z que portaban los ciudadanos de País Zombra, ya no era en ninguna forma contagioso. Y James, a partir de ese descubrimiento, sabía que se podía encontrar la forma de ser inmune al “Virus Z original”, y en teoría, también se podía acelerar la rápida evolución del Virus Z en zombis de etapa original. La humanidad entera—lo poco que quedaba—podrían volver a expandirse sin temor alguno por toda la faz de la Tierra, lo cual se convertía en una nueva era post diluviana; pero se tenía ahora que aprender a convivir con los nuevos seres humanos, o los humanos Z.

—Embajadora Claudia, me es grato verla nuevamente—dijo el teniente Benson, un hombre de veinticinco años de edad, de ojos azules vivos y una calvicie temprana que empezaba a mostrar en sus entradas. Su porte era de militar ejemplar, atlético y lleno de energía.

—No me diga embajadora, teniente. Llámeme simplemente Claudia.

—Entonces usted no debe llamarme más por mi rango de oficial. Benson está bien.

Benson era un hombre soltero, dentro de su carrera militar no había espacio para las mujeres, así había decidido él por ciertas circunstancias de su vida privada, pero ahora se veía doblemente contrariado: primero porque aquella embajadora zombi de cabello rojo, hermosa de rostro y de finas maneras, le causaba mucha atracción; por otra parte también se veía contrariado porque ella era un zombi, una no-muerta, y ya entre sus camaradas se había colado el chisme de que él y la zombi pelirroja de la “Ciudad Zombi”, tenían un romance, lo cual se veía claramente como una gran abominación.

—Entonces te diré Benson.

El teniente había acompañado a la embajadora hasta su habitación, tomando su muy reducido equipaje.

—Benson, deseo hacerle una pregunta—comunicó la embajadora una vez que él estaba

dentro de la habitación con ella, pero sin cerrar la puerta de ésta.

—Adelante, Claudia. Puede hacerme la pregunta.

—Nadie en esta ciudad es tan especial conmigo como lo es usted ¿Yo le atraigo?

Claudia había sido terriblemente directa.

—Creo que parece obvio. Se me debe notar a kilómetros—murmuró Benson casi para sí mismo. —Sí Claudia, usted me atrae. Es usted muy bella e inteligente.

—Pero Benson...usted está tocando un terreno desconocido. Nuestras civilizaciones no están preparadas para algo así.

—Y de seguro tampoco yo. Disculpe embajadora Claudia.

—Eh, eh, dime Claudia, al menos cuando estemos solos. El hecho de que este terreno sea desconocido no pensará usted comportarse conmigo de manera seca y distante.

Claudia era una mujer zombi de casi un metro ochenta y Benson apenas la superaba por unos escasos cinco centímetros.

—Disculpa, Claudia. Ahora te pregunto yo a ti... ¿te atraigo, o simplemente eres cordial conmigo porque eres embajadora y te muestras especial con todo los extranjeros a tu país?

Claudia hizo una ligera mueca de incomodidad. Ella era consciente de su importante papel en el mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos pueblos. No estaba allí para probar aventuras amorosas con seres de otra especie.

—S te dijera que te trato de manera especial por simple cordialidad y diplomacia, ¿cómo te sentirías?

—Me sentiría terriblemente mal. Pero podría superarlo, no soy un niño.

—Y si te dijera que si me atraes.

—Cerraría esa puerta y la besaría en este preciso momento.

—Entonces cierre la puerta.

Capítulo XXXVIII.

*

Lolita me visitaba con frecuencia en mi casa y se mostraba siempre servicial con mi madre, cosa que la ayudó mucho a sentirse mejor con respecto al dolor provocado por la pérdida de su hijo menor. Y en lo concerniente a mí, Lolita me daba un trato de amistad, algo distante. Y claro, yo sabía la razón de ese trato.

— ¿Por qué actúas así conmigo?—le pregunté cuando se quedó sola en la cocina de mi casa mientras mi madre fue a asear la ropa.

— ¿Así cómo?—me contestó en forma de pregunta.

—Olvídalo—le dije y le di la espalda para irme a mi habitación.

Cuando iba llegando a la escalera para subir a mi cuarto, ella me dijo en voz alta:

— ¡Tú sabes porqué!

Me regresé, esta vez sin actitud defensiva ni evasiva.

—Lo siento, Lolita. Fui un imbécil, no supe cómo actuar.

—Soy tu novia, Ricardo. Y ese día sentí que me habías abandonado de la manera más cobarde.

—Lo hice porque...—hice una corta pausa y no supe qué agregar en mi defensa.

— ¿Qué pasa?, ¿no tienes las palabras?

—No—contesté mirando al piso.

—Ricardo, ya esto no funciona—dijo Lolita y se marchó.

Me quedé viéndola marchar, no hice nada para retenerla, no tuve el valor.

A los dos días de que Lolita se marchó de mi casa, mi padre me sugirió que volviese al trabajo con mi tío en su granja de recolección. Por primera vez en mi “no-vida” aprecié el trabajo, en especial ese trabajo de recolección. El levantarse con el canto del gallo para laborar y luego terminar hasta que el sol se ocultase. Eso me proporcionó un gran bálsamo contra el dolor por la ausencia de mi hermano y al mismo tiempo por la rotura de Lolita.

Cuando hube empezado nuevamente el trabajo con mi tío, él me proveyó de un salario como a uno de sus obreros; con el correspondiente descuento por comida y vivienda, y al no poseer más gastos, salvo lo ante mencionado, tuve el poder de ahorrar mi dinero sobrante.

País Zombra aceleraba su desarrollo, el próximo proyecto a ejecutar iba a ser en comunicaciones. Se empezaría a usar la radio en sus diferentes bandas de acuerdo a su uso y necesidad, y pronto se comenzaría a emplear la telefonía. Todo ese empuje de nuestra nación se debía a que País Zombra había hecho un acercamiento con la nación de los humanos del otro lado de La Periferia.

Recuerdo una tarde después de trabajar que, mi tío, sus obreros y yo sentimos una gran emoción cuando escuchamos la radio FM por primera vez, al menos primera vez como zombis—era un programa de radio con música en vivo tocada por ciudadanos zombis. Sentimos orgullo por aquello, era nuestra propia cultura que gracias a la radio se multiplicó por los cuatro distritos del país. En las pausas del programa de radio había algo a lo que llamaban “publicidad”, y allí hablaban de productos fabricados por las empresas del señor Carvajal y también de empresas que eran de Ciudad Álamo—así era el nombre de la nación de los humanos, un país rodeado de grandes murallas. Dicha publicidad era muy atractiva, yo por mi parte sentí el deseo de ir al distrito y comprar algunas cosas de las que se anunciaban, y como tenía dinero podía ahora hacer compras para mí.

—Mañana quiero que vayas al distrito y compres esas vitaminas—me anunció mi tío sobre unas vitaminas que hacía a los animales más fuertes y sanos.

Vitaminas y otros productos nos fueron llegando a nuestro País y rezaban en sus etiquetas: “*Made in Ciudad Álamo*”. Los obreros también me pidieron que le comprase algunas cosas para ellos. Comprar ahora se había convertido como una especie de fiebre y los zombis tenían dinero para comprar los productos anunciados por la radio, en especial aquellos que eran novedosos para nosotros y que estaban manufacturados por los humanos de la ciudad de los grandes muros.

Tomé el bus de las ocho de la mañana para irme al distrito y al llegar a éste pude apreciar mucho más vehículos que antes circulando por las calles y me fijé que las tiendas del distrito estaban llenas de zombis, casi todos comprando. Mi primera sensación fue sentirme agobiado o apretujado, tal vez ello se debía a que venía de la tranquila y casi despoblada zona rural del Distrito Death.

Lo primero que hice fue dirigirme a la tienda de Alexa, no la veía desde el funeral de mi hermano, lo cual era hace un considerable tiempo. Entré a su tienda y allí estaba ella, rodeada y apretuja de muchos zombis comprando. Daba órdenes a sus empleados y ella misma ayudaba a atender a los clientes. También en la tienda estaba sentado en el mismo banco y en el mismo rincón, el zombi gigante que era su guardaespaldas. Tenía un periódico entre sus manos como aquella vez.

— ¡Ricardo!—me gritó ella, estaba hermosa y sumamente atractiva, como siempre.

Se acercó hasta mí, me besó en la mejilla y me susurró al oído:

—Tienes que raptarme, Ricardo.

Capítulo XXXII.

Fox, el segundo líder auxiliar, recibía una peculiar visita de alguien que intentaba ocultar su identidad yendo vestido como un pordiosero. Sin su traje negro y sin sus botas nadie jamás sospecharía que se trataba de Trodo.

—Amigo, te ves algo más delgado—dijo Fox, quien ya reconocía a Trodo en todas las indumentarias que usaba para alterar su identidad.

—Tú tampoco te vez muy bien que digamos, “Segundo Líder”—Trodo hizo énfasis en las dos últimas palabras.

Con la repentina prosperidad de Ciudad Álamo y Ciudad Zombi, Trodo había recibido un duro golpe, perdiendo por completo el monopolio del combustible. El líder Cornelius, con más combustible para los suyos, había comenzado, sin perder un minuto de tiempo, la expansión de su ciudad amurallada y por lo tanto las cosas marchaban muy bien, pero no para Trodo y no tanto para la familia de Fox quienes eran los dueños de la empresa distribuidora del combustible, los antiguos compradores de Trodo. Con la abundancia de diesel y gasolina, Cornelius diversificó la distribución en otras empresas, lo que hizo que el muy elevado precio de aquellos derivados del petróleo bajara a la mitad.

—Amigo Trodo, estamos siendo relevados por otra rueda de engranaje más grande que nosotros.

—Pero podemos sacar esa rueda—sugirió el cazador.

—No lo creo, es muy grande y muy pesada.

—Entonces podemos averiarla, algo así como hacer una fisura en uno de sus dientes hasta que por su propio peso se resquebraje.

—Me sorprender usted, mi viejo amigo cazador. Está usted lleno de sorpresas. Por cierto, he sido un maleducado, no le he ofrecido un trago.

Fox tomó una botella de un fino brandy de su bar y un par de vasos de cristal. El licor color ámbar empezó a llenar los recipientes haciendo un sonido agradable.

—Tome—dijo Fox ofreciendo el vaso a Trodo. —Escucho su plan para crear esa fisura—expresó el segundo líder.

—¿Plan? Yo no tengo ningún plan, míster Fox. Yo solo tengo esto—Trodo colocó una pequeña memoria sobre el escritorio de su interlocutor y arrojó su acostumbrada mueca maquiavélica.

El segundo líder auxiliar sintió una enorme atracción por los archivos que estarían allí guardados, tomó la memoria y la insertó en su portátil. Todos los archivos eran solamente vídeos, y había nada más que tres. Le dio play al primero que decía “vídeo 1”. Una persona común y corriente hubiese hecho un gesto de repulsión por lo que se mostraba en el vídeo, pero Fox estaba muy lejos de ser común y corriente, una extraña y casi imperceptible sonrisa se mostraba en su

rostro.

— ¿Los otros vídeos son semejantes?—preguntó Fox sin terminar de ver el primero.

—Son semejantes, pero el tercero es el mejor.

—Con esto no sólo haremos una fisura en la rueda, estimado cazador. Con esto podemos dañar todo el mecanismo.

—Pues eso lo dejo en sus manos. Gracias por el brandy—dijo Trodo y se marchó.

Fox, luego de crear varios respaldos de aquellos tres vídeos, sacó la memoria de su portátil y la puso a la altura de su rostro, sosteniéndola solo con sus dedos pulgar e índice.

—“Estás lleno de sorpresas, amigo Trodo...lleno de sorpresas”—habló Fox para sí mismo.

Capítulo XL.

Benson sentía su boca, estaba fría, pero al fin él la estaba besando.

Claudia, la mejor funcionaria de la presidenta Rosa había sucumbido a sus pasiones, poniendo en peligro las frágiles relaciones entre dos mundos distintos que en el fondo eran enemigos comunes, porque simplemente eran humanos de un lado y zombis del otro. Pero ella, Claudia, a pesar de ser una zombi, también tenía debilidades, y la suya era aquel hermoso y joven teniente que la besaba con pasión sin importarle en modo alguno de que ella era una no-muerta. Tenía que ser muy intenso lo que sentía él por ella, de eso no podría haber ninguna duda. Y eso le encantaba a ella, la hacía sentir humana completamente, como lo era antes, aunque no lo recordaba del todo, pero lo imaginaba con avidez.

—Tu boca es cálida—le comentó la embajadora luego de separar su boca de la de él.

—Y la tuya es fría—contestó Benson y la volvió a besar, apretando su cuerpo contra el suyo.

Las manos del teniente estaban entrelazadas alrededor de las caderas de Claudia, el sintió su firmeza y sus ondulaciones, luego la llevó cerca de la cama y ambos se tumbaron sobre ella.

—Estás completamente loco, Benson—le dijo ella estando totalmente debajo de él.

—Estamos locos...“ambos”—le susurró y luego él se quitó su guerrera de camuflaje urbano y su sudadera de algodón quedando su torso y sus formados pectorales al descubierto.

Claudia tocó su pecho y sintió su agradable calidez, y también sintió el latir de su corazón. Ella dejó su mano allí, exactamente en el lugar del corazón y Benson sintió que ella estaba disfrutando de sus latidos, la mano de ella lo acariciaba levemente en ese lugar, él sentía su mano fría pero suave como la más fina seda de la China.

—Nuestros corazones no laten—le comentó ella y llevó la mano de él hasta su pecho, el cual era frío y sin ningún latido.

Claudia se empezó a sentir triste y el teniente se había dado cuenta cuál era la causa de ello.

— ¿Qué somos, Benson?—le preguntó Claudia, con su mirada fija en él. Luego continuó: — no estamos vivos, pero tampoco estamos muertos. Nuestros corazones no laten..., mi corazón no late.

Benson no tenía explicación científica para responder aquellas preguntas, aunque él sabía que esas preguntas representaban una forma de desahogo de Claudia más que un deseo de conocer la verdad.

—No te preocupes por los latidos de tu corazón, porque el mío late el doble, para mí y para ti—dijo Benson y la siguió amando.

Claudia se sentía feliz, y era cierto que no tenía respuesta para aquellas dos preguntas sobre su corazón y de su existencia, pero ambas preguntas no eran tan enigmáticas como el origen de la pasión de aquel humano que estaba con ella. Pero ella no le dio más vuelta al asunto, solo escogió

ser mujer, nada más, nada menos.

Capítulo XLI.

— ¿Has hecho lo que te dije?—dijo el viejo alemán, quién era el ingeniero de armas de Trodo.

—Tal cual—respondió Trodo.

—Ahora siéntate a esperar un poco, y verás cómo serás el primero en ganar más dinero.

—Eso espero, viejo—dijo Trodo y encendió un cigarrillo.

—Me queda poco tiempo de vida, Ismael—el viejo mencionó el verdadero nombre de Trodo y se acercó hasta él. —Te he enseñado muchas cosas, pero lo más importante que debes recordar es que la paz trae pobreza y miseria, solo la guerra y los conflictos traen la prosperidad.

Trodo sabía que el viejo pronto estiraría la pata y le iba a extrañar profundamente, aunque jamás Trodo expresaría con sinceridad sus sentimientos hacia él. El viejo era su mejor consejero, y también era, y por qué no, su mentor.

—Todos mis conocimientos sobre las armas reposan sobre esos dos chicos. Debes cuidarlos como me has cuidado a mí—expresó el viejo, quien también había encendido un cigarrillo. —Es curioso—añadió—, pero esto no me mató—se quedaba viendo al cigarrillo en su mano.

—Todos vamos a morir.

—Pero tú morirás lleno de riquezas, mi joven salvador.

Cornelius desde el balcón de su rascacielos, en el último piso, presenciaba todo el movimiento de construcción y expansión de Ciudad Álamo, ese sería uno de sus grandes legados a su pueblo, una Ciudad Álamo más grande y con más poder. Las relaciones entre él y la presidenta Rosa empezaban a hacerse más fuertes y la embajadora Claudia con su suave tacto diplomático y su notable inteligencia y carisma se había convertido en el nervio principal de esas estables relaciones.

Benson y Claudia estaban desnudos bajo las sábanas de la habitación del hotel donde ella se hospedaba. Al teniente le importaba un rábano que el mundo entero estuviese enterado de su relación con la embajadora, aunque él se esforzaba por mantener todo en serena discreción motivado por ella más que por él.

—Eres muy bella, ¿lo sabías?—Benson acariciaba su hermoso cabello. Eran las seis de la mañana.

—Sí, sé que soy bella, pero si tú no me lo dices dejaría de sentirme bella—respondió la embajadora, acariciando el hombro de Benson.

A las 8:00 am, Claudia tenía que estar frente a los líderes de Ciudad Álamo para mostrar el segundo informe económico de País Zombra. Allí se mediría el avance desde que los zombis decidieron aliarse con los humanos.

Benson y Claudia hicieron el amor esa mañana antes que ella se presentase en el edificio sede del gobierno. Ella se sentía feliz. Amaba su trabajo, amaba lo que hacía y también amaba a Benson.

El doctor James y la doctora Sarah lograban importantes avances para crear una vacuna de inmunidad en los humanos ante el primer Virus Z original, que aun estaba presente en el planeta, y también hacían estudios en zombis voluntarios—ciudadanos de País Zombra—a fin de suprimir por completo el comportamiento agresivo hacia los humanos y su peculiar apetito por comer personas sanas en especial sus cerebros. Si James lograba la supresión completa de tales anomalías en los zombis inteligentes, ambos pueblos gozarían de relaciones plenas.

—Y dígame, embajadora ¿Cuándo voy a conocer a su presidenta Rosa en persona? Por la seguridad ella no se debe preocupar, eso está garantizado—dijo Cornelius una vez que la presentación del informe económico por parte de Claudia hubo concluido.

—A principio del próximo mes, Padre Defensor—contestó Claudia. —Nuestra presidenta está ansiosa por visitar Ciudad Álamo.

Cornelius sentía un gran y genuino interés por conocer a aquella mujer zombi que con su sabiduría había hecho posible que dos pueblos antagónicos pudiesen estrechar sus manos. Por otro lado, Fox ideaba la manera de que País Zombra y Ciudad Álamo ya no fuesen más aliados, sino enemigos; no obstante, no podía encontrar la manera de acabar con tal alianza. Era cierto que la memoria que le había dado Trodo era un gran proyectil de enorme calibre, pero como todo proyectil, se necesitaba un arma para ser accionado, y allí estaba la dificultad. Y de no apresurarse, ambas naciones—de humanos y zombis—no serían solamente aliados, sino que hasta podrán convertirse en pueblos hermanos; eso jamás lo permitiría.

Capítulo XLII.

Había sido un día más de trabajo para Claudia y estaba en su habitación cansada, necesitaba comer la comida de su país y también algo de sangre fermentada, después de todo era una zombi y aunque ella podía controlar sus impulsos de no-muerta casi mejor que nadie en su país, no podía estar mucho tiempo en abstinencia, en especial al estar rodeada de miles de humanos. Ella se esforzó por apartar tales pensamientos, después de todo, la mente controla el cuerpo.

Tocaban la puerta de su habitación y ella ya sabía quién era.

—Benson—dijo con ternura al verlo.

El teniente entró y cerró la puerta. Traía consigo una botella de vino.

—Sé que ustedes no toman vino. Pero este te va a gustar, estoy seguro de ello—Benson mostraba de manera orgullosa la etiqueta de la botella. —Encontré este vino hace un tiempo en una expedición, ya no recuerdo el número de aquella misión.

—Cariño, sabes que no tomo eso.

—Vamos, anda.

Benson buscó dos copas, tomó el sacacorchos y luego la botella hizo un precioso sonido al ser destapada.

—Okey, pero es inútil, no sentiré nada. Pero lo haré por ti.

Claudia intentaba degustar el vino, no le era agradable, preferiría una buena copa de la mejor sangre fermentada que su país podía ofrecer.

Ella y su pareja estaban en el balcón de la habitación apreciando las estrellas, era una espléndida noche, la luna brillaba con intensidad y la luz de ese astro bañaba a la embajadora, haciéndola lucir más bella.

— ¿Quién serías antes del 2023?—le preguntó el teniente y apartaba con su mano un mechón de cabellos rojo que tapaba un lado de su cara.

—No lo sé, no tengo ni idea. A lo mejor fui una maestra de escuela.

—No lo creo, creo que fuiste Miss Universo—Benson se acercó a ella y acarició su rostro.

—No lo creo, yo prefiero pensar que fui una maestra de niños de primer grado.

Benson enlazó sus manos a la cintura de ella.

—O tal vez fuiste una bella maestra de escuela que un día, sus niños le pidieron que participara en un concurso de belleza, luego ganaste y fuiste a otro concurso y también ganaste, hasta que te hiciste Miss Universo, y desde allí fuiste la maestra de escuela más linda del mundo.

—Eso me gusta más—dijo Claudia y colocó sus brazos alrededor del cuello de él.

El joven oficial y la embajadora se empezaron a despojar de sus ropas, allí mismo en el

balcón, y desnudos se fundieron en un beso donde la noche con todos su astros iluminaban su amor. Benson la cargó y la llevó hasta la cama. Entonces algo empezó a suceder dentro de Claudia, sentía que se le nublaba la vista en un tono rojizo, pensó por un momento que se debía a la pasión por su amante, empezó a sentir algo como una lujuria muy intensa; sintió un deseo por la carne del oficial, la excitó su fragancia a carne fresca. Benson sintió a su amante más intensa, ya no era tierna, sentía su cuerpo tensarse, luego sintió que algo lo desgarró cerca de su hombro y sintió un enorme dolor.

Capítulo XLIII.

—¿Qué dices Alexa?—le susurré—, no te puedo raptar, tu guardaespaldas Gulliver me haría pedazos.

—Olvídate de él. No va a dejar seguirnos, pero le diré que me dé algo de privacidad.

—Tu padre no lo aprobaría.

—Pensé que eras valiente, pero ya veo que no—Alexa bajó la mirada e hizo un gesto de desilusión.

Me quedé un instante reflexionando, luego miré a Gulliver y él bajó un poco el periódico que leía para verme también a mí.

—Joder—expresé—, está bien ¿A dónde iremos?

—No sé, tú eres él que me vas a raptar. Sorpréndeme.

Antes de salir de la tienda, Alexa dijo algo al oído de su guardaespaldas y éste me arrojó una mirada llena de odio.

—Es hermoso este lugar—dijo Alexa. Estábamos muy cerca al río Death en las proximidades de la plaza principal de la ciudad.

—Vaya que sí lo es, cuando estaba en la preparatoria venía a menudo—mencioné. Alexa y yo estábamos acostados sobre el césped. —¿Estás segura que tu gigante ogro no nos está vigilando?

—Estoy segura, Ricardo. Pero olvídate de él, no le contará nada a mi padre ni a mi madre de este encuentro. Conseguí la forma de manipularlo. Ahora, hermoso zombi, creo que me debes muchos besos—Alexa se había acostado encima de mí y su cara estaba bastante cerca a la mía.

Por ese instante me había olvidado de todas las encomiendas de mi tío y la de sus obreros, me olvidé de Gulliver, del padre de Alexa y de cualquier otra cosa que pudiese arruinar ese momento.

—Tú también me debes muchos besos—le dije y la besé con mucha fuerza y ella correspondía de igual manera. Mis manos estaban en sus caderas. Todos los sonidos que el paisaje natural podía ofrecer, desaparecieron al igual que todas mis preocupaciones.

Alexa y yo estuvimos a la orilla del río Death, casi todo el día. No pude comprar nada y tampoco pude regresar, solo alcancé a mandar una nota con mi tío en el último bus del día que iba para la zona rural. En la nota explicaba con honestidad lo que había ocurrido, que me había quedado con una chica, que no pude comprar nada y que lo haría al siguiente día. También escribí que pasaría la noche en casa de mis padres, y desde luego pedí ml disculpas; disculpas que no serían aceptadas. Mi tío me descontaría dos días de salario y peor aún, iba a perder su confianza para ir otra vez al distrito y hacer otras compras. Pero ese día entero que pasé con Alexa valió la pena, incluso, también había pasado casi toda la mañana con ella ya que me acompañó a hacer las

compras. Cuando me despedía de ella le pregunté.

— ¿Crees que podamos ser novios algún día?

Ella se quedó callada como por medio minuto.

—Sí, seremos novios, mi hermoso zombi, pero no en estos momentos—me respondió y me dio una especie de beso de consuelo.

Luego de ese beso abordé el bus del mediodía de camino a las zonas rurales, mi aventura amorosa había llegado a su fin, iba atareado con muchas compras; al menos habían conseguido todo lo que me habían solicitado comprar.

Llegué a la granja con todas las compras y mostraba mi mejor cara de pendejo inocente.

—Tu tío está hecho un jodido ogro—me comunicó uno de los obreros cuando puse un pie dentro de la granja.

Había recibido mi castigo, me descontaron dos días de salario, el cual mi tío de manera justa dio a sus obreros, por ellos hacer mi trabajo. Y bueno, solo los Cielos sabían cuando volvería ir al distrito. Pero había quedado bañado de Alexa lo suficiente para soportar. Decidí escribirle algunas cartas que le envié durante dos lunes, no había obtenido respuesta de ella sino luego de dos semanas después de mi segunda carta, en ella me explicaba algo que me había hecho tambalear e hizo que me sintiese deprimido y jodido.

Aquí un resumen de lo que me escribió:

“Mi estimado amigo y compañero Ricardo. La presente es para dejar claro algunas cosas entre tú y yo...Noto que estás enamorado de mí, lo cual es bello y me hace sentir feliz, pero no podré ser tu novia; sé que te había respondido que sí, que tal vez sería tu novia algún día. Pero la realidad es que no podré, verás, pertenecemos a dos mundos diferentes, mis padres no permitirían que fuese tu novia y mucho menos tu esposa... ¿Te recuerdas de Gustav?, pues bien, sus padres y los míos han planificado nuestra boda para dentro de un año. Él no me gusta mucho que digamos, pero somos de mundos iguales y sabes a qué me refiero. No deseando ofenderte con esto. Lo que pasó ese día frente al río fue algo loco de mi parte, me había dejado arrastrar por mi pasión y tú eres un zombi muy hermoso, y te confeso que quería besarte y pasar un momento contigo antes de casarme ...Te deseo todo lo mejor, espero no me guardes rencor y me sepas entender...Mi amistad estará abierta para ti, siempre.

Post data: puedes venir a mi tienda cuando lo necesites, siempre tendrás un descuento especial.

Sinceramente: tu amiga y compañera de preparatoria, Alexa Carvajal”.

Y así fue como me quedé solo. Fue por causa de Alexa que fui expulsado de la preparatoria y ahora ella llegaba a mi vida para separarme de Lolita, ahora me da una patada por el trasero explicándome que nuestros mundos son diferentes, es decir, yo soy pobre y ella rica. No hay duda que solo fui un trozo de carne del placer para ella. Pero supongo que todo es mi culpa, es mi culpa, tiene que serlo.

Vaya año para mí, fui expulsado de la preparatoria, Lolita me dejó y ahora Alexa me cortaba las patas de un buena y jodida vez. Y lo peor de todo ha sido la muerte de mi hermano, así llegó el desarrollo para mí, parece que fueron los beneficios del combustible que tanto añoraba. Ahora me encuentro trabajando todos los días en una granja de recolección. Puta sociedad de mierda, puta preparatoria, puta sociedad de ricos y pobres, malditos asesinos de mierda, que se jodan todos, que se jodan todas, que se jodan las chicas zombis, que se joda Alexa y su arrogante y pedante Gustav del carajo. Y finalmente que me joda yo, por haber logrado que Lolita me dejase.

Capítulo XLIV.

Benson ahogó un grito de dolor e intentó quitarse de encima a Claudia, pero ella era fuerte. La embajadora intentó morder su rostro, su boca estaba muy cerca de la cara del teniente. Benson no tuvo más remedio que darle un fuerte golpe en su mejilla y después la empujó quitándosela de encima.

— ¡Claudia!—gritó Benson, la sangre le corría desde el hombro hasta su brazo y ella tenía la boca teñida de rojo. — ¡Claudia! ¡Joder!

La embajadora estaba volviendo en si misma, su vista se hacía borrosa, luego se desmayó.

Benson casi entraba en shock por la fuerte impresión, se esforzaba por calmarse, la herida le dolía mil demonios. Fue hasta el baño y se vio con detenimiento en el espejo; Claudia le había sacado un pequeño tajo de carne, improvisó una compresa con una de la toallas blancas del baño, la cual se manchó de rojo, después se puso abundante alcohol en la herida, volvió a reprimir un terrible grito de dolor y puso nuevamente la compresa sobre su hombro. “No puedo decirle a nadie sobre esto”, pensó, pero tenía esa herida y necesitaba ser curado, hasta que tuvo una idea: “James...eso es, llamaré al doctor James”.

En menos de veinte minutos, James estaba en la habitación de la embajadora y además había venido con la doctora Sarah.

—Tranquilo, Benson. La doctora Sarah es confiable—dijo James luego que el teniente le preguntase por la doctora.

— ¿Dónde está la embajadora?—preguntó James y al mismo tiempo la doctora Sarah había abierto un maletín médico para empezar a atender la herida de Benson.

—Está en el cuarto, aún sigue desmayada—contestó el teniente.

—Es interesante, hasta donde yo sé lo zombis no se desmayan.

James se acercó hacia la embajadora y sin perder tiempo le hizo algunos estudios. Claudia se despertaba y ya el doctor había revisado sus ojos, tomando muestra de saliva y chequeó su tórax. Cuando la embajadora estaba despierta completamente pudo recordar lo que había pasado. Había mordido y arrancado un pedazo de carne de su amante.

—Lo siento mucho, Benson—alcanzó a decir ella, aún estaba aturdida.

—No te preocupes, Claudia. No ha sido nada—contestó el teniente quien ya tenía una gaza y adhesivos cubriendo su herida en el hombro.

—Embajadora, tendré que hacerle algunos estudios y una serie de preguntas que quiero que me responda con franqueza. Le prometo que puede contar con toda la discreción de mi parte y de la doctora aquí presente—dijo James y Claudia asintió con su cabeza. —Ella es la doctora Sarah es mi principal compañera en las investigaciones que llevamos a cabo sobre el nuevo virus y su sociedad.

—Mucho gusto, embajadora. Finalmente es un honor conocerle—se presentó la doctora extendiendo la mano.

James y Sarah se quedaron una hora haciendo un conjunto de preguntas a la embajadora.

—Sentí hambre. Llevo días sin comer la comida de mi país que básicamente son animales e insectos vivos, así como una preparación de sangre que solemos tomar.

Benson notaba que ella tenía vergüenza de hablar de su dieta de zombi frente a él, pero al teniente no le importaba en absoluto, él había tomado el riesgo y ese riesgo valía la pena. La embajadora continuó respondiendo las preguntas del doctor:

—Sentí que se me nubló la vista, el ambiente o el entorno me parecía de un color rojizo. Y quise morderlo—Claudia empezó a sollozar y Benson se le acercó para abrazarla. —No me pude controlar, no sé qué pasó, yo...yo...—Claudia seguía sollozando—, fui escogida por la presidenta Rosa para representar mi país y se supone que puedo controlar mis impulsos. He fracasado.

—No ha fracasado embajadora Claudia—, puedo deducir lo que le ha ocurrido, por ahora sería una conjetura. Pero lo que ha pasado, creo que se debió a su larga abstinencia de su dieta o mejor dicho, de la comida de su país. Tal vez una larga abstinencia de ese tipo puede afectar químicamente su cerebro, haciendo que solo trabaje su parte reptiliana. Así que, lo que el doctor le va a recetar inmediatamente es algunos ratones de experimento que tenemos en el laboratorio.

Al cabo de media hora, la doctora Sarah había vuelto con una jaula llena de ratones y algunos hámsteres.

—Vamos, Benson. Dejémosla sola. A mí no me gusta que me vean comiendo cuando estoy hambriento, supongo que a la embajadora tampoco—solicitó el doctor James.

El doctor y la doctora, junto al teniente Benson habían bajado un momento al vestíbulo del hotel mientras Claudia tenía un momento a solas.

Las ratones y los hámsteres emitieron un breve chillido al sentir la fuerza de los músculos maxilares de la embajadora quien cerraba los ojos de entero placer al comer por fin una comida fresca y de entero provecho para ella.

—Benson, como dije allá arriba. Estoy casi seguro que se trata de un síndrome de abstinencia. Y no hay mucha diferencia entre los zombis y nosotros, si pasáramos varios días sin comer, de igual manera nuestro cerebro reptiliano se apoderaría de nuestra parte inteligente y racional—dijo James al notar la cara de precaución del joven oficial.

—Es cierto, teniente—añadió la doctora Sarah—. Me pongo a su orden para conseguir algo de comer a la embajadora.

—Gracias, han sido ustedes muy amables.

—Venga macho, deja esa cara—James intentaba dar ánimos a Benson y sin quererlo le dio una palmada en el hombro herido. El teniente hizo un gesto de dolor. — ¡Oh!, lo siento—exclamó James—, se me ha olvidado. Por cierto, tienes que ir todos los días al laboratorio, vamos a hacer seguimiento esa herida. Tienes suerte de que te mordió una humana Z, si hubiese sido un zombi serías un podrido ahora mismo.

Capítulo XLV.

La presidenta Rosa haría su visita a Ciudad Álamo el primero de septiembre del 2030, solo faltaba un día para recibirla. Cornelius finalmente conocería en persona a su homóloga. Sería un gran paso para solidificar las relaciones entre ambos estados. Pero Fox no iba a permitir perder su hegemonía dentro de la ciudad por una mujer zombi que gobernaba a cientos de miles de podridos. El 1 de septiembre sería el día previsto para que Fox hiciera estallar una guerra. Pero no sería nada fácil, había altas probabilidades de fracasar en el intento. Cornelius tenía garantizada la seguridad de la mandataria y la presidente Rosa contaba con lo mejor de su escolta.

En País Zombra había un ambiente de gran expectativa por ese encuentro entre los dos líderes, no tenían televisión, pero seguirían por radio todos los acontecimientos de la visita de la presidenta Rosa a la ciudad de los grandes muros.

Por otra parte, la herida del teniente Benson que le había provocado su amante, estaba curándose de lo más normal, solo hizo falta un tratamiento de antibióticos de amplio espectro y hacer una cura diaria con sustancias antisépticas.

—¿Cómo sigues, cariño?—preguntó Claudia a Benson. Ambos estaban en el laboratorio.

—Creo, que viviré—respondió el teniente guiñando un ojo. —¿Y tú cómo sigues?

—Estoy bien, solo debo cuidarme de no pasar hambre.

—Ojalá que no, mi bella. No quiero ser una gran hamburguesa para ti—Benson bromeó y Claudia no pudo evitar sonreír.

La embajadora y el teniente se querían besar y abrazar, pero estaban en público. No habían estado juntos desde aquella vez que ella había entrado en frenesí.

—Pero tengo hambre de otra cosa—expresó la embajadora.

—¡Ah sí! ¿Y de qué?, si se puede saber.

—Tengo hambre de tus besos.

—Pues te puedo alimentar ahora mismo—Benson se acercó a ella.

—Vamos Benson, aquí no—la embajadora se puso seria, mañana llegaba su presidenta y no quería que lo primero que recibiera como noticia fuese un escándalo provocado por ella misma junto a un oficial humano.

—Está bien, no te haré nada. Pero recuerda que tú tomaste un pedazo de mí y ahora yo necesito tomar un pedazo tuyo—Benson volvió a guiñar un ojo a la embajadora.

“Ya has tomado un pedazo de mí, Benson”, pensó la hermosa zombi y devolvió una encantadora sonrisa.

—¿Lo hueles, verdad amigo?—dijo Méndez a su hermoso pura sangre. —Yo también lo

huelo, algo grande viene.

El cazador sabía que algo se estaba fraguando, el silencio de Trodo era uno de los indicadores, pero sobre todo su instinto se lo decía. Los muchos años de supervivencia en aquel mundo post apocalíptico había afinado su sexto sentido, tal como el de su caballo. A veces pensaba que era un loco, que podía hablar con sus perros y caballos, pero no, solo era un superviviente extraordinario. Solo había dos cosas con las que Méndez fantaseaba, una era, el poder regresar el tiempo y salvar a su amada esposa y su pequeño niño, y la otra era poder acabar con todos los zombis del planeta; la primera fantasía no la podía hacer realidad, pero en la segunda siempre estaba trabajando.

Ahora tenía una nueva familia, y esa era: sus cazadores y, mientras pensaba en ello vio a los lejos que Electra estaba trabajando en una computadora, parecía que la estaba reparando; y Billy, su infalible francotirador, estaba limpiando su Dragonuv el cual amaba más que a cualquier mujer; y Richard solo se dedicaba a levantar pesas y a alardear de sus grandes músculos con sus demás compañeros cazadores.

Ya era de noche y los soldados novatos, Ran y McDonald, habían sido seleccionados para el pelotón que se iba a hacer cargo de la seguridad de la presidenta Rosa.

— ¡Vamos progresando, colega!—expresó Ran, estaba acostado en su litera en la parte de arriba y abajo estaba acostado McDonald.

—Así es camarada, primero fue la L-81 y ahora cuidaremos el culo de una presidenta zombi. Pronto seremos ascendidos a generales si seguimos a este ritmo—contestó McDonald quien tenía una Tablet en su mano. —Mira a la muñeca que me estoy levantando.

Ran se asomó para ver la chica de la cual estaba hablando su compañero. En la Tablet de McDonald estaba la foto de una muy atractiva chica afroamericana, quien tenía al menos unos dieciocho años de edad.

—Uffff, joder, sí que está buena, macho ¿No tiene una amiga o una hermana?—preguntó Ran.

—De hecho sí, camarada. Ya te muestro su mejor amiga—McDonald empezó a buscar en su dispositivo a la amiga de la chica afroamericana.

En Ciudad Álamo, los ciudadanos contaban con “Intranet”, un tipo de red que solo abarcaba su ciudad, conservando así la forma de comunicarse del viejo mundo, disfrutando de redes sociales alternativas creadas por sus ingenieros informáticos. Esa red, más las repetidoras de señal de televisión y radio, era la parte neurálgica del comercio dentro de Álamo y a la vez representaba una especie de medicina contra la neurosis que producía el saber que se estaba encarcelado entre gigantes murallas, y fuera de estas murallas, millones de no-muertos.

— ¡Es hermosa colega!, tienes que presentármela—expresó Ran.

—¡Ya cállense, joder!, que mañana hay que despertarse a las putas tres de la mañana—gritó el cabo segundo Tom, quién estaba acostado en otra litera, muy cerca a la de ellos.

Este cabo segundo Tom, había sido el soldado que había acabado con la no-vida de

Ricardito, dando un contundente golpe con la culata de su fusil en el cráneo del niño zombi. Tom no había sido seleccionado para ese pelotón de seguridad que cuidaría a la presidenta Rosa, pero a última hora, debido a que un sargento se había enfermado, tenía que ahora estar en dicho pelotón y tener así que levantarse a las tres de la madrugada junto a los militares seleccionados.

—Vamos a dormir, colega. Mañana seguimos en lo nuestro—susurró Ran, no quería que el cabo Tom se levantara y los sacara al patio para un plantón toda la noche. Había que descansar y ya eran cerca de las once de la noche.

McDonald hizo caso, se disponía a enviar un mensaje de despedida a su chica. Pero vio que en la red social había algo peculiar. Un video que le había llegado a su mensajería privada. Le dio play y empezó a verlo a riesgo de que fuese un virus troyano o algo parecido. “Joder”, dijo para sí mismo, mientras veía aquellas aterradoras imágenes.

—Hey, Ran—susurró McDonald.

—Dime, colega—Ran contestó en voz baja.

—Tienes que ver esto tío.

Ran tomó el dispositivo y dio play l vídeo.

—Joderrr—susurró Ran.

Al minuto sonó el teléfono de Tom. Era un amigo quien le había mandado un link a su mensajería instantánea. “Tom, tienes que ver esto, joder”, decía el mensaje. El cabo Tom fue hasta ese link y empezaba a ver lo que McDonald y Ran habían visto. “Malditos zombis del demonio”, blasfemó para si el cabo, y esa noche no pudo dormir. Aquellas imágenes no se le borraban de la mente, era como si en su cerebro, el misterioso vídeo le daba play y play, una y otra vez.

Capítulo LXVI

La presidenta Rosa había aprobado la solicitud de poder leer los libros del viejo mundo para toda la población. Así que ya no era la élite científica e intelectual quienes podían leer dichas obras, ahora todo el País Zombra podía hacerlo. Así que de la noche a la mañana se creó una nueva fuente de empleo, trayendo más prosperidad a los ciudadanos. Esta fuente de empleo consistía en la recolección y ventas de libros del viejo mundo, y no es que País Zombra fuese una población de grandes lectores, pero el hecho de poder acceder a lo que era terriblemente prohibido, convertía a la lectura en un pasatiempo febril para los zombis, así que nos volvimos más cultos y más críticos. Fue algo estupendo aquella decisión de nuestra presidenta Rosa. Muy pronto tendríamos a zombis escritores regados por toda nuestra nación.

Fue en este ambiente de lectura que a Lolita le había llegado una carta de mi parte.

— ¡Lolita, te llegó una carta!— anunció su madre desde el patio de su casa, mientras ella leía una novela que había adquirido por el astronómico precio de 25 piezas. Eran dos grandes tomos, y el título de aquella obra rezaba: LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ, de una humana llamada Margaret Mitchell.

Lolita salió de su habitación para tomar la carta la cual leería acostada:

<<De: Ricardo.

Para: Lolita.

Mi bella amiga, aunque me gustaría decirte “mi bella novia”, pero solo somos amigos, privilegio que quiero conservar si no pudiera ser más que eso.

He pensado en muchas cosas que decirte, o mejor dicho, escribirte, pero me siento torpe en poder expresar lo que siento. Me gustaría empezar con esto: TE EXTRAÑO, joder que te extraño mucho, cada domingo pienso que vas a venir a la granja. Cuando escucho el ruido del motor del bus y su bocina, pienso que vienes a visitarme, pero nunca te veo en ese pequeño horizonte que va desde la parada del bus hasta la granja de mi tío.

He sido un idiota, no te he sabido valorar; si al menos pudieras hacer una tregua y venir verme, mis ojos serían muy felices al contemplarte...yo sería feliz. Prometo no besarte, te daré un trato de amistad, pero por favor Lolita, ven o al menos escíbeme, y que a través de una carta con sus letras yo te pueda sentir cerca de mí.

Te quiero, muy sinceramente: tu amigo, Ricardo. >>

Lolita leyó al menos tres veces mi carta, su semblante estaba triste, pero algo dentro de ella se movía hacia la felicidad por haber recibido una carta mía. Ella cerró sus ojos y reposó un rato, meditando en mis palabras, meditando en ellas. Al cabo de una hora se levantó de su cama, tomó un lápiz de carboncillo y me redactó una carta como respuesta a la mía:

<<De: Lolita.

Para: Ricardo.

Estimado Ricardo, "mi amigo". Siento mucho que sufras mi ausencia, no deseo que la pases mal a causa de mí. Actualmente no tengo el deseo de ir a visitarte, tal vez algún día lo haga, pero te recomiendo que no me esperes y te acostumbres a mi ausencia.

Creo que en el fondo yo soy la culpable de todo esto, nunca debí proponerte ser novios cuando tu corazón estaba en otra chica zombi, la cual es mucho más bonita que yo, y además, tiene mucho dinero y hasta según he sabido tiene su propia tienda. Te digo esto, Ricardo, para que tu camino esté libre y puedas ser novio de ella.

Por mi parte te menciono, que cada vez te extraño menos y con esto hago una confesión de que todavía te extraño, pero cada vez menos, supongo que al pasar los días y los meses te recordaré como un amigo.

No tengo más nada que decir.

Tu amiga: Lolita. >>

Si los zombis derramáramos lágrimas, Lolita tendría sus mejillas llenas de ellas. Mi chica, o tal vez deba decir, mi ex chica, quedó muy triste, mucho más triste que yo cuando recibí y leí su carta. Yo por mi parte no quise presionarla, pero si le escribí una muy breve carta en respuesta a la suya:

<<De: Ricardo.

Para: Lolita.

No tendré otra novia. Decido esperarte. "Hasta pronto". >>

Capítulo XLVII.

El 1 de Septiembre había llegado, los grandes portones de la entrada norte se abrían para recibir a la primera mandataria de País Zombra o de Ciudad Zombi. Pero en Ciudad Álamo había dos importantes focos de protestas. Ciudadanos que portaban carteles de insultos hacia la presidenta Rosa y hacia los zombis en general. Cornelius estaba confundido, raras veces había habido protestas en Álamo y era la primera vez durante su gobierno, pensó que fue una mala idea haber invitado a su homóloga.

—General Marcus, ¿qué está ocurriendo?—pidió saber Cornelius.

—No estoy seguro, Padre Defensor; pero creo que esas protestas se debe a esto—el general en jefe prestó su móvil a su líder.

Cornelius miraba con alteración en su rostro. En el vídeo se veía a la presidenta Rosa comiendo lo que parecía brazos y piernas mutiladas de un bebé humano, luego un trozo de cerebro. También había otros zombis sentados a una gran mesa comiendo diferentes partes de personas. Era repugnante en extremo. El Padre Defensor sintió indignación y coraje.

—¿Qué diablos es esto, general, ¿y cómo ha llegado a usted?—preguntó Cornelius.

—Es un video de la presidenta Rosa.

—¡Joder, que ya sé que es la presidenta Rosa!

—Este vídeo se ha infiltrado en nuestras redes sociales del intranet, señor. A penas nos hemos dado cuenta de ello hace un rato y parece ser que ya toda la población lo ha visto.

—¡Entonces, general, cómo es que un pueblo se entera de algo tan grave antes que sus líderes!

—Señor, no lo vimos venir. Hemos estado enfocado en la seguridad de la presidenta y...

—Ya, general. No diga nada. Luego me da las explicaciones. Ahora, disperse a esa gente. Tenemos que recibir a la presidenta Rosa y no quiero que nadie le ponga un dedo

Fox estaba detrás del Padre Defensor, había sido él quien infiltró aquel perturbador vídeo en la intranet de Ciudad Álamo, pero se sintió defraudado al ver que Cornelius seguía estando plenamente interesado en recibir a la presidenta Rosa. ¡Diantre!, dijo Fox para sí mismo y agregó: “Maldito, Cornelius”.

La presidenta Rosa estaba alarmada, jamás se había esperado ser recibida por una población llena de hostilidad, había jurado que con los acuerdos comerciales y energéticos se le recibiría de buena manera. Ella estaba en un vehículo Ford Conquistador negro, que en un tiempo pareció ser de una autoridad humana antes del apocalipsis. Delante del Conquistador iba el carro rojo del capitán Smith y sus soldados, y atrás venía una camioneta Explorer llena de soldados de la Fuerza Z, que hacían un total—sumando a Smith y a sus soldados—de doce zombis armados únicamente con machetes y cuchillos, porque aún no habían conseguido tener armas de fuego.

Un pelotón militar que triplicaba en número a la escolta de la presidenta Rosa rodearon a los vehículos de la mandataria. Por otra parte, la policía iba dispersando la manifestación.

“MALDITA COME NIÑOS, FUERA”, decía una pancarta. “MUERTE A LOS ZOMBIS”, decía otra.

—El Líder Cornelius está encantado con su visita, la recibirá en el Edificio Álamo (edificio del gobierno el cual es un rascacielos) —dijo un representante directo del líder Cornelius, luego añadió—le manda a decir que le disculpe por esta inesperada manifestación.

La presidenta Rosa sintió un poco de alivio al escuchar aquellas palabras. En ningún momento se había bajado del carro presidencial y el representante de Cornelius le habló cuando ella hubo bajado la ventana de su vehículo.

La embajadora Claudia ya sabía cuál era el motivo de aquellas manifestaciones. “Todo lo que hemos construido se ha derrumbado por un par de minutos de vídeo, no es justo”, pensó y no pudo acercarse hacia los portones para recibir a su presidenta por el obvio peligro que había en el ambiente. Ella misma había arrancado un pedazo de carne de un ciudadano militar de Ciudad Álamo, afortunadamente todo había quedado entre su amante y los dos doctores, sino, hubiese sido más leña para el fuego. Ahora todo dependía del buen juicio de Cornelius.

La multitud de manifestantes iba retrocediendo conforme la policía los iba reprimiendo con gas lacrimógeno y los protestantes más agresivos eran detenidos. La pequeña caravana presidencial por fin pudo llegar sana y salvo a la entrada del rascacielos, sede del Gobierno. Cornelius, sus generales y sus dos líderes auxiliares estaban esperando de pie frente a dos hermosas puertas de cristal del edificio. El Conquistador negro se detuvo frente a unas escalinatas. Al bajarse la presidenta fue rodeada por su escolta y, el pelotón de soldados de Ciudad Álamo hizo rápidamente un cordón de seguridad. Pero algo inesperado sucedió.

Capítulo XLVIII.

Contra todo pronóstico había recibido de mi tío, otro permiso para ir al distrito. Tenía bastantes piezas ahorradas, así que me compraría un libro, el que yo quisiera, porque al fin ya no eran prohibidos. Bueno, tal vez me compre dos. El permiso que recibí para salir no fue para comprar insumos para la granja—la cual estaba prosperando mucho y mi tío había contratado un par de obreros más—, pues bien, me dejaron salir fue para pasear, divertirme y visitar a mis padres, y serían dos largos días que me dieron para tal fin.

Además de visitar a mis padres, también tenía planificado visitar a Lolita a quién llevaba otra carta. Me impresionó ver cuanta cantidad de vehículos había por las calles del distrito. Los edificios y las casas estaban siendo pintados y restaurados, País Zombra se estaba llenando de luz y de vida. De pronto, al contemplar tanta prosperidad pensé en mi hermanito y me entristecí, sus recuerdos me hicieron sentir una aguda nostalgia; él se estaría divirtiendo al máximo de estar vivo, y por supuesto, también tendría su barriguita llena de tantas golosinas que ahora le podía comprar en abundancia.

Me esforcé por dejar la tristeza a un lado, mis padres tenían que contemplar felicidad en mí, ellos eran, después de todo, lo que estaban más lleno de dolor por la pérdida de su amado Ricardito. Empecé a sentir paz y sosiego, se sentía bien poder contar con dos días libres y tener piezas para pasarla muy bien. Lo primero que hice fue dirigirme a una de esas librerías que anunciaban en la radio, estaba muy ansioso por tener uno o dos libros entre mis manos, y llenar así un poco de tiempo de ocio en la granja. Cuando entré a una librería, sentí que entré al puto paraíso de los zombis. Estantes llenos de libros y, zombis por doquier viendo los estantes para ver qué títulos llevar consigo. Entré a al departamento de Clásicos y me llamó la atención un libro en particular, tenía pocas hojas y se titulaba “El Viejo y El Mar”, de Ernest Hemingway. Carajo, que había tantos libros, me los quería llevar todo, pero solo podía llevarme dos o tal vez tres, ja, cada vez aumento un libro más.

—Holo señorito zombi—me saludó alguien de quien no me había percatado que estaba muy cerca de mí, era Alexa, estaba muy hermosa como siempre.

—Hola, Alexa—saludé pero no con tanta efusión.

Esa chica zombi iba terminar volviéndome loco, un día es seca y distante y hasta me escribe una carta en donde dice que no quiere de plano nada conmigo, y ahora me llega de sorpresa—como de costumbre—con su típico tono sensual.

—¿Y vienes con frecuencia, aquí, hermoso zombi?—Alexa tenía dos libros apretados a su pecho.

—Ah, no. Es mi primera vez, Alexa. Este lugar es fantástico.

—Vaya que sí lo es—me dijo. —Sabes precioso. Para el próximo mes estaré abriendo mi propia librería y tú puedes venir cuando quieras, los libros para ti te quedarán a mitad de precio.

—Oye gracias, Alexa. Bueno, voy a seguir mirando que otro libro puedo comprar, disculpa

—había sido muy cortante con ella.

— ¿Estás enojado conmigo?—me preguntó, yo le había dado la espalda, seguía mirando los títulos en el estante de los Clásicos.

—No lo estoy, Alexa—le respondí dándole mi espalda, luego ella se colocó a mi lado para ver mi cara y yo giré mi rostro hacia ella. —Alexa, me has escrito una carta explicándome que no quieres nada conmigo, que pertenecemos a dos mundos diferentes, es decir: ricos y pobres, y ya sabemos a cuál pertenezco yo y a cual perteneces tú. Por otro lado, me dijiste que estás comprometida con Gustav y ahora me llegas de sorpresa diciéndome: “hermoso zombi”. Voy a terminar pensando o que eres una chica bipolar o que disfrutas haciéndome daño. Fue por ti que mi chica me dejó y ahora estoy solo—no podía parar de hablar, estaba visiblemente molesto, aunque me esforzaba por no perder los estribos. Los zombis que estaban comprando nos veían, sin quererlo nos habíamos convertido en el centro de atención. Alexa tenía una mirada de una chica zombi que estaba dolida por mis palabras y arrepentida por su actitud.

—Perdóname, Ricardo. La realidad es que tú me gustas, pero mi mundo es complicado.

—Pues quédate en tu mundo, yo quiero estar en el mío. Ahora, si no te importa, me gustaría seguir viendo que libros poder comprar.

Alguien se acercó a nosotros, había escuchado todo.

—Señorita, ya escuchó al joven zombi—déjelo comprar sus libros. Nuestros clientes no necesitan ser acosados—advirtió Lolita.

— ¿Tus clientes?, no son tus clientes y tú eres una simple empleada. Yo pronto tendré mi propia librería y será más grande que esta—Alexa estaba molesta, había sacado un lado oscuro de su personalidad que yo no conocía, y ese era el de discriminar a empleados haciendo alarde de sus riquezas—Me voy de aquí. Ya puedes estar feliz, “Lolita”, quédate con tu zombi pobre.

—No digas eso, Alexa. No es necesario—dije, porque era grave lo que ella estaba diciendo y lamentablemente sentí lástima por ella. Luego Alexa se marchó y el espectáculo para los clientes zombis había concluido.

Si jamás esperaba que Alexa estuviese en aquella hermosa librería, infinitamente menos esperaba que Lolita estuviese trabajando allí.

—Sabía que era una chica zombi creída—dijo Lolita viendo a Alexa marcharse, luego se giró hacia mí y me dijo: —Hola Ricardo, ¿cómo has estado?

—Hola—dije casi con la boca abierta, aun no salía de mi asombro. — ¿Tú traba...?

—Sí, yo trabajo aquí. Y es por culpa tuya, eh. Fuiste tú quien me introdujo en esto de los libros. Así que me dije, si voy a buscar un empleo que sea entre los libros.

—Sí, vaya empleo—comenté con el libro de El Viejo y el Mar en mis manos.

—Veo que te gustan los clásicos.

—Sí, me encantan ¿Y cómo has estado tú?—pregunté.

—Buenos días, señorita. Estoy buscando una novela llamada CIEN AÑOS DE SOLEDAD

pero no la encuentro—nos interrumpió una señora zombi que llevaba lentes y le faltaba completamente un brazo.

—Ah, se nos acabó todos—contestó Lolita con amabilidad—, pero tenemos EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL CÓLERA, es del mismo autor.

—¿Me lo muestra por favor?—pidió la señora zombi de lentes.

—Desde luego—dijo Lolita y luego se dirigió a mí: —Lo siento Ricardo, ya ves, aquí hay mucho trabajo.

—¿Puedo visitarte a tu casa hoy al final de la tarde como a las seis?—le pedí a Lolita. Ella hizo una especie de suspiro el cual carecía de emoción, era como si no quisiera que la visitase.

—Espera un rato, voy a atender a la señorita, ¿Sí?—me contestó.

—Está bien, yo espero.

Mientras Lolita atendía a la señorita, yo seguí revisando la estantería de los Clásicos. Los libros que estaban a la venta era libros que habían sido recolectados, libros que quedaron abandonados; pero varios empresarios zombi, viendo el auge de la venta de los libros, habían recuperado imprentas y estaban recibiendo cargamentos de papel que provenía de Ciudad Álamo, así que ya pronto tendríamos ejemplares editados, encuadernados e impresos por nuestras manos zombis—bueno, los que tuviesen manos—.

Mientras seguía observado la sección de Clásicos, otro libro llamó mi atención, tenía un submarino dibujado en la portada: VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO, de Julio Verne. Bueno, me decidí llevarme esos dos libros, el de Verne y el de Hemingway.

Al cabo de unos cuatro minutos, mientras seguía viendo la estantería y hojeando algunos interesantes libros, Lolita se acercó a mí.

—Entonces, ¿te vas a llevar esos dos?—me preguntó.

—Sí, me parecen muy interesantes, desde aquí puedo oler la aventura dentro de ellos.

—Imagino que también el mar, porque ambos son libros del mar.

—Ah, no me había fijado. A los mejor algún llegue a ser un marinero y te lleve a navegar por el mundo.

Lolita no hizo ningún gesto ante mi último comentario, la notaba inexpresiva.

—Ricardo—dijo después de un breve silencio. —Tengo novio.

No esperaba aquella noticia, nunca la esperé, nunca me pasó por la mente, ni remotamente. Yo había quedado perplejo, y sentía una especie de vacío.

—Vaya sorpresa, eh—comenté y dirigí un instante mi vista hacia el techo de la librería, no me había fijado que el techo tenía dibujado unos hermosos mosaicos. —Pues te felicito.

—No seas hipócrita, Ricardo.

—¿Pero qué quieres que diga?, tengo que felicitarte, ¡enhorabuena!

Si lo sé, me estaba comportado groseramente, me refrené y le pedí disculpas. Luego le pregunté:

— ¿Y conozco a tu novio?

—Sí, fue nuestro compañero en la preparatoria. Es Tomás.

—Ah, Planeta Zombi. Oh disculpa.

—Deja la ironía.

—Bueno, supongo que él ha cambiado, porque la última vez...

—Sí ha cambiado, Ricardo. Es especial conmigo y siempre me dice que me ama. Tú nunca me has dicho: “Te Amo”, en ocasiones solo me has dicho que me quieres, pero no me amas.

—Bueno, no diré más nada, no quiero ser hipócrita e irónico contigo, no te lo mereces. Por cierto, gracias por salvarme hoy de Alexa.

—De nada, Ricardo. Aunque ahora si tendrás el camino totalmente libre para con ella.

—Sí, supongo que sí. Bueno, tengo que pagar estos libros—dije, levantando el par de libros que había tomado a la altura de mi rostro.

—Es por aquí, acompáñame—me comunicó Lolita y la seguí para pagar los libros.

Una vez que pagué los libros me despedí de ella tan solo estrechando mi mano con la de ella.

—Adiós, Lolita. Te voy a extrañar.

—Yo diría: hasta luego, supongo que vas a regresar por aquí por más libros.

—Ah sí, es verdad, cuenta con eso. Hasta luego, mis saludos para Tomás.

Finalmente salí de la librería, de pronto mis dos días libres no serían tan geniales como había pensado que serían. Me fui con mi corazón destrozado, aunque por ser un zombi ya está destrozado. Afortunadamente siempre tenemos a nuestros padres para cualquier tipo de tempestad, y libros, ahora tenemos muchos libros.

Por otro lado, resulta muy interesante que Tomás se haya quedado con mi chica, quién lo diría: él que la había insultado, y yo que la había defendido a ella con tanta vehemencia. Supongo que así es el mundo, supongo que así es País Zombra.

Capítulo XLIX.

El cabo Tom no lo entendía, no entendía la razón de que su gente fuese amigos de los seres que arrasaron con millones de vidas humanas en todo el Planeta; además, había perdido su admiración por el general Cornelius, en cierto modo lo veía como un traidor. Tom sentía pánico cada vez que escuchaba discursos de acercamientos para con los zombis y creía firmemente que ellos—los ciudadanos de Ciudad Álamo—eran el último reducto de la humanidad; por tal razón, estaba convencido que su misión en la vida era proteger a toda costa a los humanos.

Cornelius le impresionó el porte de la presidenta Rosa, era una mujer zombi dueña de sí misma, era elegante e irradiaba una especie de magnetismo. El Padre Defensor decidió avanzar hacia la presidenta. De pronto hubo una pequeña agitación entre la seguridad, Tom se abrió paso y descargó su fusil en la presidenta Rosa, pudiendo acertar dos disparos a la cabeza de la mandataria, luego la hoja de un filoso machete se incrustó en el cráneo del cabo, el capitán Smith había reaccionado tarde. Cornelius sintió que el mundo se había acabado.

La escolta de la presidenta Rosa había desenvainado machetes y cuchillos, pero estaban impotentes; el impacto de haber visto morir a su presidenta sin poder ellos evitarlo los tenía paralizados, excepto el capitán Smith quien tenía su vista clavada en Cornelius.

Ran y McDonald apuntaban con sus fusiles a la escolta zombi de la presidenta, lo mismo hacían sus compañeros del pelotón.

— ¡Quedaos quietos!—advirtió el teniente Benson quién era el comandante de aquel pelotón.

Benson podía ver con claridad todo lo que estaba pasando, los zombis intentarían tomar venganza allí mismo, cobrando la vida del líder de Álamo, y él tendría que dar la orden de neutralizarlos antes que llegasen a Cornelius. Sus soldados estaban nerviosos, habían visto morir a su camarada Tom a manos de un zombi.

El capitán Smith dio un paso hacia donde estaba Cornelius.

— ¡Que no os mováis, Joder!—volvió a gritar Benson. El sudor recorría su frente a causa de la tensión.

“*Malditos humanos, nos han traicionado*”, pensó Smith sin dejar de ver a los ojos de Cornelius. Él sabía que su pequeña tropa de zombis estaba paralizada, pero reaccionarían inmediatamente a su orden de atacar.

Desde el vehículo presidencial, el chofer zombi había informado por radio lo que había presenciado.

—Confirme si la presidenta ha muerto, repito, confirme si la presidenta ha muerto; cambio—dijo una voz desde el intercomunicador de la radio del chofer.

—No puedo confirmarlo, repito, no puedo confirmarlo. Pero la presidenta no se mueve.

Que un zombi no se mueva, solo quiere decir dos cosas, o todas sus extremidades habían sido arrancadas, o... estaba definitivamente muerto, y los que estaban estableciendo comunicación con

el chofer de la presidenta lo sabían muy bien.

Capítulo L.

Me había devorado por completo y en una tarde, el libro de El Viejo y el Mar, y entre tantas cosas que me encantaron de libro, fue esta frase que me llamó mucho la atención: “Un hombre puede ser destruido pero no derrotado”. Aunque para mí se leería mejor: “Un zombi puede ser destruido pero no derrotado. Sí, definitivamente es mucho mejor así.

Estuve tentado a empezar a leer Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino, pero me contuve, no hubiese parado la lectura de haber comenzado, era mejor compartir lo poco que me quedaba de tiempo libre con mis padres. Oh, cómo hubiese querido pasar algunas horas con Lolita, pero debe estar con su nuevo novio. Por cierto, había olvidado entregarle la carta, y eso que la tuve muy cerca de mí en la librería, pero ya qué, no tendría sentido entregarle la carta, o tal vez sí.

Había bajado de mi habitación hacia la sala de mi casa y mis padres estaban allí, escuchando la radio. Estaban transmitiendo una radionovela, la cual me parecía muy divertida. Mi padre no parecía tan atento a la programación, lo que hacía prácticamente era repasar el periódico del día, lo contrario de mamá, que parecía saltar en su silla ante el supuesto suspenso que transmitían los actores. Entonces la radionovela se dejó de transmitir, el locutor o anunciante, informaba con voz solemne diciendo lo siguiente:

“Ciudadanos de País Zombra, hemos interrumpido esta programación para informar un lamentable acontecimiento y siento mucho ser yo el que os anuncie esto.”

Mi padre inmediatamente había dejado de leer el periódico y mi madre estaba paralizada. El locutor continuó:

“...Esta noticia llenará de dolor a toda nuestra nación—el anunciante hizo una pausa—. Nuestra Presidenta Rosa ha sido asesinada en un atentado en la Ciudad de las Grandes Murallas por manos de los humanos a los cuales extendimos nuestra amistad. En las próximas horas el Presidente de Distrito Death y ahora Presidente interino de País Zombra, estará anunciando importantes medidas que tomarán en consejo de gobierno como respuesta ante tan terrible hecho...”

Aunque los zombis no podemos derramar lágrimas, sí nos lamentamos, y el lamento de mi madre ante tan oscura noticia fue sobrecogedor. Nuestra digna y valiente presidenta, había sido asesinada. Ella, que hace poco tiempo estuvo presente en nuestra casa para brindarnos fortaleza y ponerse a la orden ante cualquier cosa que nosotros necesitásemos; ahora se había ido para siempre, tal vez esté en un lugar destinados para los zombis, en dónde Ricardito se encuentra ahora, si es que tal lugar existe.

País Zombra, a pesar de ser un lugar de muertos vivientes, era un lugar muy alegre y pujante, de zombis trabajadores que se levantan de sus camas con el cantar del gallo, ahora todo el país estaba en una especie de silencio infinito ante la muerte de su presidenta; habíamos entrado en conmoción nacional, y del dolor pasamos a un profundo sentimiento de clamor por justicia.

Esa misma noche cuando se nos informó de la trágica noticia, dos horas y media después, el presidente Carlos se dirigió a todo el país a través de la radio y comunicó lo siguiente:

“Mis queridos ciudadanos de País Zombra...” “...con esto confirmo de manera oficial la lamentable pérdida de nuestra Presidenta Rosa...” “...ella nos ha dejado un gran legado de profunda sabiduría y nosotros, los demás presidentes, hemos absorbido lo mejor de ella, al igual que sé que lo han hecho ustedes...”

“Como país libre y soberano, anunciamos las siguientes medidas con el propósito de hacer justicia y de demostrar que, País Zombra no es una nación débil:

- Se suspenden todas las relaciones con Ciudad Álamo.
- Se prohíbe de manera terminante la entrada de cualquier ser humano a nuestra nación.
- Declaramos la Guerra Defensiva a Ciudad Álamo.

La guerra, ¿qué era la guerra para nosotros cuando solo conocíamos la paz? La mayoría de los jóvenes zombis que se habían graduado de la preparatoria se alistaron en la Fuerza Z y ellos estaban llenos de deseos de venganza hacia los humanos, pero no tomaban en cuenta que ellos tenían tecnología y armas de fuego, era cierto que nosotros triplicábamos en número a los habitantes de Ciudad Álamo, pero en este caso el número no serviría de nada antes la sólida defensa de aquella ciudad; por tal razón, el decreto de Guerra Defensiva era la mejor oportunidad que tenían los zombis, “defenderse y resistir” solo en caso que las fuerzas de los humanos decidieran invadir.

Yo terminé alistándome a nuestro ejército, y así mi vida dio un giro completo, al igual que de cada zombi. Ya no tendríamos prosperidad y mucho menos paz. Es verdad que el presidente Carlos había decretado la Guerra Defensiva, porque en el fondo él no esperaba que los humanos abandonasen la seguridad de su ciudad, pero él dejó de tomar en cuenta algo, y eso era que teníamos combustible. Por lo que este preciado elemento después de convertirse en el protagonista de nuestro desarrollo y prosperidad, ahora se transformaba en nuestra maldición.

Capítulo LI.

Cornelius afrontaba una crisis sin precedentes en la historia de Ciudad Álamo, una guerra había sido decretada contra ellos. Pero él libraría una batalla más importante aún, él pelearía contra fuerzas oscuras producidas por sus propias células. Horas después del atentado, Cornelius había sufrido un repentino desmayo después de haber tosido sangre.

—Padre Defensor. Usted tiene cáncer—le dijo su médico personal quién estaba en compañía con el doctor James.

“¿Cáncer, yo, no puede ser, yo...maldita palabra del carajo?”—pensó Cornelius. No era momento de tener tal enfermedad.

—¿Dónde es el cáncer?—preguntó el líder.

—Es en colon, Padre Defensor—contestó su médico.

—Pues bien—habló Cornelius y luego dijo lo siguiente: —soldado, pásame mi caja de puros.

—Yo no haría eso, Padre Defensor.

—No se preocupe, doctor. Es en colon. Así que al carajo—el soldado de Cornelius sacó un puro de una preciosa caja de madera que decía “Made in Cuba”, luego le ayudó a encender el habano.

Cornelius estaba acostado sobre una cama del principal hospital de su ciudad. Disfrutaba del sabor a tabaco puro de su cigarro mientras se quedó un rato reflexionando. Maldijo en su mente al soldado que había matado a la presidenta Rosa y también maldijo al responsable de colocarlo en la guardia asignada a la mandataria. Había ordenado una investigación al respecto, a fin de saber quién se encargó de asignar a un soldado fanático que ya tenía un antecedente de haber matado a un humano Z.

Por otro lado, mientras Cornelius reflexionaba, su médico estaba tomando fuerzas para decir lo peor: que las esperanzas de sobrevivir a ese cáncer eran muy bajas, que tal vez tendría solo un mes de vida, o quizás dos; pero no se atrevía, y el doctor James, que como se dijo antes, estaba presente, sabía que su colega no tenía el valor de dar la noticia completa.

—Sé que no me los has dicho todo, doctor—habló Cornelius luego de su reflexión, se dirigía a su médico personal.

—Este yo...Padre Defensor...—balbució el médico en cuestión.

—Hable usted, doctor James—ordenó Cornelius. —Usted parece un hombre de huevos.

—El cáncer ha hecho metástasis, Padre Defensor—dijo James. —Lo que quiere decir...

—Ya sé lo que quiere decir, doctor James—lo interrumpió Cornelius—, dígame cuántos días me quedan.

—Le quedan treinta días, señor. Si le damos combate podemos llegar a sesenta días, con la posibilidad de que podamos derrotarlo. Pero las probabilidades son de uno contra diez.

— ¿Me quedan treinta días sin someterme a ningún tipo de tratamiento?—pidió saber Cornelius quién seguía fumando su puro de Cuba.

—Sí, señor.

—Pues treinta días es más que suficiente para evitar una guerra. Quiero que se escoja rápidamente un comité para la paz el cual irá hasta Ciudad Zombi para negociar y explicar lo sucedido. Yo mismo iré al frente de ese comité.

—Pero Padre Defensor, es peligroso—intervino el general Marcus.

— ¿Peligro general?—dijo en tono de pregunta, Cornelius. —Peligroso es este cáncer que tengo, peligroso es la guerra que se aproxima si no hacemos nada. Además, yo ya estoy muerto.

—Me supera usted en maquiavelismo, líder Fox—dijo Trodo quien estaba disfrazado de mendigo, tal como suele disfrazarse siempre para entrevistarse con Fox. —Me he enterado que tu Padre Defensor tiene algún tipo de cáncer terminal—comentó Trodo y enseñó su mueca maquiavélica. — ¿No tendrá usted nada que ver en eso, verdad?

—A veces la naturaleza se pone de parte de la causa, estimado cazador.

—O a veces la obligamos a que esté de nuestra parte. En fin, ¿por qué me ha mandado a llamar usted?

—Cornelius está decidido a recuperar las buenas relaciones con esos malditos zombis parlanchines.

—Sí, es un hombre idealista y no se rendirá—Dijo Trodo en voz baja.

—Ahora bien, estimado cazador. Lo he hecho llamar porque el mismo Cornelius planea visitar a esa nación de podridos, a fin de evitar la guerra. Y el cáncer, lo que ha hecho es empeorar las cosas, ya que no teme morir en manos de los zombis, porque ya sabe que está muerto.

—Comprendo.

—Pero claro, algo pudiera pasar en el camino. No sé, un ataque de los zombis parlanchines en venganza de su presidenta.

—Vaya mente, líder Fox. Creo que me supera usted.

—Déjese de majaderías, Trodo. Usted conoce muy bien el único camino seguro para llegar a esa tierra de zombis. Lleva usted mucho tiempo traficando humanos a cambio de combustible y tiene sus contactos en ese país de mierda.

— ¿Cuándo sale Cornelius para allá?

—Dentro de un día, máximo dos. Ahora mismo él está reunido con la delegación que irá con él en esa estúpida misión de paz. Así que usted debe partir ahora mismo hacia ese camino seguro. Lo demás lo dejo en sus manos. Solo tiene que tener presente que todo debe parecer como un acto de venganza de los zombis. Haga eso Trodo, y será más millonario que quién sea. Le compraremos todas las armas y municiones que fabrique y volverá a tener el control del combustible.

Una hora después Trodo estaba partiendo en un convoy con sus cazadores hacia el único camino seguro a País Zombra.

Benson estaba tras las rejas, era hasta ahora el responsable de que el cabo Tom estuviese en el pelotón de seguridad de la fallecida mandataria; pero Cornelius ya tenía la sospecha que uno de sus generales y un oficial de menor rango habían hecho posible que el cabo fanático fuese asignado a dicho pelotón. El vídeo que corrió por la intranet una noche antes de la visita presidencial no podía ser casualidad y mucho menos que ese soldado fanático estuviese allí en último momento, pero por ahora Cornelius necesitaba a Benson de culpable, con el propósito de encontrar el verdadero responsable.

El Padre Defensor estaba frente a una conspiración bien orquestada y él ya lo sabía, no era un tonto, pero ahora tenía un cáncer terminal y solo contaba con treinta días para proteger a su nación y también para proteger a aquella nación de humanos Z que tan bien se habían comportado con los suyos. Era cierto que ellos—los humanos Z—habían seguido matando humanos para comerlos, pero era su naturaleza después de todo, naturaleza que él sabía que estaba cambiando dentro de ellos, y era algo que se podía arreglar, después de todo, era infinitamente mejor tener de aliados a una población de zombis inteligentes a tener que estar eternamente aislado ante una innumerable hueste de infectados completamente salvajes. Él supo que, los humanos Z eran la clave para que la humanidad floreciera nuevamente.

El día del atentado contra la presidenta Rosa, la escolta presidencial se batió con arrojo contra los soldados que comandaba el teniente Benson, el hecho de que eran inmunes a las balas, excepto cuando eran dirigidas a sus cráneos, los hizo resistir y acabar con la vida de tres soldados e hirieron de gravedad a dos, entre ellos el soldado McDonald, quién recibió un machetazo en la pierna que le dejó una gran laceración a la altura del muslo, además que recibió un mordisco muy cerca de la yugular. El capitán Smith y sus dos inseparables soldados fueron los únicos que sobrevivieron, pero fueron reducidos y esposados para ser colocados tras las rejas. Dos días después, por decisión de Cornelius, fueron liberados junto a la embajadora Claudia a fin de que llevaran la trágica noticia a su país, relatando como fueron los hechos al resto de los presidentes con el objeto de dar tiempo a un dialogo y así poder evitar el sitio a la Ciudad Álamo.

Con respecto al teniente Benson, éste se había convertido en una especie de chivo expiatorio, como se mencionó antes, y todo su ilirio amoroso con la embajadora se vino abajo. Ya Claudia no era su amante, ahora se había convertido—oficialmente—en su enemiga, aunque desde luego él jamás la vería como tal, porque Claudia era la mujer que amaba, o mejor dicho, la zombi que amaba. Él confiaba plenamente en su Padre Defensor, estaba convencido de que evitaría la guerra, porque siempre la mejor defensa será: evitar la guerra. También confiaba en que se encontraría el responsable de todo lo acontecido. Para él, quién quiera que hubiese ideado aquel plan, lo ejecutó

de manera perfecta, porque son los fanáticos, los mejores instrumentos para cometer un magnicidio o un hecho terrorista, porque su motivación no es el dinero ni los privilegios, su motivación es el odio inoculado en sus mentes y corazones, y en la convicción absoluta de que el acto que van a perpetrar, se realiza a favor—según ellos—de una causa justa y superior, en dónde cualquier sacrificio vale la pena. Y Fox sabía eso muy bien, pero no solamente activó un fanático en contra de los zombis, sino que activó a miles y miles. Había logrado infiltrar un vídeo más en la intranet y con ello terminó de preparar un ejército que mentalmente ya estaba listo para plagar de miseria a un pueblo inocente en nombre de la “justicia”.

Capítulo LII.

—Todo está listo, señor—comunicó un cazador a Trodo.

—Ahora solo queda esperar—respondió el tenebroso líder con su perversa sonrisa.

No había duda que era un ataque orquestado por los conspiradores de Ciudad Álamo, los zombis no usaban explosivos. Los vehículos del convoy que llevaban enarboladas banderas blancas en señal de paz, habían sido volteados por grandes cargas explosivas, dos de ellos explotaron y fueron envueltos en espesas llamas debido a la gran cantidad de gasolina que llevaban. El resto de los vehículos, los cuales eran tres, reposaban sobre sus techos con las ruedas hacia arriba.

Cornelius estaba aturdido, un desagradable y prolongado zumbido le desgarraba sus oídos.

—Salid, salid todos—gritó el general Suárez.

Los soldados y algunos oficiales salieron como pudieron de los vehículos, también lo hizo Cornelius quien fue rodeado inmediatamente por las tropas, quienes apuntaban a todas partes de la calle buscando a un enemigo que no podían ver. Entonces de repente se abrió un gran portón de lo que parecía ser un almacén.

—¡¡¡Zombis!!!—gritó un capitán con todas sus fuerzas.

Del almacén salió una horda de zombis salvajes que iba dirigida hacia los militares. Cornelius quitó el seguro de su AR-15 y empezó a disparar junto a sus hombres y mujeres soldados hacia la horda de podridos.

— ¡Lancen granadas!—gritó el general Suárez.

La mitad de la tropa lanzaron granadas y muchos zombis volaron por los aires, lo cual redujo la fuerza de avanzada de la horda. Había que huir hacia un refugio con cuatro paredes y una entrada para evitar ser flanqueados por todas partes. Entonces el general Suárez divisó un gran letrero que decía CINEMA, había que correr hasta allí antes de ser rodeados por otros zombis.

— ¡Al cine, vamos al cine!—dijo la orden el general.

Cornelius iba adelante corriendo con la mitad de la tropa a sus espaldas, mientras el resto iba avanzando lentamente cubriendo la retaguardia.

— ¡Granada!—gritó un soldado, luego otro le imitó.

De pronto explotó un viejo vehículo abandonado muy cerca de Cornelius y de la tropa que corría a sus espaldas, la onda expansiva literalmente los lanzó por los aires. Parecía ser el fin para el líder. Entonces, fuerzas enemigas empezaron a disparar desde las ventanas de los edificios. El resto de los soldados que habían quedado de pie entraron en confusión y pánico.

La horda de zombis había sido neutralizada, pero ahora estaban rodeados bajo un fuego de

un adversario que no podían ver. Había dos soldados que soltaron sus armas y levantaron sus manos en señal de que se rendían, ambos llevaban pañoletas árabes alrededor de sus cuellos.

— ¡Que mierda están haciendo!—les gritó el capitán a los soldados que se rendían.

— ¡Rindiéndonos, capitán!—gritó uno de los soldados con pañoleta.

— ¡Nadie se rinde!—gritó el capitán y luego recibió un certero disparo a su cabeza. Después fue cayendo el resto, excepto los dos soldados con pañoletas.

Al cabo de tres minutos salieron de varios edificios los cazadores de Trodo quienes iban vestidos de negro—como de costumbre—, luego también salió un grupo de “zombis inteligentes” y por último salió Trodo.

Cornelius estaba moribundo, pero aun así se arrastraba hacia su fusil R-15 que estaba sobre el suelo a dos metros de él.

—Es un duro—comentó Trodo a su espigado lugarteniente, refiriéndose a Cornelius.

—Vaya que sí lo es. Es un jodido duro—comentó el lugarteniente.

Cornelius ya estaba a escasos centímetros de su fusil, pero vio como una bota negra alejó el arma de él. Luego, quien portaba esa bota se agachó para dirigirle algunas palabras.

—Padre Defensor, es usted muy duro—dijo Trodo e hizo su acostumbrada y muy molesta mueca.

—Tú...—balbució Cornelius.

—Sí, yo, Trodo. Pero no estoy solo en esto, Padre Defensor.

—Mal-di-too.

—Tal vez el maldito no sea yo, sino su estimado Segundo Líder Auxiliar.

—Fox... no...

—Sí, Fox. Verás Padre Defensor. Ganaremos mucho creando una guerra. Y si tú no te hubieses empeñado en mantener la paz, estarías vivo todavía. Aunque igual tienes cáncer.

— ¿Por-qué?—Cornelius respiraba con dificultad.

—Por varias razones, general. Pero sobre todo, porque una guerra siempre produce más riquezas que la paz. Así que no es nada personal, usted es un buen hombre..., pero ya basta de tanto bla-bla-bla. Ah, por cierto, Padre defensor. Estos zombis le cortarán la cabeza y grabarán un vídeo de ello—Trodo señaló a cinco humanos Z y luego emitió su fea mueca.

Los militares que aún estaban moribundos fueron tomados por los humanos Z y luego los pusieron de rodillas, entre ellos estaba el general Suárez quien fue el primero a quien cercenaron la cabeza mientras otro zombi grababa toda aquella terrorífica escena. De último habían dejado a Cornelius, lo peor aguardaba por él.

—Cómo te dije, general. Esto no es nada personal—dijo Trodo quien veía como los zombis empezaban a torturarlo propinándoles fuertes patadas mientras estaba en el piso.

—Ve-te a la mier-da, parásito del carajo—alcanzó a decir Cornelius, reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban.

El calificativo de parásito molestó sobremanera a Trodo.

— ¿Parásito? ¡Ja! Pues soy un parásito necesario para que ustedes vivan—Trodo había tomado a Cornelius por la guerrera y le hablaba cara a cara. — ¿Sabes qué, Padre Defensor? Los odio a todos ustedes, solo son una grupo de pequeños burgueses escondidos bajo cuatro muros. Ustedes son más parásitos que nosotros, ustedes nunca han tenido que trabajar la tierra, ni salir a recolectar.

—Algún día pagarás por esto, parásito.

— ¡Ja! Quién va a pagar en estos momentos eres tú. Estos zombis te van a torturar y luego te comerán vivo, mientras gritas. Te grabarán y el vídeo lo verá tu esposa y tus hijos. El recuerdo de ver a su padre gritar como niña los acompañará por siempre, si es que antes no se quitan la vida.

Cornelius escupió el rostro de Trodo, y su escupitajo era una mezcla de saliva con sangre. Trodo se limpió su rostro con su mano y concluyó diciendo:

—Me voy, Padre Defensor. Mi tiempo es más valioso que verte morir lentamente—Trodo se levantó y dio señal a sus cazadores para marcharse.

Los dos soldados con pañoletas de esquemas árabes, quienes se habían rendido, estaban en una sola pieza. Ellos estaban al tanto de todo lo que acontecería, y los cazadores sabían que ellos eran traidores a Cornelius que se habían puesto pañoletas como un distintivos para no ser confundidos entre la tropa leal.

—Vaya, han quedado dos sobrevivientes—expresó Trodo esta vez hablando a los soldados con pañoletas. —Pues solo vamos a necesitar uno—sentenció y los dos muchachos sintieron terror.

Trodo sacó su pistola, la puso en la cabeza de uno de los soldados y haló el gatillo.

—Hoy los zombis tendrán mucha carne fresca—dijo el lugarteniente de Trodo. Acto seguido, se marcharon hacia dónde habían escondido sus vehículos.

Luego de media hora, Cornelius aún seguía vivo ¿De dónde puede un hombre mortal sacar tanta voluntad para vivir? Tal vez se deba a la fuerza más poderosa de todas: “el amor”, amor por su pueblo, amor por la humanidad, incluso, amor por País Zombra.

— ¿Todavía sigue vivo, eh?—señaló uno de los muertos vivientes.

—Es un duro, como dijo el maldito de Trodo—comentó otro zombi quién tenía todo el rostro arrancado de tajo, su aspecto era horripilante.

En total eran cinco los muertos vivientes que estaban torturando a Cornelius. Uno de ellos grababa de cerca con la cámara.

—Parad, vamos a comerlo antes que muera—dijo el zombi que sostenía la cámara.

—Esto debe ser como grabar porno, eh—dijo el líder de ellos. —Tú, “Sin Rostro”. Empieza

por los brazos.

Los zombis en cuestión, estaban llenos de éxtasis, disfrutaban todo lo que hacían y además comerían carne humana gratis.

“Sin Rostro” se acercó al brazo de Cornelius y emitió un aterrador rugido de bestia mientras empezaba a desgarrar el músculo. El Padre Defensor no podía ni gritar, estaba a punto de desfallecer, finalmente la naturaleza le concedería la bendición del desmayo. Otro zombi despedazó su guerrera y sudadera, iba a empezar a desgarrar su abdomen para sacar sus intestinos. Y el cuarto zombi ya había desgarrado una parte del muslo de Cornelius. Los ojos del líder se iban apagando, pero antes de cerrarlos vio un celaje, algo que se movió muy rápido, de allí se apagó y no supo más nada.

Capítulo LIII.

El capitán Smith revisaba los signos vitales de Cornelius, aún estaba con vida. El sargento Pérez fue tras el zombi que portaba la cámara con que había grabado toda la siniestra escena, y el cabo Guzmán estaba rematando con su machete a los cuatro no-muertos que yacían sobre el suelo.

—Ha huido el de la cámara, mi capitán—informó el Sargento.

—Ya no importa—contestó Smith. —No tarda en morir —hablaba de Cornelius—. No podemos hacer nada y ha perdido mucha sangre.

Smith sabía cuán importante era Cornelius, además, le tomó un gran aprecio, porque él lo liberó junto a sus soldados y a la embajadora, dos días después de la muerte de la presidenta Rosa.

—Eres militar como yo, y te hablo como camarada, capitán—le dijo aquel día, Cornelius. — No soy culpable de lo sucedido y prometo que haré una exhaustiva investigación de lo sucedido.

Smith le creyó. En cierta manera, Cornelius le había salvado la vida, pero ahora él no podía hacer lo mismo por él, pero aquel hombre no debía morir, era la única persona a quién creerían los habitantes de Ciudad Álamo, era la única persona capaz de frenar toda la locura de la guerra. Entonces el capitán zombi tuvo una idea, era una idea muy extrema, pero era la única oportunidad.

—Sargento, ayúdeme a llevarlo hasta allá—ordenó el capitán, se refería al lugar dónde estaban los restos de los zombis salvajes que habían sido neutralizados por las tropas de Cornelius.

— ¿Qué pretende, capitán?—preguntó el cabo Guzmán.

Smith no respondió. El sargento Pérez dijo:

— ¿Es lo que yo creo que es?

—Sí, sargento.

—Pero no servirá de nada, se convertirá en un salvaje, y además perderá su memoria.

—Es su única oportunidad, sargento.

— ¿De qué cojones están hablando?—intervino Guzmán, luego añadió: —Este, disculpa capitán. No ha sido mi intención hablar así.

—Descuida, cabo. Lo que haré es infectarlo con el Virus Z original. El Padre Defensor vivirá, pero será un jodido zombi como nosotros—comentó Smith. —Vamos que no hay tiempo.

Habían muchos zombis que aún estaban vivos, pero sin extremidades, debido a las explosiones producidas por las granadas. Smith puso el brazo izquierdo de Cornelius cerca de la boca de uno de estos zombis, luego el no-muerto hundió sus dientes con frenesí en el antebrazo del líder. El Virus Z empezó a invadir con mucha rapidez el torrente sanguíneo de Cornelius, aunque tal torrente era muy débil debido al poco latir del corazón. Los glóbulos blancos de Cornelius que

eran tan tercos como él para aferrarse a la vida, empezaron a combatir con arrojo al nuevo intruso, pero al final sucumbieron, no sin dar una honorable y digna lucha para proteger su casa.

El corazón de Cornelius dejó de latir, y su débil respiración también cesó. Luego de dos minutos, el Padre Defensor abrió los ojos, Cornelius ya no estaba muerto y el cáncer dejó de tener poder sobre él, porque ahora era un zombi...

Fin.